

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



EN EL LXX ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE G. K. CHESTERTON

Un juicio inspirado
sobre la situación
actual: «La noche
está avanzada»

San Ignacio
y el Apostolado
de la Oración

Clemente XIII
autoriza el culto
al Sagrado
Corazón

San José
en el principio
de los caminos
de la Salvación

También en política
Chesterton dio en el
clavo



«El fin de la educación
obligatoria es privar a la gente
común de su sentido común»

G. K. CHESTERTON

Sumario

La noche está avanzada <i>Anselmo Álvarez Navarrete, OSB</i>	3
San Ignacio y el Apostolado de la Oración <i>Pedro Suñer, S.I.</i>	7
El fundamento de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús está en el mismo Redentor <i>Ignacio M.ª Azcoaga Bengoechea</i>	11
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XXX). Clemente XIII autoriza el culto público y oficial al Sagrado Corazón de Jesús <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	15
San José en el principio de los caminos de la Salvación <i>Francisco Canals Vidal</i>	19
Contemplando la vida de Cristo. «No quedará piedra sobre piedra...» <i>Ramón Gelpí</i>	21
Y Chesterton se quitó el sombrero <i>David Amado</i>	25
También en política Chesterton dio en el clavo <i>Jorge Soley Climent</i>	28
Chesterbelloc & Cía. <i>Javier Barraicoa</i>	30
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	33
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	34
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	36
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	41
Hace 60 años <i>J. M.ª P. S.</i>	43

RAZÓN DEL NÚMERO

EL pórtico de este número de **CRISTIANDAD** lo constituye el artículo del padre Anselmo Álvarez Navarrete, abad del monasterio del Valle de los Caídos, quien hace un luminoso y profundo juicio sobre la situación actual de la Iglesia y del mundo, en particular, del Occidente apóstata. El autor nos invita a ver los sucesos actuales a la luz de la teología de la historia: «como todos los tiempos, especialmente este es el tiempo de Dios. Tiempo fundamentalmente teológico. Tiempo decisivo, en el que el mal está dando su última batalla contra Dios y contra el hombre». Fuera del marco teológico no entendemos ni al hombre ni a su historia. Al igual que decía nuestro fundador, el padre Ramon Orlandis, no es el tiempo de los recursos y soluciones humanas. Y, en este contexto, el autor destaca la irresponsabilidad de los cristianos y en especial de los ministros de Dios, porque «El problema es que la concupiscencia de la vida nos resulta más poderosamente atractiva que el amor del evangelio de la vida». El hombre occidental –y esto se ha visto muy recientemente en la pugna con el islam fanático– viene persiguiendo la regeneración desde hace varios siglos: a través del humanismo, de la «Reforma», la filosofía, la Ilustración, la ciencia, el progreso, el cambio y la innovación permanentes. Pero, esta regeneración se ha revelado como degeneración, decadencia y crepúsculo.

El artículo propone la solución teórica y práctica de tanto mal; la única regeneración posible es la que parte de las claves teológicas del hombre, las que le devuelven los datos fundamentales acerca de sí mismo. Esta regeneración era el objeto de la conversación de Jesús con Nicodemo: «El que no nace de arriba, mediante el agua y el espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos». Necesitamos un nuevo bautismo, un nuevo Pentecostés, una renovación de la naturaleza humana que requerirá una intervención extraordinaria de Dios.

El lector hallará también en estas páginas tres artículos sobre la vida y el pensamiento de Gilbert Keith Chesterton, de cuyo fallecimiento se cumple este año el setenta aniversario. El genial escritor inglés reivindica en cada página de su obra su permanente actualidad, y en muchos casos su «espíritu profético». Aquellos errores contra la razón, contra el sentido común, contra la belleza y el orden, contra el Creador, que Chesterton fustigaba con desparpajo, pero con la profundidad de quien ha comprendido la realidad de todas las cosas, siguen hoy pervirtiéndose –con mayor virulencia que en vida del escritor– la política, la educación, la vida familiar, la fe. A Chesterton debemos páginas profundas, geniales pero verdaderas, sobre santo Tomás, sobre la herejía, sobre el sentido de la vida, sobre san Francisco de Asís, sobre la historia de su país, sobre la civilización cristiana, sobre el bien y el mal. Afrontó todos los temas, y lo mismo los afloró en metódicos y serios trabajos que en amenas y divertidas historietas detectivescas. Las frases que nuestros redactores han recogido de su extensísima obra, y que se reproducen a pie de página, demuestran la profundidad de su filosofía y la brillantez de su ingenio. Algunas son estos días de vivísima actualidad. Que este recuerdo sirva de acicate para la lectura de su obra.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

La noche está avanzada

ANSELMO ÁLVAREZ NAVARRETE, OSB

Situación

TODOS percibimos la densidad de las sombras que nos envuelven junto a pequeños centelleos de luz. Sobre nosotros está cayendo la noche: «esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas». También Jesús vivió esta experiencia, por la que los cristianos y la Iglesia han de pasar para asemejarse al Maestro. Y también sobre España y sobre Europa. No podemos creer que las cosas puedan seguir por mucho tiempo como están, ni que puedan empeorar indefinidamente, aunque sí que puedan agravarse de una manera inusitada. Hemos entrado en la «noche oscura»; que cada uno encienda o avive su luz para impedir que las sombras nos sumerjan.

No sólo se ha enfriado la caridad de muchos, como había advertido el Evangelio (cf Mt 24,12), sino que han renunciado, al menos momentáneamente, a entender y vivir su condición humana y divina. Pero la ruina espiritual, de la que todos somos responsables, no va a venir sola. Cuando una sociedad se ha vaciado, sistemática y concienzudamente, de los valores espirituales, morales y humanos, hay que esperar cualquier catástrofe.

En este contexto, no se puede hablar de que estemos en el tiempo del hombre, por mucho que las apariencias y la interpretación común así nos lo aseguren. No lo estamos al menos por dos razones: el hombre está ausente de sí mismo en la medida en que Dios lo está de él: el hombre se anula cuando anula su ecología sustancial: el aire, la luz y la energía en la que subsiste, es decir, Dios. Por tanto, es el tiempo del eclipse del hombre, a pesar de su actividad multiforme, que sólo sirve para encubrir el vacío. No es el tiempo del hombre, además, porque es más bien el tiempo de su adversario, de Satán, «príncipe de este mundo», cuyo halago hacia él le asfixia y le suplanta.

El tiempo que vivimos sólo puede ser entendido desde la teología de la historia. Como todos los tiempos, especialmente éste es el tiempo de Dios. Tiempo fundamentalmente teológico. Tiempo decisivo, en el que el Mal está dando su última batalla contra Dios y contra el hombre, y en el que se juega la suerte de ambos. Todos los tiempos son teológicos y todos los hombres son realidades teológicas: lo histórico es sólo la expresión que adquiere en el tiempo el proyecto de Dios sobre el hombre. Para su cumpli-

miento previsto, Dios prepara hoy su regreso y el del hombre.

Así es desde la primera página del tiempo y del hombre: la acción creadora de Dios que puso en marcha el tiempo, las cosas y los seres que desarrollan su actividad en él; la acción del hombre que se despliega a sí mismo en obediencia o en oposición al plan de Dios. Nadie puede evadir esta dimensión, aunque tantos la ignoren. Fuera de este marco teológico nos arriesgamos a no entender nada: ni del hombre ni de su historia.

Todo lo que somos y todo lo que sucede pertenece a la historia de Dios en nosotros. No tenemos una historia propia aunque esté hecha por nosotros, aunque sea la historia de nuestra libertad. Pero es libertad en relación al proyecto y al destino inscrito en cada una de las historias personales. Por eso, a veces el resultado es un subproducto humano, irrelevante en el cómputo final, cuando no ha habido afinidad con Dios; cuando la libertad ha errado obstinadamente la elección correcta.

Cada vez hay menos tiempo para los recursos y las soluciones humanas: hemos avanzado demasiado en el camino de la negación y de la irracionalidad; hemos destruido demasiados soportes. Sin embargo, hay que actuar como si todo dependiera de nosotros.

En este sentido, es necesario subrayar que lo que más daño hace a la sociedad humana y a la Iglesia es la irresponsabilidad de los cristianos y en especial de los ministros de Dios, el descompromiso con su fe o con su función. Porque ellos han conocido la verdad y poseído la gracia, que les posibilita para ser luz y sal de la tierra. El problema es que los creyentes estamos llenos de vacilaciones y desconfianzas, que nos pesa la soledad en que nos quedamos, que nos atenaza el sentimiento del ridículo y nos tienta la libertad de quienes se han ido o nunca han estado. El problema es que no amamos lo que creemos, y sí creemos con bastante más fuerza en lo que el mundo nos invita a amar. El problema es que la concupiscencia de la vida nos resulta más poderosamente atractiva que el amor del Evangelio. Dios, en cambio, sí ama y cree en el hombre.

Entretanto, asistimos al intento de eliminación de algunos de los soportes fundamentales del cristianismo. Por una parte, las Sagradas Escrituras, sobre todo las que se refieren a Jesús, mediante el ataque frontal a su historicidad y, como consecuencia, a la

teología, a la fe y la Iglesia. Ellos representan el soporte estructural de cristianismo. Por otra, los soportes humanos. Ante todo, el sistema de cristianidad, que ha sido el vehículo y memoria de la historia y cultura cristianas, a pesar de todas sus sombras, y dentro de ella el agotamiento, bien que no consumado, de uno de sus puntales más representativos: España. Mucho más que en 1982, hoy está vigente el apremio: «España, sé tú misma», no sólo por lealtad a su historia, sino por fidelidad a Cristo.

Sintetizando, «nuestra heredad ha sido entregada a los bárbaros» (Lam 5,2). Posiblemente, los acontecimientos ya están fuera del control humano, y desde luego hace mucho que la solución está fuera de los cauces políticos. Ante este desafío total la mayor parte «hemos decidido afrontar solos la tormenta» (Dozulé), pero la historia permanece bajo el señorío de Dios.

Reacción

SE diría que alguna epidemia súbita ha anulado todas las defensas y aletargado todas las sensibilidades frente a este retroceso del espíritu humano a su prehistoria. Pero, en realidad, no nos debe sorprender. Desde los tiempos del profeta Daniel, y sobre todo en el NT, habíamos sido advertidos de las conmociones que esperaban a la humanidad y en especial al pueblo y a la Iglesia de Dios.

Es necesario que mantengamos una atención extremada a los «signos de los tiempos» a fin de comprender mejor el sentido de los acontecimientos. Estamos sumergidos en demasiadas historias entrecruzadas, demasiado enigmáticas en su interpretación, demasiado imprevisibles en su desenlace. Que el que tenga oídos para oír, oiga y el que tenga ojos que vea.

Verdaderamente, como dice san Pablo, «la noche está avanzada. Por eso, dejemos las actividades de las tinieblas y tomemos las armas de la luz» (Rom 13,12). No sabemos qué hora es de la noche, y como el profeta preguntamos: «vigía, ¿cómo va la noche?; dínos: ¿cuánto queda de la noche?» (Is 21,11). Pero sí sabemos, en cambio, lo que ocurrió una vez en el centro de la noche: «cuando todas las cosas estaban sumergidas en un profundo silencio, y la noche se hallaba en su punto más alto, la omnipotente Palabra de Dios descendió a nosotros desde su sede real» (texto de la liturgia de Navidad).

A la acción de Dios, que indudablemente se producirá, hemos de unir la nuestra: «el que tenga bolsa y dinero cójalo y compre una espada, y el que no lo tenga que venda su manto y la compre» (Lc 22,36). Es decir, hemos de estar bien pertrechados para reaccionar ante la situación. Como escribe Pascal: «así

como es un crimen perturbar la paz donde reina la verdad, es también un crimen mantenerse en paz cuando se destruye la verdad».

Es imprescindible desterrar las posturas acomodaticias: lo imperativo hoy, para cualquier mente lúcida, es ir contra corriente, tener voluntad de reacción, saber decir no frente a la sumisión del hombre de nuestro tiempo a la demencia que le envuelve. En la insinuación a la práctica de lo políticamente correcto hay una invitación directa a la deserción. Ahora bien, como Cristo, el cristiano ha de ser «el testigo fiel y veraz» (Ap 3,14; 19,11). «Todo espíritu que no confiesa que Jesús es Dios pertenece al anticristo» (1Jn 4,4). El cristiano ha de tener en su corazón y en sus labios la misma palabra del arcángel Miguel: «¿Quién como Dios?», y la afirmación de fe propia del cristiano: «Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Fil 2,11). «Lo que necesita el cristiano cuando es odiado por sus enemigos, no son palabras persuasivas, sino grandeza de alma» (S. Ignacio de Antioquia, siglo II).

Es preciso poner orden en el hombre, ponerlo en orden consigo mismo, en su corazón y en su inteligencia; levantar un muro ante el desconcierto que nos invade. Lo cual exige restablecer el orden de las relaciones y de la armonía entre el hombre y Dios. A todos se nos dice en el libro del Apocalipsis (17,5): «Pueblo mío, sal de Babilonia, la gran prostituta, para no haceros cómplices de sus pecados, ni víctimas de sus plagas». O como se añade entre las recomendaciones últimas del mismo Libro (22,11): «El que sea justo que crezca en justicia; el santo que se santifique todavía más».

A pesar de los nubarrones y las amenazas debemos decir: «¿quién podrá separarnos del amor de Cristo: la aflicción, la angustia, la tribulación, al hambre, la desnudez, el peligro, la espada?». Estamos todos en la semana de Pasión, pero también esta semana terminará en Domingo de Resurrección. Entretanto, es preciso que cada uno de nosotros asuma su cruz, porque «el que no toma su cruz y me sigue no es digno de Mí» (Mt 10,38). «Llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nosotros» (2 Cor 4, 10).

Esperanza

EL hombre occidental viene persiguiendo la regeneración desde hace varios siglos: a través del humanismo, de la «Reforma», la filosofía, la Ilustración, la ciencia, el progreso, el cambio y la innovación permanentes. Pero esta regeneración se ha revelado como degeneración, decadencia y crepúsculo, más allá de tantos logros materiales. Ha pretendido la «muerte de Dios» pero es el



«La Majestad del Señor». Tímpano de la iglesia de San Pedro de Carennac (Francia).

hombre el que ha sucumbido. Para su resurgimiento no basta y no es posible el solo restablecimiento moral.

La perspectiva cristiana sólo tiene a la vista un camino de regeneración: la que parta de las claves teológicas del hombre que le devuelvan los datos fundamentales acerca de sí mismo en orden a la realización exacta del proyecto humano. Regeneración a través del re-nacimiento del que hablaba Jesús a Nicodemo: «el que no nace de nuevo, mediante el agua y el Espíritu, no puede entrar en el Reino de los cielos» ni en una nueva realidad humana.

San Pablo advertía: «despojaos del hombre viejo, que se ha ido desintegrando seducido por sus deseos; cambiad vuestra actitud mental y revestíos del hombre nuevo, creado a imagen de Dios, según la rectitud y santidad de la verdad» (Ef 4,24). Entonces se hará posible el surgimiento de los cielos, la tierra y el hombre nuevos, a la voz de Aquel que dice: «ahora hago nuevas todas las cosas». Necesitaremos la infusión de un corazón y de un espíritu nuevos. Por tanto, un nuevo bautismo, un nuevo Pentecostés, una nueva criatura: una renovación de la naturaleza humana, que requerirá, probablemente, una intervención extraordinaria de Dios a fin de acercarla a su pureza y energía originales. Y ello será con nuestra colaboración o contra nuestra oposición. El orden de la naturaleza y de la creación debe ser restablecido porque así lo exige la armonía de la obra de Dios.

Regeneración que ha de dar comienzo en cada uno de nosotros, sin esperar a mirar alrededor para ver cómo va en los otros. Lo cual requiere desde ahora la movilización de todos los recursos espirituales, porque sabemos que si los humanos están casi anulados, los sobrenaturales permanecen intactos.

Se trata, decía san Cirilo de Jerusalén en el siglo III, de «adquirir una nueva configuración celeste, de transformar nuestra naturaleza mediante la incorporación del Espíritu Santo en nosotros, lo que permite que ya no nos tengamos simplemente por hombres sino por hijos de Dios». La posibilidad de renovación en cualquier organismo viene no de lo que cambia, sino de lo que es inmutable, de lo que constituye el propio ser. El ser se renueva únicamente en su propia energía, en fidelidad a sí mismo.

«Os escribo, jóvenes, que ya habéis vencido al maligno, que sois fuertes porque la palabra de Dios permanece en vosotros: no améis al mundo ni lo que hay en el mundo (las pasiones de la carne, la codicia de los ojos, la arrogancia del poder), porque eso no procede del Padre» (1 Jn 2,13-17).

Para mantenernos, o recuperar, esta juventud será imprescindible enraizarnos más profundamente en Cristo, en la Iglesia, en la fe, en los sacramentos, en María, en la oración, en la virtud, y prepararnos para la prueba, no futura, sino ya presente: «a vosotros se os ha concedido el privilegio de permanecer al lado de Cristo, no sólo por creer en Él, sino por sufrir por Él» (Fil 1,29). Debemos recordar también

que la oración es maestra suprema de sabiduría. Ella proporciona la máxima capacidad de crítica y de análisis. La oración no permite falsear la realidad, porque pone ante la Luz, ante la Verdad. Oración que permite beber en las fuentes de la verdad, captar los signos de los tiempos. Ambas cosas son indispensables para tener ojos en esta noche.

Es la hora del testimonio, de ser ahora los testigos de Cristo, porque apenas merece la pena sobrevivir en la sociedad actual más que para dar testimonio de Él o, como decía el mismo Cristo, para dar testimonio de la verdad.

Actualmente es tiempo de máxima expectativa: para nosotros porque estamos a la espera de los resultados del desafío a Dios; y también para Él, que está en «vigilia de armas», en vísperas de entrar en acción, como en la Vigilia Pascual que precedió a la salida de Egipto, camino de la liberación, que llegaría después del desierto y sus pruebas, antes de alcanzar la tierra prometida. Dios está preparado para hacer, de nuevo, frente a Egipto, para derribar las torres de Babel (o de papel, es lo mismo), porque «esta es una guerra de Dios» (1 Sam 17,47).

Es la hora de la fe y de la esperanza inquebrantables en sólo Dios. Sólo Él tiene presente y futuro: el de la eternidad, pero también el de la historia: Él es el viviente, el Alpha y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin, «suyo es el tiempo y la eternidad» (liturgia de la Vigilia Pascual). En realidad, todos los tiempos son suyos. Dice en el Apocalipsis: «El que es va a llegar en seguida» (22,12): «en un momento haré llegar mi victoria, mi brazo gobernará los pueblos; me están esperando las naciones, ponen en Mí su esperanza» (Is 51, 4).

Porque Él es Aquel que tiene las únicas palabras de vida eterna, el único que puede decir: «Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas» (Jn 8,12). Por eso, Él es la «piedra que, aunque desechada por los constructores, llegará a ser la piedra angular» (Hch 4,11). A Él le pertenece la realidad integral: humana y cósmica, según lo que está predicho: «este es el plan trazado desde antiguo: recapitular en Cristo todas las cosas» (Ef 1,10), porque «el designio de Dios es que todo tenga a Cristo por Cabeza» (Ef 1,22), según lo que Él mismo había afirmado: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18). Así pues, «no temáis, Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). De Él está escrito: «Él será nuestra Paz» (Ef 2,14); Él es la Verdad y la

Esperanza del mundo. Con todos los que le esperan, también nosotros repetimos: «ven, Señor Jesús» (Ap 22,20).

Contamos también con María, la Mujer cuya planta aplasta la cabeza del dragón y tiene a sus pies la (media) luna (cf Ap 12,1). La Madre que repite de nuevo a su Hijo: ya no les queda vino: se les ha agotado la gracia, la vida, la luz, el amor; han agotado tu Evangelio, y que dice a los hijos: haced lo que Él os diga. María, la gloria de nuestro pueblo «de igual modo que María hizo entrar a Cristo en el mundo la primera vez, Ella prepara el camino para hacerlo triunfar la segunda vez» (san Luis M^a Grignon de Montfort).

Contamos con las espadas del Apocalipsis: la espada de la boca de Dios con la que peleará contra los heresiarcas (2,16); la gran espada que se dio a los jinetes encargados de sembrar las plagas de Dios sobre la tierra (6,4,8); o la de los jinetes celestes que llevan en sus bocas agudas espadas para herir a las naciones que se oponen al reinado del Verbo (19,15).

Contamos con las generaciones de creyentes que nos han precedido, aquellos que han repetido: Dios ha sido siempre nuestro orgullo, y lo han servido como seguramente ningún otro pueblo lo ha hecho. Contamos con todos los guerreros de Dios, los de anteaer y los de ayer; con nuestros santos, pequeños o grandes, conocidos o desconocidos; con nuestros místicos, apóstoles y misioneros; con nuestros mártires: ¿quién ha sido tan fecunda en ellos como España? Todos ellos están en pie de guerra por España. Y por si no se hubieran enterado, vamos a despertarlos nosotros.

Nosotros, tan pequeños y tan pocos, somos en realidad mucho y muchos más de lo que aparentamos. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» Como a Israel, también a nosotros se nos dice: «te pondré como un muro frente a ellos, como muralla de bronce inexpugnable; lucharán contra ti y no te podrán, porque yo estoy contigo» (Jer 15, 20,21). «Los reyes de la tierra combatirán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes» (Ap 17,14). Dios es siempre «Dios con nosotros». Por eso, «somos los moribundos que están bien vivos» (2 Cor 6,9).

Alguien ha venido para «reunir el rebaño antes de que oscurezca».



San Ignacio y el Apostolado de la Oración

Texto de la conferencia que el padre Pedro Suñer, S.I., director del Apostolado de la Oración de Barcelona, pronunció en el Encuentro del Apostolado de la Oración de Gerona, celebrado en Banyoles el pasado 2 de julio.

Introducción

TODOS sabemos que san Ignacio es muy anterior al nacimiento del Apostolado de la Oración. San Ignacio murió en el año 1556 (hace ahora exactamente 450 años), mientras que el Apostolado de la Oración surgió tres siglos más tarde, el año 1844; no tiene, por tanto, más de un siglo y medio de existencia. Ahora bien, esto no impide que podamos preguntarnos sobre el influjo de su espiritualidad y la del Apostolado de la Oración. La espiritualidad ignaciana también ha influido poderosamente en muchas instituciones eclesiales que han nacido mucho tiempo después de la muerte de san Ignacio. Por ejemplo, las Congregaciones Marianas, o las diferentes congregaciones religiosas que se han inspirado en la espiritualidad ignaciana.

Tres acontecimientos históricos hacen especialmente oportuna nuestra pregunta sobre la relación entre estas dos espiritualidades: la del Apostolado de la Oración y la de san Ignacio. El primer hecho es que el Apostolado de la Oración nació de una práctica de un jesuita a los estudiantes jesuitas de Vals (Francia). Esto ya nos hace sospechar que algo tuvo que ver la espiritualidad de san Ignacio en el nacimiento del Apostolado de la Oración; es decir, nos hace sospechar que un jesuita, hablando de espiritualidad a jesuitas, difícilmente diría cosas totalmente ajenas a la espiritualidad ignaciana. Otro hecho es que el gran teólogo y difusor del Apostolado de la Oración, el padre Enrique Ramière, era también un hombre profundamente ignaciano en sus planteamientos. Finalmente, es también un hecho histórico destacable que los papas han confiado repetidamente a la orden de san Ignacio, la Compañía de Jesús, la promoción del Apostolado de la Oración en todo el mundo. Es necesario recordar que con ocasión del ciento cincuenta aniversario del nacimiento del Apostolado de la Oración, celebrado en 1994, el padre Arrupe sugirió al papa Juan Pablo II que quizá había llegado la hora de que la Compañía dejase a la Iglesia en general esta tarea de promoción del Apostolado de la Oración, ya que es una obra eclesial, no jesuítica. La respuesta de Juan Pablo II fue renovar solemnemente en Paray-le-Monial al padre general de la Compañía el encargo de pro-

mover el Apostolado de la Oración. Y esto también nos hace pensar: ¿sería lógico este encargo tan reiterado si entre la espiritualidad del Apostolado de la Oración y la de la Compañía, es decir, la espiritualidad ignaciana, no hubiera una relación íntima y especial? Todo esto, aparte de otras razones, justifica plenamente que estudiemos las relaciones entre la espiritualidad ignaciana y la del Apostolado de la Oración.

Rasgos fundamentales de la espiritualidad del Apostolado de la Oración

EMPEZAREMOS viendo cuáles son las características más importantes del Apostolado de la Oración, para ver después si estos rasgos se encuentran también en la espiritualidad de san Ignacio. Estos rasgos fundamentales se pueden reducir a tres: el Apostolado de la Oración es apostólico, es interior y es eucarístico.

1.- El Apostolado de la Oración es apostólico

Es evidente: su mismo nombre lo indica. Nació con la finalidad de concienciar a todos los cristianos de que pueden y deben ser apóstoles, aunque no puedan ejercer el apostolado en el sentido más particular de la palabra. El apóstol es aquel que lleva la salvación de Cristo al mundo. La redención de Cristo la consumó objetivamente él mismo, con su vida, muerte y resurrección. Pero esta redención objetiva hay que llevarla a cada ser humano, es necesario que se convierta en subjetiva en cada uno de los sujetos humanos. Esta es la tarea que Cristo encomienda a los apóstoles y a sus sucesores. Era necesario que predicasen el Evangelio, que convirtiesen a las almas a Cristo y, una vez convertidos, mediante los sacramentos les hicieran partícipes de la salvación introduciéndoles en el cuerpo místico de Cristo. «Id, pues, convertid a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt 28,20), dice Jesús a sus discípulos, al final del Evangelio.

Ahora bien, esta tarea es competencia primera de los apóstoles y sus sucesores: obispos y sacerdotes.

Pero, ¿es sólo de ellos? Naturalmente, los laicos pueden y deben colaborar en esta tarea, por ejemplo, catequizando, ayudando en la administración de los sacramentos e incluso administrándolos en algunos casos (recordemos que un laico puede bautizar, puede casarse – que es otro sacramento). Y también pueden participar celebrando con ellos el culto cristiano; por ejemplo, la Eucaristía la celebramos todos, no sólo el sacerdote. Esta participación es propia de todo buen cristiano, cada uno según sus posibilidades y fuerzas. Por tanto, un miembro del Apostolado de la Oración ha de colaborar en este apostolado, en la medida que le sea posible. No obstante, persiste la pregunta: ¿sólo colaborando en este apostolado pueden los fieles ser apóstoles?

2.- El Apostolado de la Oración consiste en el apostolado interior

Esta es la respuesta del Apostolado de la Oración. No, no sólo así los fieles pueden ser apóstoles. También podemos serlo mediante el Apostolado de la Oración: sin predicar, sin administrar los sacramentos, incluso cuando no puede participar en la celebración del culto, el fiel cristiano puede ser y es apóstol. ¿Cómo? Si ofrece su plegaria y toda su vida por la aplicación de la redención de Cristo a los hombres. Existen, por tanto, dos clases de apostolado: el externo o activo y el interno o de la oración. El externo es aquel del que hemos hablado en el primer punto: la actividad exterior que se hace por el bien de las almas. Es el apostolado en su sentido más particular: el apostolado activo. Cuando decimos que un misionero, como san Francisco Javier, es un gran apóstol, lo decimos en este sentido más particular: un apóstol por su predicación, o por el número de los que ha bautizado, etc. El interno es el ofrecimiento *interior* que el fiel hace de toda su vida al Señor para la salvación de las almas.

Y aquí tenemos un segundo rasgo fundamental del Apostolado de la Oración. Podríamos llamarlo el rasgo de la interioridad; y lo podríamos describir así: a los ojos de Dios, la colaboración de los hombres en la obra de Cristo consiste más en sus actos internos que en sus actos externos. Un pasaje del libro de Samuel destaca esta característica ya en el Antiguo Testamento: Samuel es enviado a Belén a ungir al futuro rey de Israel. Debía ser uno de los hijos de Isaí. Cuando le presentan a Eliab, un joven esbelto, piensa Samuel: «Seguro que ante el Señor está su ungido». Pero el Señor le responde: «No te fijes en su aspecto, ni en lo elevado de su estatura; pues le he descartado, porque Dios no se fija en lo que se fija el hombre, pues el hombre mira la apariencia externa, mas el Señor mira el corazón» (1 Sam 16,7). A los ojos de Dios, la actividad humana no se mide por la importancia externa de los actos,

sino por la calidad interna con que se ofrece asociándose al ofrecimiento de Jesucristo.

La Iglesia lo sabe muy bien. Por eso nos sorprende con el siguiente hecho: cuando quiere nombrar dos patronos del apostolado, nombra como patrón masculino a san Francisco Javier. Esto no constituye ninguna sorpresa: ¿quién mejor que este gran misionero, que este gran apóstol, para modelo de apostolado? Pero ahora la Iglesia quiere nombrar una patrona. Y dice: santa Teresa del Niño Jesús. La gente puede decir: ¿Santa Teresa? ¡Pero si nunca ha predicado, nunca ha bautizado, nunca ha estado en las misiones...! Es cierto. No hizo apostolado externo. Pero es un ejemplo insigne de apostolado interno. Es el gran modelo del Apostolado de la Oración. Porque ella ofreció con gran amor y fidelidad toda su vida por la salvación del mundo, unida al ofrecimiento de Jesucristo al Padre.

3.-El Apostolado de la Oración es eucarístico

Esto nos conduce al tercer aspecto. El ofrecimiento de Jesucristo al Padre por la redención del mundo se realizó en la cruz. Pero el mismo Jesús quiso que este ofrecimiento se actualizase durante toda la historia de la Iglesia mediante el santo sacrificio del altar. La fuente última de la redención está en el Calvario. Pero la fuente próxima está en la Eucaristía. Por esto el Apostolado de la Oración tiene como cosa propia la participación en la Eucaristía. Sabemos que nuestro ofrecimiento sólo tiene valor apostólico si va asociado al ofrecimiento de Jesucristo. Y como Jesús hace presente este ofrecimiento en la Eucaristía, el cristiano dice: «Me ofrezco con Vos al Padre en el santo sacrificio del altar» (fórmula del ofrecimiento diario). En consecuencia, el Apostolado de la Oración procura que sus miembros frecuenten, en la medida de lo posible, la Eucaristía; porque es en ella donde el ofrecimiento de obras cobra todo su valor, asociándolas al ofrecimiento de Jesucristo al Padre.

La espiritualidad ignaciana contiene estas características fundamentales

Ahora es necesario que veamos si estas tres características fundamentales del Apostolado de la Oración se encuentran en la espiritualidad ignaciana.

1.- La espiritualidad ignaciana es apostólica.

Es casi innecesario tratar este punto, por su evidencia. Desde el momento de su conversión san Ignacio está convencido de que el Señor le llama no sólo a santificarse a sí mismo sino también a santificar a los demás. Por eso ya desde Manresa empieza

a hacer apostolado y a «ayudar a las ánimas», según sus propias palabras. Y continúa haciéndolo en Barcelona, y en Alcalá y en Salamanca, a pesar de que su ocupación primaria era entonces el estudio. Pero no dejaba de «ayudar a las ánimas». Hasta el punto de que, cuando en Salamanca la Inquisición le prohíbe hacer apostolado hasta que no tenga más estudios, marcha a París para poder continuar allí el apostolado (cf. *Autobiografía* núm. 70-71).

En París pasó también penalidades por su voluntad de hacer apostolado. Pero lo hizo, y tan fecundo que allí nació la Compañía. Una Compañía lanzada toda ella al apostolado: «El fin de esta Compañía es, no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, más, con la misma, intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos» (Ex. C.1,n.2).

Esta vocación al apostolado se encuentra ya en los Ejercicios Espirituales. En efecto, en la parábola del rey temporal, Ignacio nos presenta a Jesús, el rey eterno, invitándonos a todos: «Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo» [95]. Por tanto, Ignacio cree que todos estamos llamados al apostolado, ya que todos estamos llamados al seguimiento de Jesucristo. Y seguir a Jesucristo es participar en su obra de la salvación de los hombres. Es evidente, por tanto, que la espiritualidad ignaciana es apostólica, es decir, lleva al apostolado.

2.- La espiritualidad ignaciana implica también el apostolado interior

En el apartado anterior ha quedado plenamente demostrado que la espiritualidad ignaciana es apostólica en el sentido de apostolado externo o activo. Ignacio fue un gran apóstol en este sentido y su gran obra, la Compañía de Jesús, es una obra eminentemente apostólica.

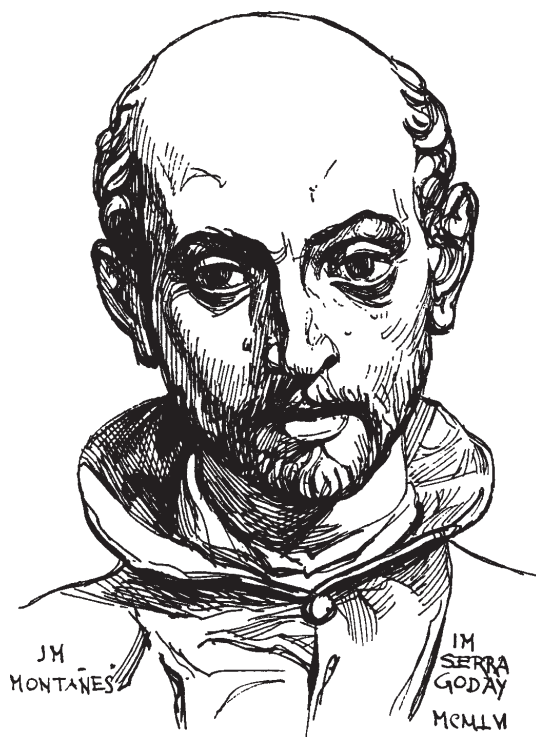
Pero ahora surge una pregunta clave: ¿es posible encontrar también en la espiritualidad ignaciana el apostolado de la oración, es decir, aquel apostolado que hemos llamado interior y que consiste en ofrecer con Jesús nuestra vida por la salvación del mundo? La respuesta es afirmativa. Y la prueba la halla-

mos en el mismo texto del rey temporal antes citado. Como ya hemos visto, en la meditación del rey temporal Jesús se nos presenta invitando a todos a seguirlo en su obra de la salvación del mundo, es decir, de todos los hombres, para llevarlos a la gloria del Padre [95]. Ahora bien, ¿significa esto que Jesús nos invita a todos al apostolado activo o exterior, a predicar, a administrar los sacramentos, etc.? No. Los Ejercicios son para todos. Todo buen

cristiano que desee seriamente la perfección puede hacer con provecho los Ejercicios y esto ha de ser para él una experiencia satisfactoria. Si los Ejercicios fueran sólo para los llamados al apostolado activo no gustarían a los que tienen la vocación de la vida contemplativa. Éste diría: no son para mí. Pero no es así. Un cartujo puede hacer perfectamente los Ejercicios y, ciertamente, muchos los han hecho. Y la razón se halla en la respuesta que san Ignacio pone en boca del ejercitante a la invitación del rey eterno. Dice san Ignacio: «Los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al tra-

bajo, más aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento diciendo: “Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda [...] de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza [...] en la medida en que vuestra santísima voluntad me quiera elegir”» [cf. 98].

Este es un texto capital para nuestro tema. En primer lugar, san Ignacio nos dice que la manera primaria de colaborar con Jesús en la salvación del mundo no consiste en predicar o bautizar sino en imitar la oblación de Jesús al Padre aceptando la cruz. San Ignacio nos presenta a Cristo que salva al mundo primariamente ofreciéndose al Padre, y nosotros debemos seguirle haciendo también nuestra oblación de aceptar la humillación y la pobreza, porque Jesús fue pobre y humilde. Así el cristiano participa en la obra redentora de Jesús. En la medida en que la Providencia se lo pida, el cristiano ha de ofrecerse para «pasar todas injurias y toda pobreza» [98]. Más se redime al mundo sufriendo con Jesús que predicando. Este es el fundamento del Apostolado de la Oración. No consiste precisamen-



te en predicar, ni tan sólo en rezar, sino en ofrecer con Jesucristo nuestra vida al Padre, aceptando las privaciones que Él quiera. Digo «ni tan sólo rezar» para advertir que el Apostolado de la Oración no consiste en rezar sino en ofrecer: en ofrecerse. Por eso me gusta decir que debería hablarse de Apostolado de la Oblación y no del Apostolado de la Oración. Naturalmente, no pretendo cambiar el nombre; sólo subrayar que el mensaje fundamental del Apostolado de la Oración es el ofrecimiento de obras. Obviamente, el ofrecimiento implica la plegaria.

En segundo lugar, el texto de san Ignacio nos dice que es Jesucristo quien nos invita a salvar el mundo con Él. Dice Jesús: «Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos sus enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre» [95]. «Sin mí nada podéis hacer», dice Jesús en el Evangelio (Jn 15, 8). Esta enseñanza de san Ignacio, fundamental en toda espiritualidad auténticamente cristiana, es asumida por el Apostolado de la Oración, que nos enseña a hacer el ofrecimiento en unión con Jesucristo. Resulta expresiva la invocación al Espíritu Santo previa al ofrecimiento propiamente dicho: «Ven, Espíritu Santo, inflama nuestros corazones en las ansias redentoras del Corazón de Cristo, para que ofrezcamos nuestras personas y obras, en unión con Él, por la salvación del mundo». Y esto nos lleva al tercer punto.

3.- La espiritualidad ignaciana es eucarística

Ya dijimos al hablar de la tercera característica del Apostolado de la Oración que la Eucaristía ocupa un lugar fundamental en esta asociación. En efecto, si, como acabamos de decir, el Apostolado de la Oración es Apostolado de Oblación, y es esencial hacer la oblación de sí mismo en unión con la oblación de Jesús, y como esta oblación de Jesús se actualiza en la Eucaristía, el miembro del Apostolado sabe que es en la Eucaristía donde su oblación cobra todo su valor redentor y, por tanto, todo su valor apostólico. Sin Eucaristía no hay oblación redentora y sin oblación redentora no hay Apostolado de la Oración. Nos queda ahora averiguar hasta qué punto la espiritualidad de san Ignacio es consciente de ello.

En primer lugar, es indudable la importancia de la santa Misa en la espiritualidad de san Ignacio. Quizá no queda muy explícita en los Ejercicios. Sí, en cambio, en su *Autobiografía* y, sobre todo, en su *Diario espiritual*. En la *Autobiografía* consta diáfananamente que san Ignacio sitúa los momentos trascendentales en la Eucaristía. El caso más claro es el momento de los primeros votos de los primeros compañeros jesuitas en Montmartre. San Ignacio y sus compañeros centraron aquel acto tan trascendental en la Eucaristía. Era la primera gran oblación de la Compañía al Padre, el primer acto de ofrecimiento de obras de la naciente Compañía. En

aquel momento, sólo Pedro Fabro era sacerdote, así que fue él quien celebró la santa Misa. A la hora de la comunión, Fabro, con la sagrada Forma en la mano se giró hacia sus compañeros y estos pronunciaron sus votos y a continuación recibieron la comunión. Esta manera de hacer los votos se ha convertido en tradicional en la Compañía de Jesús. Así pues, san Ignacio es consciente de que nuestras oblaciones valen en la medida que están asociadas a la oblación de Cristo en el altar. Y esta convicción la hereda toda la Compañía. No es extraño, por tanto, que los fundadores del Apostolado de la Oración le transmitieran esta herencia. El actual padre general de la Compañía, comentando los primeros votos de Montmartre, dice: «Un último rasgo de nuestro modo de proceder que podemos recordar es el carácter explícitamente eucarístico de la ceremonia de los votos. Es el resultado de una opción hecha por los primeros jesuitas. [...] Tanto en Montmartre, donde Pedro Fabro celebró la eucaristía de los votos (15.08.1534), como en Roma cuando fue Ignacio quien la presidió, los primeros compañeros pronunciaron sus votos “super hostiam” como aún lo hacemos hoy [...] Es el Señor quien, al darse, recibe el deseo del que es “pronto y diligente para cumplir su voluntad”» (EE 91). Es decir, los votos son un ofrecimiento de obras para toda la vida. Ahora bien, los hijos de san Ignacio hacen este ofrecimiento dentro de la misa porque saben que es allí donde este ofrecimiento cobrará valor, al unirse a la oblación de Jesús.

La lectura del *Diario espiritual* de san Ignacio confirma, una vez más, la importancia de la Eucaristía en la espiritualidad ignaciana. Era allí donde san Ignacio recibía las grandes consolaciones y mociones espirituales. Él se ofrecía con Jesús sacramentado al Padre, y la Santísima Trinidad lo confirmaba con sus mociones y consolaciones en el camino que él quería discernir. Entregándose a Jesús eucaristía Ignacio tiene la seguridad de agradar al Padre y de que éste le mostrará la manera de proceder para colaborar en la obra de Jesús.

Conclusión

COMMEMORAMOS este año el 450 aniversario de la muerte de san Ignacio. Que estas palabras sean un humilde homenaje a este gran santo, precioso regalo del Señor a su Iglesia. Sean también recuerdo de la rica herencia que el Apostolado de la Oración ha recibido de él, a través de sus hijos, los miembros de la Compañía de Jesús. Y que este recuerdo nos impulse a vivir, con fervor y confianza, estos rasgos fundamentales de la espiritualidad del Apostolado de la Oración.

El fundamento de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús está en el mismo Redentor

Glosa a la encíclica «Haurietis aquas»

IGNACIO M.^a AZCOAGA BENGOCHEA

La naturaleza íntima de la devoción al Sagrado Corazón

A los cincuenta años de la encíclica de Pío XII, es más necesario que nunca volver a recordar la doctrina sobre la devoción al Corazón de Jesús, Único Salvador, en ella contenida. Se viven tiempos de alejamiento y desprecio de Dios y de su obra, tanto de la creación, como de la redención. Más aún, la urgencia de volver al Corazón de Jesús se hace más acuciante, si se tiene en cuenta la situación de rebeldía de la sociedad civil que desprecia en sus leyes el orden natural creado por Dios, y las enseñanzas de la Iglesia.

El papa Pío XII escribió la encíclica con el objeto de mostrar el sólido fundamento que tiene la devoción al Corazón de Jesús en la Sagrada Escritura, en la Tradición y en el magisterio de la Iglesia, para defenderla de las objeciones que se formulaban contra ella y, conseguir, que se produjera una revitalización de tan excelsa devoción en la Iglesia.

Propone, a la consideración de los obispos y de todo el pueblo cristiano, *la naturaleza íntima de la devoción al Corazón de Jesús*, mostrando los fundamentos teológicos de la misma, y el papel que han tenido en la historia de este culto las revelaciones privadas, sobre todo, las de santa Margarita M^a de Alacoque. En este sentido, afirma que la devoción tiene su fundamento en el mismo Redentor y que las revelaciones privadas fueron el medio providencial y extraordinario para darla a conocer y extenderla por toda la Iglesia.

El Papa, después de haber revisado ciertos textos y pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, y, de haber transcrito algunas enseñanzas de los Santos Padres, considera suficientemente probado que «el culto del Corazón de Jesús se identifica sustancialmente con el culto al amor divino y humano del Verbo Encarnado y también con el culto al amor mismo con que el Padre y el Espíritu Santo aman a los hombres pecadores, porque el amor de las tres personas divinas es el principio y origen del misterio de la Redención humana, ya que desbordándose aquél poderosamente sobre la voluntad humana de Jesucristo y, por tanto, sobre su Corazón, le indujo con un idéntico

amor a derramar generosamente su Sangre para rescatarnos de la servidumbre del pecado».

Dice, además, que «en los textos de la Sagrada Escritura, en la Tradición y en la Sagrada Liturgia es donde los fieles han de encontrar principalmente los manantiales límpidos y profundos del culto al Corazón Sacratísimo de Jesús, si desea penetrar en su íntima naturaleza y sacar de su pía meditación sustancia y alimento para su fervor religioso».

Afirma que, en la historia y desarrollo de esta devoción, «merece un puesto especial santa Margarita María de Alacoque, porque su celo, iluminado y ayudado por el de su director espiritual –el beato Claudio la Colombière–,¹ consiguió que este culto, ya tan difundido, haya alcanzado el desarrollo que hoy suscita la admiración de los fieles cristianos, y que, por sus características de amor y reparación, se distingue de todas las demás formas de la piedad cristiana».

En general, en los años cincuenta, la crisis que el Concilio Vaticano II pondría de manifiesto nueve años después, se daba más en las esferas de los teólogos y algunos obispos que entre el pueblo fiel. La crisis de fe tan patente, una vez finalizado el Concilio, demostró que la falta de aprecio de algunos hacia la devoción al Corazón de Jesús no procedía de una falta de fundamentación de la misma, sino de la falta de fe en la divinidad de Jesucristo, desdichada herencia del modernismo que no fue erradicado, a pesar de la encíclica *Pascendi*, y del decreto *Lamentabili*, de san Pío X.

Conviene no olvidar que la ocasión de la encíclica *Haurietis aquas*, fue celebrar con solemnidad el centenario de la institución de la fiesta del Sagrado Corazón para toda la Iglesia realizada por el beato Pío IX en el año 1856; se cumple, por tanto, el ciento cincuenta aniversario de tal acontecimiento litúrgico. Después de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús es solemnidad, el mayor rango de fiesta litúrgica.

1. Beatificado por Pío XI el 16 de junio de 1929, posteriormente canonizado por Juan Pablo II el 31 de mayo de 1992.

Situación de la devoción al Corazón de Jesús y camino a seguir en la encíclica

LA encíclica comienza con una introducción, centrada en mostrar la excelencia de la devoción al Corazón de Jesús como don inestimable del Verbo Encarnado, por la abundancia de bienes que la era mesiánica ha traído; que esta devoción manifiesta el estrecho vínculo entre el Espíritu Santo y la caridad divina; y que el culto al Corazón de Jesús es el acto de religión por excelencia, ya que conlleva la voluntad de entrega y consagración al amor del Redentor, cuyo símbolo es su Corazón tras-pasado.

A continuación, la segunda parte, es una reflexión sobre la situación de la devoción al Corazón de Jesús en la Iglesia en los años cincuenta. Recuerda que la Iglesia tiene en gran estima el culto al Corazón de Jesús, pero que no es tenido en el honor debido, por lo que entiende que es necesaria una intervención especial del magisterio de la Iglesia.

Expone una primera serie de dificultades y objeciones con las que algunos desprecian y marginan la devoción al Corazón de Jesús que la consideran como algo superfluo que cada uno puede practicar o no, según le agrade; otros, que consideran este culto de poca o ninguna utilidad. Y no faltan quienes estiman que este culto, lejos de ser un poderoso medio para renovar y reforzar las costumbres cristianas, tanto en la vida individual como en la familiar, no es sino una devoción, más saturada de sentimientos que constituida por pensamientos y afectos nobles. Otros, finalmente, no la creen a propósito para reanimar la espiritualidad moderna y no apta para hacer frente a una sociedad plenamente dominada por el indiferentismo religioso que niega toda norma para distinguir lo verdadero de lo falso, y que, además, se halla penetrada, en el pensar y en el obrar, por los principios del *materialismo* ateo y del *laicismo*.

En otros apartados de la encíclica, sobre todo al final, se vuelve a plantear y resolver otras objeciones y dificultades, como que los actos de amor y de reparación tributados al amor infinito de Dios hacia los hombres, lejos de estar contaminados de *materialismo* y de superstición, constituyen una norma de piedad, en la que se cumple perfectamente aquella religión espiritual y verdadera que anunció el Salvador. También la que formulan algunos que dicen que la contemplación del corazón físico de Jesús impide el contacto más íntimo con el amor de Dios, porque retarda el progreso del alma en la vía que conduce directa a la posesión de las más excelsas virtudes. Los que así piensan denuncia el Papa es porque opinan que el simbolismo del Corazón de Cristo no se extiende más allá de su amor sensible y que no puede, por lo tanto, en modo alguno constituir fundamento del culto de latría, que está reservado tan sólo

a lo que es esencialmente divino. Tal afirmación, sentencia el Papa, es absolutamente falsa.

A todas las dificultades expuestas, se contraponen la doctrina del magisterio de la Iglesia y, en particular, la enseñanza de León XIII que la califica de práctica religiosa digna de todo encomio y poderoso remedio para los males de nuestros días que inquietan a individuos y a la sociedad; y la de Pío XI para quien en dicha devoción están contenidos el compendio de toda la religión y aun la norma de vida más perfecta.

Finaliza esta parte expresando el objeto de la encíclica: atender a la consideración de los principios doctrinales, y así ver la excelencia y fecundidad de esta devoción. Señala el camino a seguir en la encíclica para lograr el objetivo propuesto de ver los fundamentos de la devoción en la Sagrada Escritura y en la Tradición, sobre los que se apoya el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús, y de esta forma comprender la conexión que hay entre la devoción al Corazón de Jesús y el culto que todo hombre tiene que dar al amor de Cristo y al de la Trinidad. Una vez visto esto, se constata la importancia adquirida por este culto en la liturgia, y en la vida de la Iglesia.

La devoción al Corazón de Jesús en la Escritura y en los Santos Padres

EN la tercera parte, el Papa, siguiendo el camino establecido para la encíclica, considera la devoción al Corazón de Jesús en la Escritura y en los Santos Padres. Antes de comentar los pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, donde se revela el amor de Dios a los hombres, expone el doble motivo por el cual al Corazón de Jesús se le debe tributar culto de latría. En efecto, porque el Corazón de Jesús está unido hipostáticamente al Verbo; y porque su Corazón es el símbolo natural de la caridad divina hacia el género humano.

Después de comentar los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento en los que se muestra el amor de Dios a los hombres, incluye dos afirmaciones dignas de ser destacadas y meditadas. Una, que el misterio de la redención es un misterio de amor justo de Cristo hacia su Padre y de amor misericordioso de la Trinidad y el Redentor hacia la humanidad entera; y, la otra, que Jesucristo estuvo provisto de un corazón físico semejante al nuestro que palpité de amor y de todo amor sensible ya que el Verbo unió, para siempre, a su Divina Persona una naturaleza humana individual, íntegra y perfecta, concebida en el seno de la Virgen por virtud del Espíritu Santo.

Una de las expresiones más singulares y manifestativas del sentido de esta devoción, que ha quedado inseparablemente unida a ella, es que el Corazón de Jesús es símbolo del triple Amor con el que el divino Redentor ama continuamente al Padre

y a todos los hombres: símbolo del divino amor común con el Padre y el Espíritu Santo; símbolo de la caridad infundida en su alma que es la preciosa dote de su voluntad humana y cuyos actos son dirigidos e iluminados por una doble y perfectísima ciencia, la beatífica y la infusa; y símbolo de su amor sensible, pues el Cuerpo de Jesucristo, plasmado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva a todos los demás cuerpos humanos.

La contemplación del amor del Corazón de Jesús en la vida terrena

LA cuarta parte, el Papa la dedica a la contemplación del amor del Corazón de Jesús en los diversos estadios de su vida terrena, considerando las palabras y obras en las que de la lectura de los evangelios se percibe la conmoción del Corazón del Divino Redentor.

El triple amor movía el Corazón del Redentor en su continuo peregrinar apostólico, cuando realizaba innumerables milagros, cuando resucitaba a los muertos o devolvía la salud a toda clase de enfermos, cuando sufría trabajos, soportaba el sudor, hambre y sed; en las prolongadas vigiliadas nocturnas pasadas en oración ante su Padre amantísimo; en fin, cuando daba enseñanzas o proponía y explicaba parábolas, especialmente las que más nos hablan de la misericordia, como la parábola de la dracma perdida, la de la oveja descarriada y la del hijo pródigo. En estas palabras y en estas obras, se manifiesta el Corazón mismo de Dios.

De todas formas, su Corazón se conmovió de amor y de temor, cuando, ante la hora ya tan inminente de los crudelísimos padecimientos y ante la natural repugnancia a los dolores y a la muerte, exclamó: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz».

Mención aparte merece la exposición que hace el Papa de los dones más preciosos del Corazón de Jesús: la Eucaristía, su Madre, el sacerdocio y la pasión. Al don incruento de Sí mismo, bajo las especies del pan y del vino Jesucristo, nuestro Salvador, quiso unir, como supremo testimonio de su amor infinito, el sacrificio cruento de la Cruz.

Afirma el Papa que del Corazón traspasado del Redentor nació la Iglesia, verdadera dispensadora de la sangre de la Redención; y del mismo fluye abundantemente la gracia de los sacramentos que a los hijos de la Iglesia comunican la vida sobrenatural, como leemos en la sagrada Liturgia: *Del Corazón abierto nace la Iglesia, desposada con Cristo... Tú, que del Corazón haces manar la gracia.*

En el cielo, después de la resurrección y de la ascensión, señala el Papa que Jesucristo sigue en la gloria con las llagas como prueba de su triple victo-

ria sobre el demonio, sobre el pecado y sobre la muerte.

En esta parte de la encíclica, no hay que olvidar que el Papa afirma que la misión del Espíritu Santo es la primera señal del amor del Salvador. El Espíritu Paráclito, por ser el Amor mutuo personal por el que el Padre ama al Hijo y el Hijo al Padre, es enviado por ambos, bajo forma de lenguas de fuego, para infundir en el alma de los discípulos la abundancia de la caridad divina y de los demás carismas celestiales. Pero esta infusión de la caridad divina brota también del Corazón de nuestro Salvador.

Historia del culto al Corazón de Jesús

EN la quinta parte, el Papa se dedica a recordar la historia del culto al Corazón de Jesús. En ella, expone el objeto de la encíclica que es poner a la consideración de obispos y fieles la naturaleza íntima del culto al Corazón de Jesús que se identifica sustancialmente con el culto al amor divino y humano del Verbo Encarnado y también con el culto al amor mismo con que el Padre y el Espíritu Santo aman a los hombres pecadores.

En relación con el origen de la devoción, dice el Papa que el culto al amor de Dios y de Jesucristo hacia el género humano ha existido siempre y que se puede considerar que comenzó con la profesión de fe, de adoración, de amor del apóstol Tomás, al decir, ¡Señor mío y Dios mío!, cuando vio las llagas de Jesucristo resucitado. Después, dice, que la devoción al Corazón de Jesús se fue difundiendo de forma privada dentro de los institutos religiosos. Entre todos, reconoce el Papa que merece un puesto especial santa Margarita María de Alacoque que, ayudada por san Claudio, consiguió que este culto haya alcanzado el desarrollo que hoy suscita la admiración de los fieles cristianos y que, por sus características de amor y reparación, se distingue de todas las demás formas de piedad cristiana.

La importancia de las revelaciones de que fue favorecida santa Margarita María consiste en que al mostrar el Señor su Corazón Sacratísimo, de modo extraordinario y singular quiso atraer la consideración de los hombres a la contemplación y a la veneración del amor misericordioso de Dios al género humano.

El Papa recalca que Jesucristo expresamente y en repetidas ocasiones mostró su Corazón como el símbolo más apto para estimular a los hombre al conocimiento y estima de su amor y, al mismo tiempo, lo constituyó como señal y prenda de su misericordia y de su gracia para las necesidades espirituales de la Iglesia en los tiempos modernos.

Dentro de la historia del culto al Corazón de Jesús, no podía faltar el alto puesto que ha ocupado y

ocupa la devoción al Corazón de Jesús en la liturgia de la Iglesia. En este sentido, recuerda dos momentos especialmente valiosos. Uno, el del permiso de celebrar la fiesta litúrgica, otorgado por Clemente XIII, en el año 1765, a los obispos de Polonia y a la Archicofradía Romana del Sagrado Corazón de Jesús. El otro, la prescripción en el año 1856, por Pío IX que extendió la fiesta a toda la Iglesia que perdura hasta nuestros días y que, tras la reforma litúrgica propugnada por el Concilio Vaticano II, tiene el máximo rango de solemnidad.

A las consideraciones realizadas en esta parte de la encíclica, el Papa añade dos reflexiones dignas de ser recordadas y meditadas, sobre el culto al Corazón de Jesús. La primera, que el culto al Corazón de Jesús es culto en espíritu y verdad. Porque sus elementos esenciales que son los actos de amor y de reparación tributados al amor infinito de Dios hacia los hombres constituyen una norma de piedad de la verdadera religión. Además, porque el culto al Corazón de Jesús como el culto a las imágenes terminan en la persona misma del Verbo Encarnado y, entre éstas, la imagen que supera a todas en valor expresivo es el Corazón traspasado de Cristo crucificado.

La segunda, que el culto al Corazón de Jesús es la más completa profesión de la religión cristiana porque el Corazón de Jesús es el corazón de una persona divina, el Verbo Encarnado, y pone ante los ojos todo el amor que Él nos ha tenido y tiene aún. El culto al Corazón de Jesús es sustancialmente el mismo culto al amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo, al mismo tiempo que ejercicio de nuestro amor a Dios y a los hombres, teniendo en cuenta, además, la perfección de nuestro amor como meta que ha de alcanzarse por el cumplimiento cada vez más generoso del mandamiento «nuevo».

Aprecio al culto al Corazón de Jesús y su necesidad en los «últimos tiempos»

EN la sexta parte, el Papa expone el sumo aprecio por el culto al Sagrado Corazón que había tenido y tiene la Iglesia. La califica de práctica religiosa muy apta para conseguir la perfección cristiana. Es una forma de culto por la cual el hombre se dispone a honrar y a amar en sumo grado a Dios y a consagrarse con mayor facilidad y prontitud al servicio de la divina caridad. Por eso, y porque el mismo Redentor se dignó proponerla y recomendarla al pueblo cristiano y los sumos pontífices la han confirmado con memorables documentos y enaltecido con grandes alabanzas, es digna de sumo honor.

Los cristianos que honran al Corazón del Reden-

tor cumplen el deber que tienen de servir a Dios y los que a la vez se consagran a sí mismos y toda su propia actividad a su Creador y Redentor ponen en práctica el mandamiento divino: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas».

Recuerda que los papas no se contentaron con instituir una fiesta en honor del Corazón del Redentor y extenderla luego a toda la Iglesia, sino que tomaron la iniciativa de dedicar y consagrar de forma solemne todo el género humano al Sagrado Corazón.

Hace una radiografía de la situación de la Iglesia y de la sociedad civil, señalando que no han alcanzado el grado de perfección que corresponde a los deseos de Jesucristo. Manifiesta que le llena de amargo dolor el ver cómo languidece la fe de los buenos, pero que mucho más le atormentan las maquinaciones de los impíos que ahora más que nunca parecen incitados por el enemigo infernal en su odio contra Dios, contra la Iglesia y contra el representante del divino Redentor en la tierra.

Ante tantos males que transtornan profundamente a los individuos, las familias, las naciones y el orbe entero, nada puede haber más eficaz, dice el Papa, que la caridad de Cristo que la devoción al Sagrado Corazón promueve y fomenta, para que los cristianos practiquen la observancia de la ley evangélica, sin la cual es imposible instaurar entre los hombres la paz verdadera.

Recuerda las palabras de León XIII: «Ved hoy ante vuestros ojos un segundo lábaro consolador y divino: el Sacratísimo Corazón de Jesús... que brilla con refulgente esplendor entre las llamas. En Él hay que poner toda nuestra confianza; a Él hay que suplicar y de Él hay que esperar nuestra salvación».

El Papa termina la encíclica proponiendo la devoción al Corazón de Jesús para poner una firme muralla contra las impías maquinaciones de los enemigos de Dios y de la Iglesia y para hacer que las familias y las naciones vuelvan a caminar por la senda del amor a Dios y al prójimo. En la caridad divina se ha de fundar el Reino de Dios que urge establecer en las almas de los individuos, en la sociedad familiar y en las naciones.

Pide que se una a esta devoción la devoción al Inmaculado Corazón de la Madre de Dios porque ha sido voluntad de Dios que en la obra de la Redención humana, la Santísima Virgen María estuviera inseparablemente unida con Jesucristo.

Termina la encíclica abrigando la esperanza de que con la divina gracia aumente cada vez más la devoción de los fieles al Sagrado Corazón de Jesús, y así se extienda más por todo el mundo su imperio y reino suavísimo: «reino de verdad y de vida, reino de gracia, reino de justicia, de amor y de paz».

Clemente XIII autoriza el culto público y oficial al Sagrado Corazón de Jesús

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«*Clemente XIII, de felicísima recordación para todos los buenos, resuelto a cuanto fuera amplificar las glorias del Corazón de Jesús.*»

(P. Uriarte, S.I.)

EN mayo de 1758, tras la muerte de Benedicto XIV, se abrió el cónclave para elegir a su sucesor. Las cortes borbónicas instruyeron a sus diplomáticos y cardenales en vetar a quien fuera afecto a la Compañía de Jesús o defensor inflexible de la antijansenista bula «*Unigénitus*». Los cardenales no se ponían de acuerdo, y tras dos meses de infructuosos escrutinios, se propuso como candidato de transacción al veneciano Carlos de la Torre Rezzonico, obispo de Padua, de 63 años, ajeno a intrigas políticas, tenido por bondadoso e influenciabile, y hasta entonces por neutral en el tema jesuítico, un prelado a quien sus diocesanos llamaban «*el Santo*». Fue elegido papa el 6 de julio de 1758, tomando el nombre de Clemente XIII. Al día siguiente escribía a su hermano: «Estoy confuso ante Dios y abatido ante los hombres. Como no he cooperado en nada a esta elección, quiero creer que todo es obra de Dios y cosa suya. Es lo único que me consuela. Por tanto, encomiéndame al Señor; oración y más oración.»

Su elección fue bien recibida por las cortes, pensando que, por su endeble salud, su carácter tímido y su proverbial bondad, sería manejable para sus inicuos proyectos de someter a la Iglesia a su voluntad. Daban por supuesto que seguiría la línea de su antecesor Benedicto XIV en su admiración ante las luces de siglo, adulación a los filósofos, y concesiones al poder civil. Pronto saldrían de su error, pues ignoraban que la clemencia propia de su nombre, no conocía más límites que la integridad de la fe y los derechos de Dios y de su Iglesia. Disgustó a las coronas que nombrara Secretario de Estado al cardenal Torrigiani, celoso defensor de los derechos del pontificado y abierto amigo de los jesuitas, que, como el nuevo Papa, sabía que los injustos ataques que se les dirigían no se pararían en ellos, sino que formaban parte de una conspiración anticristiana que, por elevación, pretendía alcanzar y abatir a la Santa Sede, y con ella a la Iglesia.



Clemente XIII, denigrado por modernos historiadores eclesiásticos liberales

UNA de sus primeras medidas fue condenar la ya famosa *Enciclopedia*, iniciada años antes por Diderot y d'Alambert, y que bajo su antecesor no había sido aún reprobada formalmente por la Iglesia, y lo hacía ahora declarando ser «obra que contiene falsas doctrinas e induce al menosprecio de la religión y a la corrupción de las costumbres». Modernos historiadores eclesiásticos denigran su pontificado: «Salió del cónclave la figura inexpresiva, enfermiza y abúlica de Rezzonico. La débil personalidad del supremo pastor de la cristiandad era un desastre»... y protestan por ésta su condena: «cuando Benedicto XIV murió en 1758, el cielo se ensombreció, y bajo su sucesor Clemente XIII siguió una viva reacción, de la que la *Enciclopedia* fue una de sus primeras víctimas.» (L.J. Rogier-G en *Nouvelle Histoire de l'Église*). El Papa alertó luego a los fieles contra la impiedad de los filósofos, condenando el *Emilio* de Rousseau, y las obras de Helvetius y de Febronio. Esta inmediata y decidida defensa de la fe indicó ya al siglo el temple espiritual del nuevo papa, y la inutilidad de buscar con él componendas

entre la Iglesia y las luces de los iluminados, lo que le significó como un enemigo a combatir.

Otros historiadores liberales le desprecian por la que dicen su falta de talento y de altura al nivel de los tiempos, y ven su empeño y logro en introducir en la Iglesia la fiesta del Corazón de Jesús como ocurrencia propia de un pobre hombre: «Tras el infinitamente más brillante reinado de Benedicto XIV, de nuevo una galería de figuras sin brillo, pontificados deslucidos, como el de Clemente XIII, un buen hombre dulce y pacífico, más preocupado por establecer el culto del Sagrado Corazón que por intervenir seriamente en la crisis polaca, y cuyas condenas lanzadas contra Rousseau, Helvetius y la *Enciclopedia*, resultaron poco eficaces.» (Daniel Rops)

El tantos años docente de historia de la Iglesia de la facultad de teología de la Universidad Gregoriana de Roma y adalid de la oposición a la beatificación de Pío IX, Giacomo Martina, ante la mayor gloria de este Papa —la aprobación de la fiesta del Corazón de Jesús—, insinúa la tesis jansenista del sínodo de Pistoya de que fue una cesión que el Papa se vio obligado a hacer, aunque pudo reducir su extensión: «En 1765 Clemente XIII hubo de ceder ante las nuevas instancias del episcopado polaco y aprobar la fiesta del Sagrado Corazón, aunque limitada a algunos territorios.» Frente a esta línea liberal, el gran historiador cardenal Hergenröter califica a Clemente XIII como «Hombre poseído del espíritu de Dios, de corazón recto y puras intenciones»; y el padre Uriarte, S.I., historiador de la devoción al Corazón de Jesús en España, escribe: «Sucede a Benedicto XIV el santo pontífice Clemente XIII, de felicísima recordación para todos los buenos, de una constancia de mártir, de una piedad a toda prueba, y resuelto a cuanto fuera amplificar las glorias del Corazón santísimo de Jesús.» Los españoles le debemos además perpetua gratitud por haber proclamado en 1761 a la Santísima Virgen María en su advocación de la Purísima Concepción como patrona general de España y sus Indias, concediéndonos el entonces privilegio de invocarla en las letanías como *Mater Immaculata*.

«Proclamamos que el instituto de la Compañía de Jesús despide suavísima fragancia de piedad y santidad en el más alto grado»
(bula *Apostolicum pascendi*)

EN mayo de 1758, dos meses antes que el papa, fue elegido general de los jesuitas el piadoso y apacible asceta padre Lorenzo Ricci. Clemente XIII en su primera audiencia en que el prepósito le exponía las tribulaciones que sufría su orden, sabiendo como eran atacados insidiosamente por ilustrados y filósofos, le aseguró que los defen-

dería como un padre a sus hijos, y les aconsejó silencio, paciencia y mucha oración. El Papa veía la defensa de la Iglesia católica y la de la Compañía de Jesús como una misma causa. En 1759 comenzaría la persecución abierta con el falaz pretexto de complicidad de los jesuitas en un atentado contra el rey de Portugal, y el omnipotente ministro Pombal dispuso expulsarlos del país y sus colonias, incautar sus bienes, y romper las relaciones con la Santa Sede, nombrando y deponiendo obispos a su arbitrio. El Papa optó por callar, temiendo que la docilidad de Portugal ante Inglaterra llevara a su débil soberano José I a provocar un cisma, a ejemplo de Enrique VIII.

La operación iba a repetirse en Francia. Los jesuitas franceses, ante una sentencia desfavorable de los tribunales ordinarios que condenaba a la Orden a responder de las deudas por quiebra fraudulenta de una compañía comercial dirigida por uno de ellos, cometieron el grave error de apelar ante el Parlamento de París, que aprovechó la ocasión para exigir examinar los Estatutos de la Compañía de Jesús, y tras confirmar y aumentar la condena, reprobar sus Constituciones, hacerlas quemar por mano del verdugo y pedir su expulsión del reino.

Pidieron los jesuitas el amparo de Luis XV, que como rey absoluto podía vetar el fallo, que quedó suspendido por un año hasta oír el parecer de los obispos sobre si los jesuitas debían o no seguir en Francia. Encabezado por el valeroso arzobispo de París Cristóbal de Beaumont, prácticamente todo el episcopado, 45 de 50, defendió a los jesuitas como muy necesarios para la santificación de Francia, y que debían seguir rigiéndose por sus constituciones y obedeciendo a su general, como hasta entonces, pero no era éste el dictamen deseado por quienes dominaban al rey. Nombró nueva comisión, que le propuso otra solución más a su gusto: si los jesuitas querían seguir en Francia, debían galicanizarse y obedecer sólo a un vicario francés, independiente de Roma, es decir someterse al poder civil. El papa y el general padre Ricci rechazaron como inadmisibles la propuesta de escisión con la famosa sentencia: «*Sint ut sunt, aut non sint*» (que sean como son, o que no sean.)

Pero el rey, que necesitaba congraciarse con los parlamentarios, reacios a aprobar nuevos subsidios para la funesta guerra de los siete años, se puso de su lado y les entregó a los jesuitas, permitiendo en 1762 el cierre de sus escuelas y colegios de París y la confiscación de sus bienes. Clemente XIII advirtió a Luis XV que la tempestad que se desataba contra la Compañía amenazaba no solo al altar sino también al trono, pero el breve fue rehusado, y por fin el 1 de diciembre de 1764 el rey declaraba abolida la Compañía de Jesús en Francia por contraria al Estado y dañina para la religión y la moral, y sus miembros, si persistían en sus votos, debían exilarse del reino.

Luis XV personalmente nada tenía contra los jesuitas, pero estaba dominado por Mme. de Pompadour y su protegido el primer ministro Choiseul, que los odiaban, y así escribía a éste: «No amo cordialmente a los jesuitas, pero sé que todos los herejes los han detestado. No digo más. Si los destierro con pesar, por la paz de mi reino, al menos no quiero que se crea que me adhiero a cuanto han hecho y dicho los parlamentos contra ellos... callo porque hablará demasiado» La supresión de los jesuitas de Francia se celebró como gran triunfo de la Ilustración.

Su pontificado se caracterizó por la defensa de los jesuitas contra sus enemigos; su cruz el verlos expulsados de Portugal, Francia, España y Nápoles.

Los historiadores protestantes de Cambridge, en su visión naturalista y anticatólica, resumen su pontificado en la permanente defensa de los jesuitas frente a borbones e ilustrados: «Clemente XIII, hombre desprovisto de ingenio y habilidad para conjurar la tempestad que se cernía en el horizonte. Su pontificado se caracterizó por la defensa de los jesuitas contra sus enemigos; su cruz el verlos expulsados de Portugal, Francia, España y Nápoles.»

El Papa recibió la noticia de la abolición de la Compañía en Francia en diciembre de 1764, mientras estaba preparando la convocatoria de la sesión de la Congregación de Ritos para resolver sobre la aprobación oficial de la fiesta del Corazón de Jesús, y sabiendo que éste había encargado «a los padres de la Compañía el dar a conocer el valor y la utilidad de este precioso Tesoro», viendo a los destinatarios de este suavísimo encargo en tan graves dificultades, quiso darles ánimo para que confiaran en su protección, y el 9 de enero de 1765, quince días antes del decreto que aprobaría la fiesta, publicó el Papa la bula *Apostolicum pascendi munus* en defensa de los jesuitas, proclamando su inocencia y sus méritos: «Nos... proclamamos y declaramos que el instituto de la Compañía de Jesús despide suavísima fragancia de piedad y de santidad en el más alto grado; tanto por el fin principal a que tiende sobre todo; o sea, la defensa y propagación de la fe católica, cuanto por los medios que para ello emplea... Por ello, habiendo sido suscitado por Dios el instituto de la Compañía de Jesús para tan altos fines, Nos lo aprobamos también con nuestra autoridad apostólica, y confirmamos todas las aprobaciones dadas por nuestros predecesores.» La bula no pudo ser publicada ni en Francia ni en Austria, pero todo el mundo supo que los jesuitas eran inocentes y que el Papa los defendía abiertamente.

«¿Es posible que tú también, hijo mío, quieras afligir así a tu madre la Iglesia?» (Clemente XIII a Carlos III de España)

SIGUIENDO el mal ejemplo de Portugal y Francia, y por secretas razones que el Rey Católico manifestó guardarse en su real ánimo, Carlos III ordenó que en la noche del 2 al 3 de abril de 1767 se apresara a un tiempo a los cinco mil jesuitas de España y, sin dejarles llevar más pertenencia que sus libros de oración y ropa blanca, se los condujera en 24 horas a los puertos designados, y de allí llevados en barco al destierro. Se incautaron de sus bienes, esperando comprometerlos, pero como la sentencia precedió al proceso, hasta los propios protestantes reconocieron la indignidad de lo acaecido: «Primero los expulsaron, y luego buscaban entre sus papeles los motivos de la expulsión» (*La Gaceta de Holanda*).

El 16 de abril el Papa escribía al rey católico rogándole reconsiderara su decisión: «¡Tú también, hijo querido, ofreces a los enemigos de Dios y de la Iglesia tu poderoso brazo, que Dios te ha dado para conservar y promover el honor de la Iglesia y la salud de las almas, para derrocar de raíz una orden religiosa que es para la misma Iglesia tan cara y tan útil, la cual debe su origen y esplendor a aquellos santos héroes que Dios se escogió de la nación española para propagar por todo el mundo su mayor gloria.»...

¿Es posible que tú también, hijo mío, quieras afligir así a tu madre?» La conducta del rey español —dice el Papa— fue el golpe más sensible que recibió en sus nueve años de pontificado.

Las cortes borbónicas exigen de Clemente XIII la supresión de la Compañía de Jesús, «pero todo el poder humano no es bastante para hacerme obrar contra mi conciencia»

EN enero de 1768 Clemente XIII envió el breve conocido por «*Monitorio de Parma*» a su joven duque Fernando, segundón de los borbones de España, declarando nulas las recientes usurpaciones de los derechos de la Iglesia y excomulgando a sus autores. El rey de Francia, como cabeza de familia, exigió la revocación de la condena, pero como el Papa se negara si no se restituía el derecho, el 7 de febrero Luis XV mandaba ocupar la ciudad pontificia de Aviñón, el Borbón de Nápoles se apoderaba de dos plazas papales, y los jesuitas eran expulsados de Parma. El Papa pidiendo oraciones a la Iglesia, dijo: «El Vicario de Cristo es tratado como el último de los hombres, como no tiene ejército ni cañones, es muy fácil despojarle, pero todo el poder humano no es bastante para hacerle obrar en contra de su conciencia».

El historiador Agustín Theiner, Prefecto del Archivo Secreto de la Santa Sede, escribe: «Nunca, salvo los brutales choques de los emperadores contra los papas en la Edad Media, un Papa fue tratado por las potencias católicas tan desvergonzadamente, y al tiempo tan cobarde y miserablemente injuriado como Clemente XIII... La Cristiandad en su tiempo presencié entonces por primera vez un espectáculo jamás visto: el inaudito escándalo sin nombre de que las cartas apostólicas del representante de Cristo en la tierra fueran públicamente rasgadas y quemadas en las plazas públicas de las ciudades por mano del verdugo, y ello, si no por mandato, al menos por la vil permisión de los soberanos católicos... Con estos soberanos no fue posible la reconciliación porque tenían el alma encallecida... pero la figura de Clemente XIII se levanta pura y sin mancha. Su nombre es grande en la historia, y su memoria vivirá en perpetua veneración en todas las futuras generaciones de la Iglesia. Fue digno de una época mejor.»

Las cortes borbónicas, dirigidas en esto por la de Madrid, tras haber expulsado a los jesuitas de sus reinos, acordaron como siguiente objetivo el exigir del Papa la extinción inmediata y sin condiciones de la Compañía de Jesús, alegando por todo motivo que la orden se había hecho inútil por odiosa, y al comienzo del año 1769 convinieron en presentar al Papa un ultimátum formal de supresión. Sabían del mal estado de salud del Pontífice y decidieron que aunque éste no accediera a su petición, al menos la cuestión estaría ya sobre la mesa en el futuro cónclave, que veían muy próximo. Tras los representantes de España y Nápoles, el embajador francés D'Aubeterre presentaba su memoria el 24 de enero «algo más suave que la española, pero advirtiendo que el rey de Francia se adhería a la de su primo el rey de España.» Este diplomático escribe que Clemente XIII, que estaba muy tranquilo y dispuesto a todo, sólo le respondió: «*¡No, e poi no!*». El Papa se fue a orar ante el Santísimo y luego mandó escribir a los nuncios: «Su Santidad no alcanza a explicarse cómo esas cortes han podido tener el triste valor de aumentar con el presente dolor los muchos sufrimientos con que ya de antes contristaban a la Iglesia.» El cardenal Negroni anota: «Esta medida de las cortes borbónicas abriría el sepulcro del Padre Santo.»

Clemente XIII, «el mártir sobre el trono» (cardenal Hergenröter)

PARA dar respuesta oficial a las cortes borbónicas el Papa convocó para el 3 de febrero a la Congregación encargada del asunto de los jesuitas. Algunos historiadores aventuran

que del consistorio no podía salir sino una capitulación, al menos parcial; pero el cardenal Calini dijo haber oído comentar al Papa en aquellos sus últimos días: «Antes me dejaré cortar las manos que firmar el breve de abolición.» Mons. Azara, agente de preces en Roma de la Corte de Madrid, perfecto volteriano, escribía a su confidente el ministro Roda: «Es tiempo perdido gastar más razones; aunque viejo y débil, el Papa dará la última gota de su sangre antes que transigir, cuando vuelvan los tres ministros a anunciarle sus represalias, oirán otra protesta de martirio.»

En 1765 Clemente XIII había cumplido 70 años; a su precaria salud se sumaba ahora una obesidad mórbida, había perdido casi la vista, y padecía los primeros ataques de apoplejía. El jueves 2 de febrero de 1769 celebró el Papa misa muy temprano, bendijo las candelas de la fiesta de la Virgen María, y pasó el día preparando con su sobrino el cardenal Rezzonico la importante reunión del día siguiente sobre la respuesta a la solicitud borbónica de supresión de los jesuitas. Se acostó, y sobre las once de la noche llamó diciendo se encontraba mal, al poco perdió el habla, y al amanecer del primer viernes, 3 de febrero, expiraba por rotura de la aorta de su corazón. Hergenröter le llama con razón «el mártir sobre el trono».

La gloria de Clemente XIII es la proclamación de la fiesta del Corazón de Jesús

FIEL devoto del Corazón de Jesús, quería instaurar la fiesta pedida por Él en toda su Iglesia, pero conociendo las dificultades, y sabiendo que disponía ya de poco tiempo, optó por introducirla primero en algunos reinos de la Cristiandad que la habían solicitado: Polonia y España. Al saberlo, el gobierno de Carlos III exigió que se retirara el nombre de España del memorial en que inicialmente figuraba. El Papa decidió sumarse a la petición mediante su querida Archicofradía Romana del Corazón de Jesús de la que seguía siendo miembro. El P. Enrique Rosa S.I. con ocasión de su segundo centenario, da cuenta de como Carlos Rezzonico, siendo entonces obispo, asistía a los actos de la Archicofradía, y como, comentando en cierta ocasión con sus compañeros sus ansias y deseos por ver instaurada la fiesta del Corazón de Jesús, les dijo sonriente: «Bueno, si un día soy Papa, seréis consolados.» Poco pensaba entonces que cuarenta años después cumpliría su intuitiva premonición. Sería su mayor gloria. De ella trataremos, si Dios quiere, en próximos artículos.

San José en el principio de los caminos de la Salvación

FRANCISCO CANALS VIDAL

HE aquí que en el umbral del Nuevo Testamento, como en el comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero mientras la de Adán y Eva vino a ser fuente del mal que inundó el mundo, la pareja de José y María constituye el vértice desde el cual se esparce la santidad por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de Salvación con esta unión virginal y santa, en la que ha manifestado también su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia, santuario de amor y cuna de la vida.»

Estas palabras de Paulo VI, pronunciadas en 4 de mayo de 1970, fueron citadas también por Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Redemptoris custos*, fechada en 15 de agosto de 1989. Por dos veces aparece, pues, su referencia en el *Acta Apostólica Sedis*, el lugar propio de las referencias oficiales de los textos de autoridad pontificia. No puede ser desdeñado lo que dijeron estos dos papas, y hay que reconocer que Paulo VI introducía en el lenguaje del magisterio eclesiástico un modo de hablar nuevo, que podríamos calificar de sorprendente y novedoso. Aun sin contradecir o alterar enseñanzas tradicionales, nos presenta a José como «el nuevo Adán» (lo que se había, hasta entonces, reservado al propio Jesucristo) y, desde luego, se afirma que «por la pareja de José y María el propio Salvador ha iniciado la obra de Salvación para toda la humanidad.

En la liturgia, la Iglesia ora diciendo que Dios, que había fundado admirablemente la dignidad de la sustancia humana, la restableció más admirablemente todavía. A este más admirable restablecimiento obrado por la Redención se refiere también al aludir al misterio significado por la mezcla del agua con el vino en la consagración eucarística, pidiendo a Dios que nos haga partícipes de la divinidad de aquel que se dignó, Él mismo, hacerse partícipe de nuestra humanidad. Toda la dispensación de la economía redentora se puede resumir en la dignación divina de hacer que los hombres mismos reciban, por don divino, el poder de comunicar la gracia de Dios a la humanidad en pecado. Así, la Salvación viene a los gentiles por los judíos. La comunicación de Dios a los hombres la ha hecho Dios haciendo

que los hombres hayan sido también «autores» de la Venida al mundo de Dios. El más frecuente modo de hablar en la Escritura del Hijo de Dios encarnado es recordando que Él mismo es «el Hijo del Hombre». Con la expresión «hijo de David», alusiva a la promesa de la Encarnación como Venida al mundo del Rey Mesías, en el Evangelio se nombra a Cristo y a José.



Pero en la Iglesia se resistió durante siglos el lenguaje de los teólogos a admitir que la Mujer que por obra de Dios había traído al mundo al Redentor, el Hijo de Dios, había sido ella misma, en atención a los méritos de Cristo en su Muerte redentora, exenta de la herencia del pecado original. Hubo que aclarar algo tan obvio como que esta exención, es decir, la Inmaculada Concepción de María, no se debía a méritos de María, sino al mismo Sacrificio redentor de

Cristo, a cuyo nacimiento se ordenaba la creación misma de su Madre. Y así se incluyó en la propia bula de 1854, en que se define como dogma de fe la Inmaculada Concepción de María.

Como había visto ya el teólogo Francisco Suárez, en su designio de redimir a los hombres por la unión hipostática, es decir, asumiendo Dios Hijo, en unidad personal la naturaleza humana que venía a redimir, e instituyendo para ello un «orden hipostático», al que pertenecen el Verbo eterno hecho hombre, es decir, Cristo, su Madre, María, y también José, el esposo de María y que, como nos dijo Paulo VI, constituye con ella la pareja por la que Dios hace entrar en el mundo la gracia salvadora.

Esta gracia salvadora que introducen en el mundo José y María no viene de ellos mismos, sino de Dios por Cristo, su Hijo. Pero, al decir Paulo VI que Dios introduce por ellos el don divinizante de la gracia, los maestros de la Iglesia ofrecen a los cristianos y a los teólogos un lenguaje que es el mismo con el que, desde Suárez, se podían encontrar argumentos para llegar a afirmar que María había sido, por Cristo, concebida ella misma sin pecado original.

No pretendo afirmar, ni siquiera sugerir, lo que sólo el magisterio de la Iglesia puede decirnos. Pero no puedo ocultar mi convicción o, mejor di-

ríamos, mi esperanza de que el admirable e inusitado, hasta hoy, modo de hablar de Paulo VI y de Juan Pablo II podrá llevar a la teología católica a dar nuevos pasos hacia la comprensión de la función de José en la economía de la salvación humana y en la dispensación de la gracia santificante, y que en estos nuevos pasos podrán surgir argumentaciones análogas a las que emplearon, durante siglos, los que defendían la doctrina, que muchos otros combatían, y que llegó a ser enseñada como de fe dogmática por la Iglesia. Quiero decir que llegarán los teólogos a utilizar en favor de José los argumentos que emplearon a favor de María, porque María y José fueron, según Paulo VI y Juan Pablo II, puestos por Dios en la cima desde la que

partir para comunicar la gracia redentora a la humanidad.

Nadie piense que me anticipo al magisterio eclesiástico o que quiero empujarlo en una determinada dirección. No podemos, los fieles católicos, anticiparnos al Magisterio, que hemos de seguir fielmente. Mi deseo es solamente no dejar de atender con fervor al impulso que, evidentemente, dio Paulo VI a la enseñanza eclesiástica sobre san José, al poner al Patriarca, con su esposa María, como el «vértice desde el cual la santidad se esparce por toda la tierra» y mostrar el matrimonio de la Madre de Dios y del patriarca José como la «unión virginal y santa por la cual el Salvador mismo ha querido iniciar en el mundo la obra de Salvación».

A propósito de la conferencia del papa en Ratisbona

El discurso del papa Benedicto XVI en el auditorio de la Universidad de Ratisbona ha sido ocasión para que el fanatismo de los musulmanes se levante en toda su ira frente a los seguidores de la cruz, como dicen ellos. El marco de esta intervención era esencialmente un ámbito de erudición filosófica y teológica. Sacarlo de este ámbito ha sido la táctica empleada por sus detractores supuestamente «escandalizados» por unas palabras que, como se sabe, eran simplemente una recensión de las pronunciadas por un emperador de Oriente –ortodoxo, no católico– seriamente amenazado por una invasión militar de los adeptos a Mahoma, que se consumaría en 1453, pocos años después de aquellas palabras del emperador. El Imperio Romano de Oriente y su religión cristiana fueron absorbidos militarmente por los turcos y su religión.

No hay que pasar por alto el hecho de que Occidente, teóricamente cristiano, enmudezca cobardemente en esta situación. Las palabras del Papa representan una defensa de la razón frente a una interpretación ciega de una supuesta religión, que por serlo, se considera a sí misma desvinculada de la razón. Y si en Occidente, para nuestra desgracia, predomina el laicismo, entonces el silencio no sólo es cobarde sino hipócrita, porque es más capaz de encajar el fanatismo religioso del islam que la armónica relación entre razón y fe expuesta, con brillantez intelectual, por el antiguo profesor universitario.

La relación entre la razón y la fe, objeto de la conferencia de Benedicto XVI, es fundamental en la filosofía escolástica. Según ella, no sólo la razón está al servicio de la fe sino que es regenerada por ella, de manera que en ningún caso se pueden entender separadas y menos aún opuestas ambas dimensiones.

Nos complace particularmente que el Papa, maestro supremo de la fe, advierta que esta armónica relación entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no fue una simple casualidad. El sueño de san Pablo –«ven a Macedonia y ayúdanos»–, dice inspiradamente el Papa, «puede ser interpretado como una condensación de la necesidad intrínseca de un acercamiento entre la fe bíblica y la filosofía griega».

No es sólo el islam el que ha de ser puesto en cuestión sino toda la Reforma protestante y todo el modernismo posterior. La síntesis representada por san Agustín y santo Tomás fue rota por el planteamiento voluntarista que empieza con Juan Duns Scoto. Los católicos creemos, dice el papa, «que en la fe de la Iglesia existe una verdadera analogía entre Dios y nosotros, entre su eterno espíritu creador y nuestra razón creada». Dios, por ser trascendente, no se encierra ni nos encierra en un voluntarismo puro e impenetrable sino que siempre es el Logos que ha actuado y actúa lleno de amor por nosotros. La teología liberal de los siglos XIX y XX quiso ahondar el proceso de deshelenización y esto, reconoce el papa, influyó mucho incluso en la teología católica. Y añade el papa, para terminar, que asistimos a una tercera etapa de deshelenización. El juicio global del pontífice es: «La tesis de que tenemos derecho a volver al simple mensaje del Nuevo Testamento, anterior a la helenización, es burda e imprecisa».

Ni el islam ni el modernismo teológico pueden dejar de reconocer la necesidad de esta exigencia de armonía entre razón y fe. Dios es autor así de la gracia como de la naturaleza.

J.M.P.

«No quedará piedra sobre piedra...»

RAMÓN GELPÍ
www.christusregnat.com

Fin de los tiempos: Mt 24, 1-14 (Mc 13, 1-3; Lc 21, 5-19)

1 Jesús salió del Templo, y cuando iba de camino, se le acercaron sus discípulos para hacerle notar las construcciones del Templo.

2 Jesús les dijo: ¿Veis todo esto? os garantizo que no quedará aquí piedra sobre piedra; todo será removido.

3 Estaba Él sentado en el monte de los Olivos y los discípulos se le acercaron y le preguntaron en secreto, [(Lc 21) Pedro, Juan, Santiago y Andrés]: Dinos cuándo serán estas cosas, y cuál será la señal de tu venida y del fin de los tiempos.

4 Jesús les respondió: Estad atentos para que nadie os engañe.

5 Porque vendrán muchos en mi nombre y dirán: Yo soy el Cristo; y seducirán a muchos.

6 Oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras. Estad atentos; no os alarméis. Porque es necesario que venga esto; pero no es todavía el fin.

7 Se levantará un pueblo contra otro, un reino contra otro. Habrá hambre, peste y terremotos en varios lugares [(Lc 21) fenómenos pavorosos y señales extraordinarias en el cielo].

8 Pero todo esto no será más que el comienzo de los dolores. [(Mc 13) Os entregarán a los tribunales y os azotarán en las sinagogas, y por causa mía ten-

dréis que comparecer ante gobernadores y reyes para declarar ante ellos. Pero antes deberá ser anunciado el Evangelio a todos los pueblos. Y cuando os lleven para entregaros, no empecéis ya a inquietaros por lo que tendréis que decir; pues no sois vosotros los que habláis sino el Espíritu Santo, [(Lc 21) pues Yo os daré tales palabras y argumentos que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios.]

9 Entonces os entregarán a los tormentos y a la muerte. Seréis odiados por todo el mundo a causa de mi nombre.

10 Y entonces muchos sucumbirán en la fe, se denunciarán unos a otros y se odiarán mutuamente [(Mc 13) Y entregará a la muerte un hermano a otro, el padre al hijo, y se sublevarán los hijos contra los padres, dándoles muerte].

11 Surgirán muchos falsos profetas y seducirán a muchos.

12 Y al abundar la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos.

13 Pero el que persevere hasta el fin, se salvará.

14 Esta buena nueva del Reino será predicada en todo el mundo, como prueba de la verdad para todas las gentes. Entonces vendrá el fin.

«El fin del mundo» es una traducción imperfecta que habitualmente se hace de la expresión «consummationis saeculi» que aparece en la Vulgata. Algunos exegetas en lugar de «fin del mundo» traducen más correctamente «fin de los tiempos» y naturalmente se asimila, como en el propio texto evangélico se especifica, con el próximo advenimiento de Cristo: «... dinos cuándo serán estas cosas, y cuál será la señal de tu venida y del fin de los tiempos ...» En todo caso, podríamos denominarlo, más correctamente incluso, como «consumación» o «plenitud» de los tiempos.

No podemos desarrollar aquí, como sería deseable, todo el valor profético que encierran las palabras de Jesús ante las murallas de Jerusalén, pero hay que recomendar vivamente la lectura detenida de este discurso, llamado escatológico, que abarca

los puntos que a continuación detallamos: Mt 24, 1-51; Mc 13, 1-37; Lc 21, 5-36. Es bueno leer también en el artículo 7 del Catecismo de la Iglesia católica, lo que aparece bajo el título «Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos».

Un breve comentario conviene añadir: como es habitual en el lenguaje profético, coexisten dos significados de distinto cumplimiento temporal. Se trata de la destrucción de Jerusalén (que Jesús ya predijo en «dóminus flevit», Lc 19, 41 - 44), y este fin de los tiempos al que nos hemos referido. Es como si el cumplimiento de lo primero, tuviese la misión de confirmar la veracidad de lo segundo que ha de suceder más tarde. Por esto se dice, por un lado «...os aseguro que no pasará esta generación sin que haya sucedido todo esto ...» y en otro lugar «... en cuanto a aquel día y a la hora, nadie sabe nada; ni los ánge-

les del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre ...»

Todas estas cosas las explicaba Jesús en la ladera del monte de los Olivos, parece que en el lugar venerado como la gruta del «Pater noster». En aquel tiempo, al no existir las actuales construcciones, la explanada del Templo y toda la ciudad se veían con gran esplendor. Por esto los discípulos se lo muestran al Señor, pensando tal vez disuadirle de lo que dijo en *Dominus Flevit* (Lc 19, 34) «... y te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán en ti piedra sobre piedra por no haber conocido el tiempo de la visita que se te hacía ...»

Así había predicho Jesús la destrucción de Jerusalén, que ocurrió en el año 70. Así, la ciudad que había condenado a Jesús, recibía un terrible castigo sometida a un asedio de los más crueles que ha dado la historia. Es duro pensar que Dios pueda castigar a los pueblos y a las naciones, pero si aceptamos las Escrituras como verdaderas y analizamos los hechos, no caben interpretaciones.

Podemos, eso sí, pensar que Dios consigue grandes bienes de lo que para nosotros humanamente son males, y que Dios no busca la perdición de los pecadores, sino que purgando la culpa se conviertan y se salven. Dios permitió el gran sufrimiento de Jerusalén, que había profetizado desde el monte de los Olivos, pero también preservó a la comunidad cristiana que se retiró a los montes antes del asedio, sin duda por visión providencial: «... entonces, aquellos que estén en Judea, huyan a los montes ...» (Mt 24, 16).

El discurso escatológico de Jesús describe la destrucción de Jerusalén al tiempo que profetiza aquel momento impreciso, que «nadie conoce, sólo el Padre» en que, tras la apostasía de las naciones y «consumados los siglos» el Hijo del Hombre vuelva «con poder y majestad». Luego si algo nos tiene que quedar claro, es que el cumplimiento de lo primero nos tiene que servir, a modo de ejemplo, para mantener la esperanza en el cumplimiento de lo segundo. La dureza de lo que se profetiza, que se entrevé en el texto evangélico, cabe intuirlo también con la lectura del Apocalipsis de san Juan. Pensemos en todo caso que: «... por eso vosotros tenéis que estar preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá cuando menos penséis ...» (Mt 24, 44).

Veamos pues, aunque naturalmente muy resumida, como fue esta «gran tribulación» que sufrieron los habitantes de Jerusalén, ante el asedio de las legiones romanas, entre los años 66 y 70:

Tras la muerte y resurrección de Jesucristo en el año 30, y durante los primeros años de la evangelización apostólica, Jerusalén se fortifica, ampliando hacia el norte la zona amurallada. Si se observa el dibujo, basado en la maqueta del hotel Holly Land, se aprecia que la zona situada al norte de la antigua

muralla (la que existía en tiempo de Cristo), se había poblado con edificaciones nuevas que quedaron englobadas en la ciudad al realizar el nuevo trazado del muro. Ello fue posible porque, después de Herodes Antipas, llegó al poder su sobrino Agripa I, nieto de Herodes el Grande (el de los Inocentes), al que el emperador Claudio concedió recuperar parte del antiguo trono de su abuelo, dándole autoridad en Judea. Agripa I fue el que ordenó el encarcelamiento de san Pedro y la degollación de Santiago. Caifás, el sumo sacerdote, no pudo condenar a Jesús sin permiso de Pilato, pero Herodes Agripa era ya rey de Judea y él sí condenó al hijo de Zebedeo. Poco después murió trágica y repentinamente, tal como se describe en los Hechos de los Apóstoles.

Su hijo Herodes Agripa II, recibió de Roma la totalidad del antiguo trono y completó la obra iniciada. Así llegó el año 66, en que Jerusalén había recuperado todo el esplendor de Herodes el Grande, incluyendo su antiguo palacio. ¿Qué ocurrió pues para que se llegara a la destrucción total?

Se conoce la historia con muchos detalles, gracias a Flavio Josefo en su obra *La guerra de los judíos*. Veamos una breve cronología, extractada de varios comentaristas.

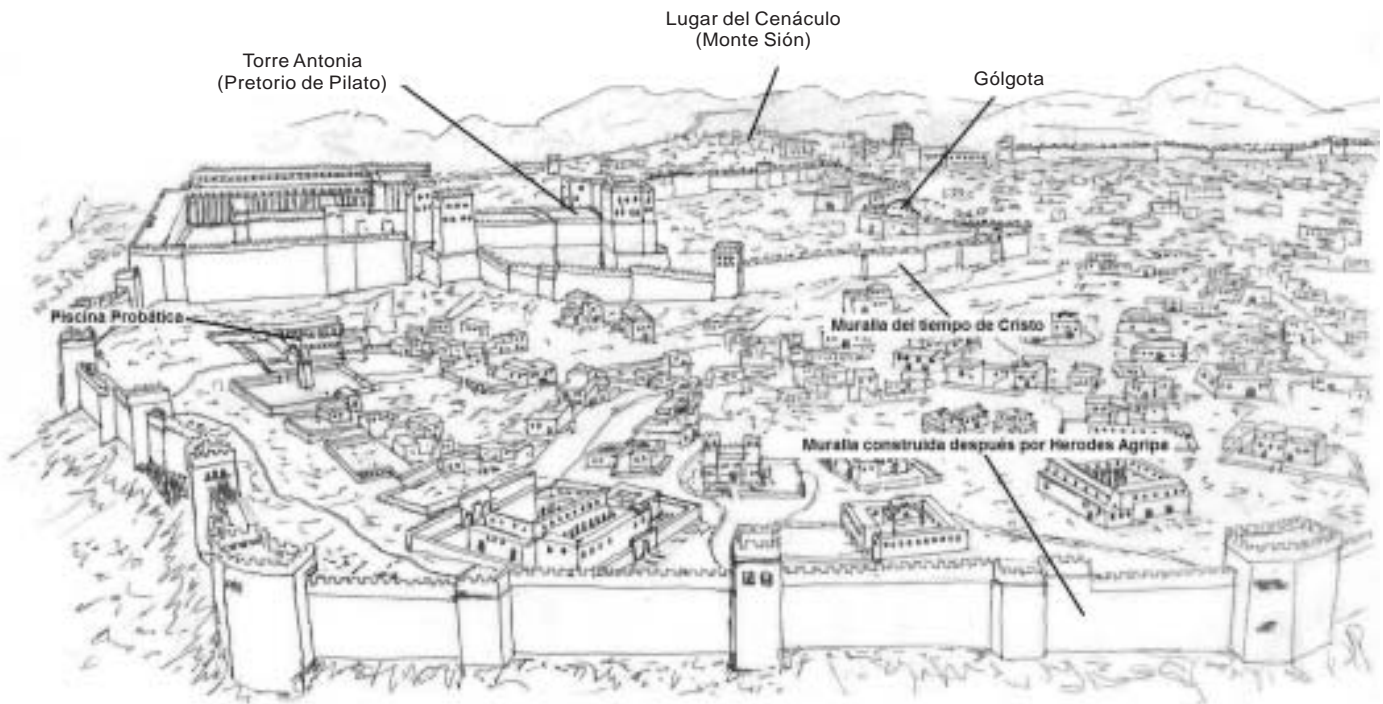
Desde los tiempos de la vida de Jesús, hasta el año 66, los zelotes no dejaron de crear conflictos, con sabotajes y sublevaciones contra el imperio. La tensión fue en aumento, hasta que en un momento dado Roma se incauta de una parte del tesoro del Templo. Estalla la sublevación, y es arrasada la guarnición romana de Jerusalén.

Desde Siria, Cestio Gallo envía tropas que entran por Galilea, pero allí, los «bravos galileos» se organizan al mando de José ben Matías (que fue después Flavio Josefo), y resisten el primer envite, rechazando a las milicias romanas.

Nerón envía a Vespasiano, al mando de tres legiones de la elite militar de Roma. Él y su hijo Tito traban un duro y sangriento combate a orillas del lago de Genesaret, y los galileos son derrotados. Tres mil hombres son deportados a Corinto, y el general José ben Matías es hecho prisionero.

Entonces ocurren dos hechos muy singulares: Nerón se suicida en Roma y los ejércitos detienen su avance a la espera de que se resuelva la guerra de sucesión. Por otra parte, José ben Matías se gana la confianza de Vespasiano, que en lugar de enviarlo detenido, lo incorpora a los ejércitos vencedores. ¿Qué es lo que ha pasado?

Parece que el general galileo tuvo la astucia de profetizar a Vespasiano que iba a ser emperador; cosa que al poco tiempo sucedió, una vez resuelto el conflicto en Roma. Ben Matías pasó a ser el historiador Flavio Josefo, y fue encargado de narrar las victorias de los ejércitos del imperio. Josefo, traicionan-



Jerusalén en el año 66 d. de C.

do a los suyos, accedió y se convirtió en ciudadano romano.

Vespasiano marchó a Roma para ser coronado, pero su hijo Tito, tomando el mando de los ejércitos, avanza sobre Jerusalén llegando con todas las tropas durante la primera luna de primavera. La ciudad, abarrotada, iba a celebrar la Pascua. Comienza el asedio.

Narra Flavio Josefo, que él mismo actuó de mediador para que la ciudad se rindiera, evitando el sufrimiento que se avecinaba. El hecho es que los judíos resistieron y, aunque la ampliación de la muralla norte, en la zona donde se encuentra la actual puerta de Damasco, cayó en poder de los romanos; los judíos se hicieron fuertes en la torre Antonia y aguantaron los ataques, favorecidos por la orografía.

El asedio fue largo y durísimo, pero los judíos estaban dispuestos a resistir. Los romanos comenzaron a construir máquinas de asalto, pero las escaramuzas nocturnas de los judíos, que utilizaban galerías subterráneas bajo las murallas, conseguían destruirlas frecuentemente. Otros conseguían robar vituallas de los campamentos romanos.

La respuesta de los sitiadores fue de una gran crueldad: todo judío capturado fuera de la ciudad sería crucificado. Cuenta Josefo que en un día llegaron a ser crucificados quinientos judíos. Los romanos acabaron con los árboles del monte de los Olivos. ¡Terrible paradoja en la ciudad que crucificó al Señor!

Tito ordena construir una muralla de tierra que circunvala la maltrecha muralla de Jerusalén, e ins-

tala torres de vigilancia que imposibilitan ninguna salida de los sitiados. El hambre comienza a hacer estragos y los sitiados en Jerusalén se enfrentan entre sí de forma fratricida: «... los niños y los jóvenes, enflaquecidos como fantasmas, vagaban de aquí para allá hasta que caían —explica Josefo—. Tan agotados estaban, que ya ni siquiera tenían ánimos para enterrar a sus muertos. Al hacerlo caían a su vez entre los cadáveres. La miseria era espantosa. Apenas aparecía por alguna parte el indicio de un comestible, empezaba enseguida una lucha terrible para apoderarse de él, y los mejores amigos peleaban entre sí para alcanzarlo... su hambre era tan insoportable que les obligaba a masticar cualquier cosa. Recogían lo que ni los perros vagabundos hubieran podido remover, y mucho menos comer. Hacía ya tiempo que habían empezado a masticar sus sandalias y sus cinturones, y hasta el cuero de sus jubones ...»

Una cosa terrible cuenta el historiador, que al parecer llegó a oídos del propio Tito y precipitó finalmente el asalto final: una madre fue descubierta en Jerusalén asando a su propio hijo recién nacido! El hecho, fuera verdadero o no, horroriza al futuro César y decide acabar rápidamente.

El Templo es utilizado como defensa por los judíos, pero los romanos, aunque tenían orden de respetarlo, incendian sus puertas. Se repitió la misma historia de las tropas de Nabucodonosor y el antiguo Templo de Salomón: los soldados entraron destruyéndolo todo, y saqueando cuanto encontraban de valor. Finalmente incendiaron el Templo que acabó hecho cenizas.

De las seiscientas mil personas, entre habitantes

y peregrinos que había en Jerusalén con motivo de la Pascua, un año más tarde noventa y siete mil supervivientes eran hechos prisioneros, y empleados en el más penoso de los menesteres: la demolición de lo que quedaba en pie del Templo y la ciudad.

En efecto, los prisioneros eran casi siempre utilizados como esclavos; frecuentemente envidiaban la suerte de los caídos en combate. La demolición de sus propias ciudades y fortificaciones era realizada a mano (no pensemos en nuestros actuales métodos), y por medio de los propios vencidos tratados como esclavos en las condiciones más penosas. Jerusalén fue destruida y el Templo demolido hasta la última piedra. Tan sólo quedaron las dos o tres líneas de sillares, de la base de la actual explanada de las mezquitas, que constituyen el llamado Muro de las Lamentaciones, donde lloran y rezan los judíos contemporáneos.

Estos sillares no pudieron ser demolidos porque servían de contención del terreno en que estaba edificado el Templo, impidiendo la invasión de tierras hacia la vaguada por la que transcurría el Tiropeón, arroyo por el que se distribuía el agua. En el siglo II, los romanos reedificaron una nueva ciudad, sobre estas ruinas, a la que denominaron Aelia Capitolina. En las excavaciones que se realizan actualmente en

Jerusalén, aparecen restos de esta nueva edificación que, al estilo de Roma, contaba con una gran avenida: el Cardo Máximo, contigua a dicha vaguada del Tiropeón.

Esta es, muy resumida, la historia del cumplimiento de una parte de la profecía de Cristo en el discurso escatológico. Pero falta la segunda parte, esa que «... en cuanto a aquel día y a la hora, nadie sabe nada; ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre ...» (Mt 24, 36). Por esto no debemos dejar de considerar la recomendación de Jesús: «... estad alerta para que no se emboten vuestros corazones con los excesos de la comida y bebida, y las preocupaciones de la vida, y os sorprenda repentinamente, como un lazo, aquel día; porque se abatirá sobre todos los habitantes de la tierra. Velad pues, y orad en todo tiempo, a fin de merecer escapar de todas estas cosas que van a suceder, y presentaros seguros ante el Hijo del Hombre ...» (Lc 21, 34 - 36).

Al contemplar cómo fue la destrucción de Jerusalén, y el sufrimiento del pueblo escogido, infiel a su Señor, no podemos sino pensar ante la infidelidad contemporánea, lo que camino del Calvario decía Jesús a las mujeres de Jerusalén: «... si hacen eso con el árbol verde, ¿con el seco, qué se hará? ...» (Lc 23, 31).

El matrimonio y el pensamiento moderno

Aunque el Estado real es una combinación humana y necesaria, siempre ha sido y siempre será demasiado grande, ancho, torpe, indirecto y hasta inseguro, para ser el «hogar» de seres humanos y de jóvenes que deben ser instruidos en la tradición humana. Si la humanidad no se hubiera organizado en familias, nunca habría tenido el poder orgánico para ser organizada en naciones. La cultura humana se transmite en las costumbres de incontables hogares; es la única manera en que la cultura humana puede permanecer humana. Las familias tienen razón al confesar una lealtad común o una federación bajo un rey o una república. Pero el rey no puede ser la niñera en todos los cuartos de niños, como tampoco puede el gobierno ser la maestra en todas las aulas. Quien mire la historia real de los estados, tanto los modernos como los antiguos, verá una vista que se desvanece de cosas distantes e incontrolables formando la mayor parte de la política de la tierra. China, por ejemplo, el lugar más poblado, es ahora una república; en consecuencia está gobernada por cinco ejércitos rivales y está mucho

menos asentada que cuando era un imperio. Lo que ha preservado a China ha sido su religión doméstica. Sudamérica, como todos los países latinos, está llena de gracias y gozos domésticos; pero está gobernada por una serie de revoluciones. Nosotros mismos podemos ser gobernados por un dictador; o por una huelga general; o por un banquero que vive en Nueva York. El gobierno crece cada día de manera más evidente. Pero las tradiciones de la humanidad soportan a la humanidad; y la tradición del matrimonio es central. Y lo más esencial en ella es que un hombre libre y una mujer libre escogen fundar en la tierra el único Estado voluntario; el único Estado que crea y que ama a sus ciudadanos. Mientras estos seres reales y responsables se mantengan juntos pueden sobrevivir a todos los cambios, parones y reveses que constituyen lo que no es nada más que la historia política. Pero si fallan mutuamente, entonces es más cierto que la muerte que «el Estado» les fallará a ellos.

G. K. CHESTERTON

Y Chesterton se quitó el sombrero*

DAVID AMADO

«El motivo de mi conversión estriba en que el catolicismo es verdadero»

GILBERT Keith Chesterton nació en 1874 y no se convirtió al catolicismo hasta 1922. Es a partir de ese momento que escribe sus ensayos dedicados a dos genios del cristianismo: *Santo Tomás de Aquino* y *San Francisco de Asís* y también su *Autobiografía*. Sin embargo, cualquiera que lea su producción anterior llega a la conclusión de que Chesterton ya era católico mucho antes de su bautismo. Basta para ello fijarse en algunos de sus escritos anteriores a 1922 como *Ortodoxia* (1908), *La Esfera y la Cruz* (1910) o las novelas policíacas protagonizadas por el católico padre Brown.

Mario Fazio, en un artículo titulado *Chesterton, la filosofía del asombro agradecido*,¹ señala, siguiendo la Autobiografía del polemista inglés cinco etapas que vamos a recorrer.

La primera es la de la infancia, de la que Chesterton dice: «De niño, yo tenía una especie de asombro confiado al contemplar el manzano como un manzano. Estaba seguro de ello y también seguro de la sorpresa que me producía; tan seguro como que Dios creó las manzanas. Podían ser manzanas pequeñas como yo, pero eran también sólidas como yo». (Autobiografía, p. 53). Esa capacidad de contemplar la realidad tal como es, sin reducirla a los prejuicios, como sucedía con el escepticismo que triunfaba en su época, la mantuvo Chesterton durante toda su vida. No intentaba explicar la realidad en base a sus concepciones, sino que se dejaba guiar por ella. De hecho Chesterton nunca perdió la fascinación infantil frente al mundo. George Weigel ha dicho de él que «fue siempre un joven como de unos cinco años». Y, utilizando una expresión de este autor podemos decir también que para Chesterton era evidente que los *datos cantan*.

La segunda fase corresponde a la de su juventud. En la Autobiografía lleva el sugerente título de «Cómo ser un lunático». Antes, en la caracterización del paso de la infancia a la adolescencia había señalado: «Habíamos empezado a ser lo que los niños no son: esnobs. Los niños purifican los papeles teatrales que

interpretan cuando dicen: «vamos a hacer de», nosotros simplemente lo hacíamos». (A, 66)

La juventud de Chesterton estuvo repleta de «dudas, morbidez y tentaciones», que le «dejaron para siempre la certeza de la objetiva solidez del pecado» (A, 83). Podemos decir que el cándido Gilbert entró en una noche oscura, o mejor en un túnel. También dirá que «el ambiente de mi juventud no era sólo el ateísmo, sino la ortodoxia atea, y esa postura gozaba de prestigio». Y en *Ortodoxia* «a la edad de doce años era yo un poco pagano, y a los dieciocho era un completo agnóstico, cada vez más hundido en un suicidio espiritual».

Aquellos días podemos decir que Chesterton entró en depresión. Como él mismo señala, había días en que al llegar a su casa se tumbaba en la cama y sólo era capaz de leer novelas de Dickens. En este autor veía Chesterton una continuación de la Ferry Engleand, la feliz Inglaterra. Y le sorprendía el espacio que dejaba para la humanidad. Sobre todo que Dickens no se dejaba llevar por un vago sentimentalismo, sino que sentía una verdadera simpatía por las personas, y ello Chesterton lo atribuía a la fe cristiana. Durante su juventud Chesterton se sintió atraído por el espiritismo, que abandonó porque le producía dolores de cabeza. Durante esa época se matriculó en una escuela de Artes para aprender a pintar. Estaba de modo el impresionismo, que él vinculaba al escepticismo.

«Creo que en el impresionismo había un significado espiritual relacionado con esta era de escepticismo. Quiero decir que ilustra el escepticismo en lo que tiene de subjetivismo. Su principio era que si lo único que se veía de una vaca era una línea blanca y una sombra púrpura, sólo debíamos plasmar la línea y la sombra; en cierto sentido, deberíamos creer en la línea y en la sombra más que en la vaca» (A. 101). Era, pues, una filosofía, que se presta a la afirmación de que las cosas sólo existen como las percibimos o que, quizás, ni siquiera existen.

Chesterton se sorprende, en la juventud, de «la enorme rapidez con la que se cree estar de vuelta de lo fundamental y con la que incluso se niega lo fundamental». Chesterton, al repasar esa época de su vida se da cuenta de que «estaba llevando a su propio límite el escepticismo de mi época». Y añade con notable sentido del humor: «El ateo me decía con mucha solemnidad que no creía que existiera ningún dios, y había momentos en los que yo ni siquiera creía que hubiera ningún ateo» (A. 102).

* El presente artículo se basa fundamentalmente en las siguientes fuentes: G.K. Chesterton, *Autobiografía*, Barcelona 2003; P. Gulisano, *Chesterton e Belloc*, Milano 2002, G. Weigel, *Cartas a un joven católico*, Madrid 2006. Algunos datos biográficos se han extraído de páginas de Internet.

1. Publicado en *Acta Philosophica*, vol. 11 (2002), pp. 121-142. Reproducido en www.conocereisdeverdad.org.

Fue una época muy dura: «Lo cierto es que descendí lo suficiente como para descubrir al demonio e incluso, de una forma oscura, para reconocer al demonio. Nunca, por lo menos, ni siquiera en esta primera etapa confusa y escéptica, me abandoné totalmente a las ideas del momento sobre la relatividad del mal o la irrealidad del pecado». (A. 103).

Años más tarde, cuando entra en relación con el sacerdote John O'Connor, que inspiró el personaje del Padre Brown, y le expone su experiencia del mal, descubre con asombro que «el padre O'Connor había sondeado aquellos abismos mucho más que yo. Me quedé sorprendido de mi propia sorpresa. Que la Iglesia Católica estuviera más enterada del bien que yo, era fácil de creer. Que estuviera más enterada del mal, me parecía increíble. El padre O'Connor conocía los horrores del mundo y no se escandalizaba, pues su pertenencia a la Iglesia católica le hacía depositario de un gran tesoro: la misericordia».

En cualquier caso, la juventud fue para Chesterton una época de holgazanería, anarquía moral y por poco llega al suicidio espiritual. ¿Cómo salió de ese infierno?

«Mi aceptación del universo no es optimismo; es, más bien, una especie de patriotismo»

LA lectura de Chesterton, tanto de sus ensayos como de sus novelas, deja siempre en el autor un sentimiento de esperanza. No se puede leer a este autor y caer en la melancolía. Probablemente ello se deba al método que inventó para salir de la postración a que le condujo el pensamiento y la vida de su juventud.

Escribe en su *Autobiografía*: «Cuando ya llevaba cierto tiempo sumido en las profundidades del pesimismo contemporáneo, sentí en mi interior un gran impulso a la rebeldía: desalojar aquel íncubo o librarme de aquella pesadilla». Intentó solucionar el problema el solo, sin ayuda de nadie y descubrió que «la mera existencia, reducida a sus límites más primarios, era lo bastante extraordinaria como para ser emocionante. Cualquier cosa era magnífica comparada con la nada y aunque la luz del día fuera un sueño era una ensoñación, no una pesadilla». Por tanto añade aquí Chesterton, a la capacidad de asombro de su infancia, el agradecimiento. Y ese agradecimiento lo lleva hasta lo más simple, como los brazos o las piernas o cualquier vida que viva. A ello le ayudaron los pocos autores «optimistas de la época», como Walt Whitman o Stevenson, al que admiraba desde siempre. Era también una corroboración de lo que había dicho, muchos años antes, su abuelo puritano: «Daría gracias a Dios por haberme creado aunque supiera que mi alma estaba condenada» (A. 20).

Y añade: «Deseaba decir, tanto si conseguí de-

cirlo como si no, que nadie sabe hasta qué punto es optimista –aunque se tenga por pesimista– porque no ha medido realmente la profundidad de su deuda con lo que le creó y le permitió considerarse algo.»(A. 105). Y de ahí nace el deseo firme de escribir contra los decadentes y pesimistas que gobernaban la cultura de su época. Y así acaba su tercera época, con la victoria sobre la depresión y una mirada nueva sobre la vida y el mundo.

En la cuarta etapa Chesterton empieza a investigar las creencias cristianas. Después de investigar las corrientes teosóficas de su época, y de entrar en contacto con algunos miembros del credo anglicano, nos dice: «Comencé a examinar más atentamente la teología cristiana general que muchos detestaban y pocos examinaban. Pronto descubrí que realmente se correspondía con muchas de estas experiencias vitales y que incluso sus paradojas de correspondían con las paradojas de la vida» (A. 201). Al mismo tiempo nuestro autor constata que en la sociedad de su época se van abriendo huecos, hay verdades que van cayendo, y cada vez la vida se aleja más de un principio básico moral y metafísico en que apoyarse. De esa manera se daban esas contradicciones, que perviven aún con más fuerza en nuestro tiempo, en que alguien puede ser filántropo y al mismo tiempo defender la lucha por la vida darwiniana como principio filosófico irrenunciable.

En su estudio del cristianismo Chesterton constata algo: «la vieja teoría teológica parecía, bien que mal, encajar en la experiencia, mientras que las nuevas y negativas teorías no encajaban en nada y menos aún entre sí mismas». Chesterton, que defendió el sentido común de la mejor manera posible, esto es ejerciéndolo, aplica un principio muy simple: hay que acertar como verdadero lo que mejor ilumina la realidad. Negarlo es absurdo. Por lo mismo también carece de sentido aceptar teóricamente lo que no ayuda a comprender mejor la vida.

En un artículo publicado en el *Daily News* argumentó así contra el escepticismo: «Yo creo –porque así lo afirman fuentes autorizadas– que el mundo es redondo. Que pueda haber tribus que crean que es triangular u oblongo no altera el hecho de que indudablemente el mundo tiene una forma determinada, y no otra. Por tanto, no digáis que la variedad de religiones os impide creer en una. No sería una postura inteligente».

«La imaginación no produce locura. Lo que produce locura es, exactamente, la razón».

POR aquella obra escribe *Ortodoxia*, obra que aparece después de *Herejes*. En ésta había criticado el pensamiento de algunos autores como Kipling o Shaw. Le recriminaron que no po-

día hacerlo si antes no explicaba su propia teología. De ahí nació la célebre obra. Dice Chesterton: «escribí un esquema de mis propias razones para creer que la doctrina cristiana, tal como se resume en el Credo de los Apóstoles, sería una crítica de la vida mejor que las que yo había criticado». (A. 202).

Para Chesterton el mundo se ha vuelto loco precisamente por un mal uso de la razón. Escribe en *Ortodoxia*: «Los poetas no se vuelven locos; los jugadores de ajedrez, sí. Los matemáticos y los empleados de caja también se vuelven locos; pero los artistas creadores, rara vez. (...) El poeta sólo pretende llegar con su cabeza hasta el cielo. En cambio, el lógico pretende meter el cielo en su cabeza. Y lo que ocurre es que la cabeza estalla».

Por lo mismo, el lógico, y Chesterton no estaba contra la lógica como se puede ver en sus escritos, contempla el mundo como un infinito muy estrecho. Por eso dice: «Loco no es una persona que ha perdido la razón. En realidad, loco es el que ha perdido todas las cosas, menos la razón. Su mente se mueve en un círculo perfecto, pero demasiado estrecho».

Chesterton, por su parte, desde su capacidad de asombro y agradecimiento por la vida, es capaz de descubrir un mundo cada vez más grande que le confirma en sus ganas de vivir y le da sentido y unidad. De hecho todo su planteamiento se nos muestra como una réplica a las filosofías de las desesperanza, tan queridas en el siglo xx, y que permitían vivir en el total hastío sin dejar, por ello, de practicar los vicios más aberrantes. Como lo ha definido un autor contemporáneo, se trataba de un nihilismo divertido. Chesterton, que lleva las cosas hasta el fin, retorciendo los argumentos en sus célebres paradojas (que lejanas a los aforismos de salón de Wilde), se da cuenta de que el escéptico, si es consecuente, concluirá que no tiene derecho a pensar, lo mismo que el evolucionista acabará pidiendo el matrimonio a una piedra.

Señala también Chesterton que una de las cosas que le animó a ser cristiano fue el determinismo. Escribe: «Fue el determinismo el que proclamó a voz en grito que yo no era responsable. Y puesto que prefiero que me traten como a un ser responsable y no como a un lunático que anda suelto, empecé a buscar a mi alrededor un refugio espiritual que no fuera simplemente un refugio de locos». (A. 205).

Esa posición le permite abrirse al Misterio. Dice en *Ortodoxia*: «El misticismo nos mantiene sanos. Mientras vives el misterio, gozas de buena salud; si destruyes el misterio, creas mortalidad. La gente normal siempre ha sido sana, porque el hombre normal siempre ha sido un místico. El misterio más grande del misticismo consiste en que el hombre puede entender todas las cosas con ayuda de lo que no en-

tiende. El lógico enfermizo intenta aclarar toda la realidad, pero lo que consigue es hacerla misteriosa. El místico, por su parte, deja que algo siga siendo misterioso, y todo lo demás resulta lúcido».

«Cuando entro en una iglesia me quito el sombrero, no la cabeza»

LA quinta etapa de la vida de Chesterton coincide con su bautismo católico. En 1900 había conocido a Hilaire Belloc y en 1901 contrajo matrimonio con Frances Blogg, a la que había conocido en 1896. Frances era anglicana practicante y Chesterton la acompañaba a la iglesia. Fue en esa época cuando comenzó a frecuentar los oficios litúrgicos. También por aquella época profundiza en una idea importante: la humildad. Reflexionando sobre el paganismo y sobre su grotesca parodia moderna se da cuenta de que el cristianismo ha conquistado el corazón de los hombres a través de la humildad. Por eso frente al deber exigido por la mentalidad moderna él opone el don que ha de ser agradecido. La soberbia, por el contrario, deforma la perspectiva de las cosas e impide ver el mundo tal como es. De ahí que la autoafirmación propia del hombre moderno conduzca también a la ignorancia. Y una de las deformaciones más graves es el gnosticismo que, so pretexto de conocer los arcanos acaba negando el misterio de la Encarnación.

Fue la sorpresa ante el mundo y la capacidad de asombro, unidos al agradecimiento por la vida, lo que llevó a Chesterton a abarzar cada vez más la fe hasta pedir el bautismo en 1922. Por fin llegaba a la que denominó la «casa del hombre». Después, cuando viajó a Roma reafirmó que por fin se sentía en su hogar.

Chesterton se bautizó en una sencilla barraca con tejado de uralita. En Beaconsfield aún no habían podido construir la iglesia. Días antes se paseaba por su casa repasando un pequeño catecismo.

Más tarde, para responder a los que se preguntaban por su conversión al catolicismo escribió:

«Cuando la gente me pregunta a mí o a cualquier otro ¿Por qué te uniste a la Iglesia de Roma?, la primera respuesta esencial, aunque sea en parte incompleta es: «para librarme de mis pecados». Porque no hay ningún otro sistema religioso que declare verdaderamente que libra a la gente de los pecados. (...) El sacramento de la penitencia da una vida nueva, y reconcilia al hombre con todo lo que vive: pero no como lo hacen los optimistas y los predicadores paganos de la felicidad. El don viene dado a un precio y condicionado a la confesión. He encontrado una religión que osa descender conmigo a las profundidades de mí mismo».

También en política Chesterton dio en el clavo

JORGE SOLEY CLIMENT

SETENTA años después de su desaparición, Chesterton sigue dándonos muchas de las claves para comprender correctamente el mundo en que vivimos. El tiempo no pasa para lo que Russell Kirk llamaba «cosas permanentes»: hay aspectos no mudables sino esenciales a los que no afecta el paso del tiempo. Son verdades enraizadas en la misma naturaleza de las cosas. Por eso podemos leer hoy a Aristóteles o a santo Tomás y encontrar en ellos respuesta a cuestiones cruciales de nuestro tiempo (mucho más que en la multitud de modernos «guías ciegos»). Pero, ¿sucede así también con las cuestiones relacionadas con la política, mucho más mudable y en muchas ocasiones objeto de cambio constante? Una lectura del magnífico libro *Lo que está mal en el mundo* nos confirma lo que sospechábamos: Chesterton es también un buen guía en el terreno de la política.

Desde luego, no encontraremos ahí recetas aptas para reformar una ley electoral sino verdades que, tomadas en serio, podrían devolver la política a aquello que debiera ser, servicio orientado a la consecución del bien común. Son afirmaciones que uno lee con sorpresa, pero no por ser estrambóticas, sino porque aparecen como sencillas y evidentes. En contraste con tanta palabrería hueca a la que nos tienen acostumbrados nuestros políticos, a Chesterton se le puede aplicar aquello que escribiera nuestro Balmes, ese otro gran admirador del sentido común: «La conversación y los escritos de estos hombres privilegiados se distinguen por su claridad, precisión y exactitud. En cada palabra encontráis una idea, y esta idea veis que corresponde a la realidad de las cosas. Os ilustran, os convencen, os dejan plenamente satisfecho; decís con entero asentimiento: “Sí, es verdad, tiene razón”. Para seguirlos en sus discursos no necesitáis esforzaros; parece que andáis por un camino llano, y que el que habla sólo se ocupa de haceros notar, con oportunidad, los objetos que encontráis a vuestro paso».

Medios y fines. Se busca un hombre poco práctico

POR eso cuando Chesterton, para señalar la diferencia entre medios y fines en política, acude al ejemplo del huevo y la gallina, nos desconcierta, pero también nos devuelve al terreno de lo real. «Lo esencial es que el huevo o la gallina no

deben considerarse como acontecimientos cósmicos alternativamente recurrentes para siempre. Uno es un medio y el otro es un fin. Dejando a un lado las complicaciones de la mesa del desayuno, en un sentido elemental el huevo sólo existe para producir a la gallina. Pero la gallina no sólo existe para producir otro huevo. También puede existir para divertirse, para alabar a Dios, e incluso para sugerir ideas a un dramaturgo francés. Al ser una vida consciente es, o puede ser, valiosa en sí misma. Pero nuestra moderna política está grávida de un sonoro olvido. No hablamos más que de hombres útiles e instituciones que funcionan; esto es, sólo pensamos en las gallinas como en cosas que ponen más huevos». Hemos olvidado cuál es el fin de la política y nos dedicamos a discutir sobre los medios. Parece que debemos descubrirlo todo sobre una máquina excepto para qué se ha concebido. Nos obsesionamos en ser eficientes pero ya no sabemos para qué.

De esta concepción se deriva otra de las grandes falsedades que empapan la política actual: «la suposición de que cuando las cosas van mal, necesitamos un hombre práctico», cuando es exactamente lo contrario. Si las cosas van regular, habrá que atender a los medios, pero cuando las cosas van rematadamente mal, como es el caso ahora, es preferible pararse a pensar en el fin, en hacia dónde nos dirigimos. Como señala Chesterton, «si tu aeroplano tiene una ligera avería, un hombre mañoso puede arreglarlo. Pero si la avería es grande, es mucho más probable que nos veamos obligados a sacar a rastras de una facultad o laboratorio a un viejo profesor despistado con despeinado pelo blanco para que analice el mal». En definitiva, un hombre acostumbrado a la simple práctica diaria no podrá sacarnos del atolladero en que nos hemos metido; se necesita alguien poco práctico pero que haya pensado en profundidad hacia donde nos encaminamos y hacia donde debiéramos encaminarnos. No fallan los medios, o al menos no sólo son ellos los averiados, nuestro problema es que erramos en los fines.

El mal menor presentado como bien

OTRA cuestión es la del compromiso, el mal menor que habría que aceptar para evitar males mayores. La generalización de esta actitud que justifica cualquier cesión para evitar un

mal mayor no ha dejado de aumentar desde la época de Chesterton. Compromiso, mal menor, consenso, están a la orden del día y quien no comulga con ellos es tachado de irrealista, de utópico, de peligroso soñador. Pero, ¿de qué hablamos cuando hablamos de mal menor? Porque sí es verdad que existe el mal menor y que en ocasiones puede ser obligatorio defenderlo y hasta promoverlo. Eso sí, tal y como recordaba el padre Orlandis desde las páginas de esta misma revista, sin olvidar que por muy menor que sea sigue siendo un mal. Lo mismo sostiene Chesterton cuando afirma que «el compromiso solía significar que media barra de pan era mejor que nada de pan. Parece que en los políticos modernos significa que media barra de pan es mejor que una barra entera». Habría, pues, que recordar que el mal es mal y que, aunque la doctrina del mal menor es cierta, también existe el bien posible, que es bien y, en definitiva, el bien a secas. Difícil a veces de alcanzar, pero mejor y más nutritivo que el mal por muy menor que sea.

La tiranía de la evolución y la ciencia ficción

PERO quizás una de las falacias que más se han extendido y que Chesterton ya abordó es la que afirma que la humanidad se va adaptando a su época y que lo bueno en otro tiempo ahora es malo y viceversa. Hemos de adaptarnos o morir, no podemos quedarnos fosilizados, debemos de ser flexibles... cuántas veces hemos oído la misma cantinela (la última, en boca de un párroco que me explicaba que ésta había sido la respuesta del joven responsable del grupo parroquial que había organizado un concierto de rock en la parroquia en el que abundó el alcohol y la droga y que acabó con destrozos y varios chicos hospitalizados). Esta evolución obligatoria, consecuencia de la idea del progreso ilimitado e ineludible tan querido a todos los totalitarismos, nos arrastra hasta el relativismo más extremo: incluso las peores aberraciones de ahora serán consideradas positivas en el futuro, tan solo se trata de esperar. La aprobación en nuestro país de ese desafío a toda lógica que llaman «matrimonio homosexual» sería el resultado de este modo de pensar. En consecuencia, si en el futuro lo inaceptable hoy será considerado benéfico, uno se siente tentado, visto lo visto, a no emitir juicio alguno, ya que el tiempo nos quitará con casi total seguridad la razón. En el fondo, esta actitud tan extendida no es más que la mayor de las tiranías, si bien, como señalara Chesterton, «los tiranos de antes invocaban el pasado, los nuevos tiranos, el futuro».

A la luz de este juicio Chesterton, en otra de sus geniales intuiciones, contempla el nacimiento de la literatura de ciencia-ficción: «el hombre moderno ya no tiene presentes los recuerdos de su bisabuelo, sino que se dedica a escribir una detallada y documentada biografía de su biznieto». Lejos de mostrarse favorable, y tras señalar el elemento poético e incluso ingenuo presente en este género, nuestro autor no duda en sostener que «ese culto al futuro no es sólo una debilidad, sino una cobardía de nuestra época». Miramos hacia el futuro porque nos aterroriza mirar al pasado, pero no por lo que de imperfecto hay en él, sino precisamente por sus logros, que nos ponen en evidencia y cuestionan ese mito del progreso que todo moderno cree a pies juntillas. ¡Y esto lo escribió Chesterton antes de Auschwitz y del Gulag!

Queremos los viejos ideales

LA reflexión acerca de la visión del pasado y del futuro por parte del hombre moderno lleva a Chesterton a concluir que «los hombres inventan nuevos ideales porque no se atreven a poner en práctica los viejos ideales». Y es que el pasado está lleno de viejos ideales, «grandes ideales, no cumplidos y a veces abandonados». Es ésta una de las grandes intuiciones de Chesterton, paralela a aquella de que para encontrar el hogar de uno hay que salir por la puerta, recorrer el mundo entero y volver al punto de partida: estaba allí pero no lo veíamos. Lo mismo sucede con los ideales, y entre ellos el más importante: «el ideal cristiano no ha sido intentado y encontrado defectuoso. Lo han encontrado difícil y lo han abandonado sin intentarlo».

Contra aquellos que se ríen con sarcasmo y se llenan la boca de la palabra evolución, aquellos que muy serios sostienen que no podemos dar marcha atrás a un reloj, Chesterton, con una risa franca y ruidosa, contesta que «la respuesta simple y obvia es: “se puede”. Un reloj, como es una pieza de construcción humana, puede volver a ponerse mediante un dedo humano en cualquier cifra u hora». Frente al fatalismo del relativismo cronológico, la primera libertad que reclamamos con Chesterton es la libertad de restaurar. Al revés de quienes piensan que las causas derrotadas han quedado deslegitimadas, son las causas perdidas las que necesitamos recuperar y volver a proponer. Al menos algo sabemos con total seguridad: no fueron ellas las causantes del horror que ha visto el siglo xx y que se extiende en el xxi bajo otras formas. En los viejos ideales cristianos es donde radica la salida al callejón en el que nos hemos metido.

Chesterbelloc & Cía.

JAVIER BARRAICOA



Chesterton en 1935, un año antes de su fallecimiento

EN la Galería Nacional de retratos de Londres cuelga un cuadro de James Gunn. El lienzo, titulado *The Conversation Piece*, representa a tres literatos, G.K. Chesterton, Hilaire Belloc y Maurice Baring, conversando en torno a una mesa. Sumergirse en el agotado mundo victoriano de la Inglaterra de principios del siglo xx, es una invitación a descubrir un torrente de conversiones al catolicismo a cual más grata. En todas ellas medió un denominador común: la amistad. Como un misterioso contagio, se pueden ir descubriendo los lazos y relaciones de esos hombres que, entre asombrados y admirados, contemplaban el reto de la conversión de sus más allegados.

Chesterton y Baring tuvieron en Belloc un referente esencial para dar ese paso que les alejaba del *stablishment* de clase media posvictoriana y les introducía en el cosmos católico. Pero no pensemos en líderes idílicos. Baring recuerda en sus escritos que le deslumbró el genio de Belloc, al conocerle a finales del siglo xix, pero tampoco ello le motivó a transformarse en su *alter ego* en cuanto que apologista católico. La conversión de Baring fue por otros derroteros, pero Belloc le acompañó por ese camino en cuanto que amigo. Fue otro amigo, Reggie Belfour, quien escandalizó a Baring al co-

municarle su fuerte deseo de hacerse católico. Baring, incrédulo, le acompañó a oír una misa. El impacto fue tremendo y le llevó a escribir: «Me impresionó enormemente. Sentía que contemplaba algo sumamente antiguo. El comportamiento de los asistentes y la expresión de sus rostros también me impresionó enormemente. Para ellos era evidentemente real». Al cabo de un tiempo, desde Roma, Balfour envió a Baring la reproducción de un epitafio que se hallaba en una lápida de la iglesia de San Gregorio de Roma. Esta nota parece que fue el percutor de la conversión de Baring y resume el drama de tantos ingleses como Chesterton cansados del anglicanismo pero amantes de su patria. El epitafio en cuestión rezaba: «Aquí yace Robert Peckham, inglés y católico, quien, después que Inglaterra rompió con la Iglesia, abandonó Inglaterra, no siendo capaz de vivir sin la fe. Y quien, viniendo a Roma, murió no siendo capaz de vivir sin su país».

El Chesterbelloc

BARING fue injustamente olvidado cuando Bernard Shaw inventó su *Chesterbelloc*, esa conjunción superior a Chesterton y a Belloc, de la que imaginaba que los dos personajes en cuestión eran simplemente sus portavoces. La figura literaria de Shaw, alcanzó un éxito inmediato y ha quedado inmortalizada. Nuevamente la amistad fue el cauce de influencia de Belloc sobre Chesterton. En una carta a su mujer, Frances, nuestro Chesterton cuenta el asombro y el impacto intelectual que sufrió ante el encuentro: «En cuanto empezó a hablar sentí que se me sacaba del ambiente cargado de argumentos repetidos cuarenta veces y me transportaba a uno nuevo, lleno de reflexiones originales, serias y elevadas acerca de la historia y su papel. Si te dijera que habló: 1) la aristocracia inglesa, 2) los efectos de la crisis de la agricultura en la moralidad de los aristócratas, 3) su perro, 4) la batalla de Sadowa, 5) la revolución puritana en Inglaterra, 6) el lujo de los Antoninos en Roma, 7) un amigo suyo particular al que han dado un cargo político para el que no está preparado en absoluto, por haber realizado un trabajo infame, 8) la cómica prensa de Australia, 9) el pecado mortal en la religión católica romana».

La prodigiosa mente de Belloc fue un acicate



Hilaire Belloc

para la prodigiosa mente de Chesterton. Y el Chesterbelloc salió ganando. Comenta Pierce, el biógrafo de Chesterton, que Belloc dio cuerpo a las ideas que bullían en la cabeza de Chesterton, «le dió sustancia». En su escrito *Por qué me convertí al catolicismo*, Chesterton menciona que en su largo camino a la conversión hubo dos personas fundamentales: el padre John O'Connor e Hilaire Belloc. Del padre O'Connor, sacerdote en una parroquia pobre de Bradford, Chesterton descubrió la profundidad del alma. Así, relata que: «Fue para mí una curiosa aventura la de encontrarme con que aquel célibe amable y tranquilo había sondeado abismos más profundos de los que yo conocía, y había descubierto un mundo de ignominias que yo jamás pueda imaginar». El padre O'Connor se transformó, en la mente del literato indomable, en el P. Brown, aquel sacerdote que, a diferencia de Sherlock Holmes que sólo se fijaba en las pruebas externas y empíricas, buscaba solucionar el crimen desde el análisis del alma del criminal. Comprender el alma llevaba a comprender los actos del hombre.

Por su parte, la influencia de Belloc deambuló por otros derroteros. Su entusiasmo por la historia era inenarrable, contagioso, y debía fructificar en aquellos hombres que se le acercaban. El espíritu victoriano e imperial del siglo XIX había provocado una retorcida interpretación de la historia de Inglaterra. Las teorías raciales campaban desde hacía tiempo por Europa. Los historiadores victorianos quisie-

ron imaginarse como los herederos de la raza teutónica y, por tanto, germánica. Por eso soñaron que los celtas latinizados habían sido desplazados al País de Gales por los invasores teutones del siglo V. También soñaron que las tropas del duque de Normandía que invadieron Inglaterra eran normandos, por tanto herederos de los teutones. Así mismo reivindicaban que el protestantismo se había mantenido gracias a la dinastía holandesa, evidente prolongación de la raza aria. La mística de las razas puras quiso ser apropiada por el anglicanismo imperante, pero Belloc no quiso permitirlo. Él, extraña mezcla de lo mejor de Francia y lo mejor de Inglaterra, reivindicaba que la verdadera Inglaterra era la latinizada y la cristianizada, la fiel a Roma y a la civilización. Sin lugar a dudas, su influencia en Chesterton es notable y puede rastrearse en ensayos breves, en obras como *El escándalo del padre Brown*, o en escritos magníficos como *Breve historia de Inglaterra* o en la inolvidable *Ortodoxia*.

Aquel epitafio que motivara la conversión de Baring mostraba una paradoja: no se puede ser inglés sin Roma, y aquellos hombres no podían vivir la fe romana sin ser ingleses. Chesterton, maestro de paradojas, quiso resolverla siguiendo la estela argumentativa de Belloc. La esencia de lo inglés no podía hallarse en pequeños grupos guerreros escandinavos, paganos y sin escritura siquiera. Sólo Roma, su imperio y posteriormente la religión que en ella arraigara, podía solucionar las contradicciones de la historia de Inglaterra.

La cuestión social

OTRO de los ámbitos de influencia de Belloc sobre Chesterton es el referido a la cuestión social. Chesterton afirmaba que se había aproximado al catolicismo desde su inclinación política liberal. Desde el mundo de los partidos políticos, había contemplado admirado la profunda unión de los partidos irlandeses. Chesterton había visitado sólo dos veces Irlanda, pero algo le decía que ese pueblo se mantenía unido en algo que trascendía incluso la lucha partidista: su catolicismo. En su breve escrito *Por qué me convertí al catolicismo*, nuestro protagonista proclamaba su esperanza en una sociedad en la que todavía no se había dejado sentir los efectos del capitalismo: «Todo el mundo sabe que a un viejo pueblo agrario, arraigado en la fe y en las tradiciones de sus antepasados, le espera un futuro más grande o por lo menos más sencillo y más directo que a los pueblos que no tienen por base la tradición y la fe».

El capitalismo no dejaba de ser una de las caras de la modernidad y, por tanto, un peligro para los

pueblos y su espiritualidad. En esto coincidía Chesterton con sus amigos en lo humano, y enemigos en lo intelectual, que eran Shaw y Wells. Para ellos, y en palabras de Chesterton: «El sistema capitalista consiste en dejar a la mayoría de gente sin capital. Lo que llamamos capitalismo debería llamarse proletarianismo». La cuestión social fue una de las luces intelectuales que Belloc encendió en su amigo. A propósito, éste solía referirse a las tesis «distributistas» que el anglo-francés defendía, bajo la metáfora de una religión. Para Chesterton, Belloc era: «el fundador y el padre de aquella misión; nosotros fuimos los conversos, pero usted fue el misionero». La defensa del «distributismo» otorgaba al pensamiento de Chesterton un aire de revolucionario intelectual. En la cuna del capitalismo imperial, negar que la propiedad privada era un derecho absoluto sonaba a escándalo. Por eso, C.S. Lewis se quejaba de las «malsanas» influencias de Belloc en nuestro escritor.

En *Lo que está mal en el mundo* encontramos una profunda y poética descripción de lo que debería ser la propiedad privada: «todo hombre debe tener algo que pueda darle forma de su propia imagen, así como él es forma de la imagen del cielo. Pero porque no es Dios, sino sólo una imagen grabada de Dios, su autoexpresión debe tratar con límites; propiedad con límites que son estrictos y aun pequeños». La propiedad debía distribuirse para permitir la dignidad de la persona. Esto no era defender el bolchevismo, que Chesterton repudiaba, sino afirmar que el comunismo, el enemigo de la verdadera propiedad privada, estaba en los potentados capitalistas: «Uno pensaría –señalaba Chesterton– al oír hablar de los Rothchilds y de los Rockefellers, que ello estaban del lado de la propiedad. Pero obviamente ellos son los enemigos de la propiedad, pues son enemigos de sus propias limitaciones. Ellos no quieren su propia tierra, sino la de los otros. Es la negación de la propiedad que

el duque de Suderland sea dueño de todas las granjas de un condado. Lo mismo que sería la negación del matrimonio si tuviera todas nuestras mujeres en un harén».

El «distributismo» encontró eco en muchos círculos intelectuales ingleses. Una de las admiradoras de Chesterton, Dorothy Day, defendió desde su periódico, *El Trabajador Católico*, esta novedosa doctrina. Dorothy Day era una entusiasta de las obras de Chesterton que recomendaba a diestro y siniestro, especialmente *Lo que está mal en el mundo*. Desde *El Trabajador Católico* se recomendaba a los lectores que fundaran pequeñas granjas para poner en marcha el distributismo. También se incitaba a constituir Casas de Hospitalidad, resucitando el ideal benedictino de acoger a los pobres como si fueran el mismo Cristo. La influencia del predestinacionismo calvinista se había dejado sentir en Inglaterra y los pobres no eran considerados más que simples desheredados que nada merecían por su condición predestinada. Las propuestas desde el catolicismo representaban una verdadera sacudida cultural en el mundo anglicano. Por eso, en muchas de sus obras, Chesterton no deja de arremeter contra el calvinismo, contra la usura y contra el ideal propuesto por Adam Smith de acumular capital.

Belloc y Chesterton colaboran íntimamente en muchos proyectos periodísticos, pero fue desde el *The Eye Witness* donde se concentraron sus denuncias sobre la cuestión social. El propio Chesterton afirmaba que este semanario había revolucionado el periodismo inglés. Desde él se denunciaron las manifiestas injusticias de la oligarquía británica. Nuevamente la amistad era la forja de sus proyectos. Desde este periódico, dirigido por el propio Belloc, Cecil, el hermano de Chesterton, pudo participar en la maravillosa aventura emprendida por unos locos de amor por la vida, especialmente la eterna.

Lo viejo y lo nuevo

Los hombres se cansan de lo nuevo, de cosas, proyectos, mejoras y cambios. Lo que asusta y embriaga es lo viejo. Lo viejo es lo joven. No hay escéptico que no sienta que muchos otros han dudado antes que él. No hay hombre rico y veleidoso que no sienta que todas sus innovaciones son antiguas. No hay venerador del cambio que no sienta sobre sí el peso descomunal del desgaste del universo. Los que nos inclinamos por lo viejo somos en cambio dotados por

la naturaleza de una infancia perpetua. Ningún enamorado cree que otro pueda haberse enamorado antes que él. Ninguna mujer que da a luz cree que antes que el suyo ha habido otros niños. Ningún pueblo que lucha por su ciudad carga con el fardo de los imperios caídos. Sí, el mundo siempre es el mismo, porque es siempre inesperado.

G. K. CHESTERTON



Pequeñas lecciones de historia

El Sagrado Corazón y el jansenismo (I): el rigorismo y el queso

GERARDO MANRESA

UNA de las consecuencias más graves que dejó el jansenismo en el pueblo sencillo y fiel, principalmente en Francia, pero también en otros países, fue un cierto rigorismo moral. Los católicos sencillos creyeron ciertos criterios predicados por sacerdotes jansenistas e influenciados por sus tendencias se dedicaron a intensificar las penitencias que hacían y a aumentar las austeridades en su vida, ya de por sí, sencilla.

Estos hábitos se introdujeron en muchas familias cristianas y, por desgracia, durante más de dos siglos estuvieron muy extendidos. Fue santa Teresita, con su caminito de amor y confianza, la que consiguió romper y acabar con esta mala actitud.

También santa Margarita M^a, nacida en pleno apogeo del jansenismo, se había contagiado de esta postura y tuvo que ser el mismo Sagrado Corazón quien le enseñara cómo debían ser las mortificaciones que ayudan a la santificación.

«Aunque nada ocultaba a mi maestra, tenía, sin embargo, el designio de dar más latitud de lo que era su intención a sus permisos respecto a las penitencias. Y, habiéndome formado de esto como un deber, mi santo fundador [san Francisco de Sales] me respondió tan ásperamente, sin dejarme pasar adelante, que nunca he tenido ánimo para volver a intentarlo. Porque sus palabras quedaron para siempre grabadas en mi corazón: “Y bien, hija mía, ¿piensas poder agradar a Dios, traspasando los límites de la obediencia, que es el principal sostén y fundamento de esta congregación, y no las austeridades?”.

»“Te engañas –me decía el Sagrado Corazón– creyendo que puedes agradarme con esta clase de acciones y mortificaciones, en las cuales la voluntad propia, hecha ya su elección, mas bien que someterse, consigue doblegar la voluntad de las superiores. ¡Oh!, sabe que rechazo todo esto como fruto corrompido por el propio querer, el cual en un alma religiosa me causa horror; y *me gustaría más verla gozando de todas sus pequeñas comodidades por obediencia, que martirizándose con austeridades y ayunos por voluntad propia*”. Y así, cuando me ocurre hacer una de esas mortificaciones y penitencias por propia elección, sin orden suya o de mis superiores, no me permite siquiera ofrecérselas, y me corrige imponiéndome la pena, como lo hace con las demás faltas (...)

»Un día que tomaba disciplina, al terminar el *Ave Maris Stella*, que era el tiempo concedido para esto, me dijo: “He ahí mi parte”, y prosiguiendo yo: “He ahí la del demonio –añadió– lo que haces ahora.” Lo cual me hizo cesar al momento.

»Tenía un hambre insaciable de humillaciones y mortificaciones, si bien se resistía vivamente mi sensi-

bilidad natural. Mi Divino Maestro me apretaba sin cesar a que las pidiera, y esto me las proporcionaba excelentes, pues aunque se me negaban las mortificaciones pedidas se me imponían otras no esperadas y tan opuestas a mis inclinaciones, que me veía obligada en el violento esfuerzo que debía hacerme. (...)

»Hablaré de una de esas ocasiones mortificativas en las que me hizo verdaderamente experimentar el efecto de su promesa. Es una cosa [el queso] hacia la cual tenía toda mi familia una aversión natural tan grande, que al firmar el contrato de recepción exigió mi hermano que no se me obligara jamás a hacerla. No hubo dificultad en concederlo, siendo cosa de suyo indiferente. Pues en eso me fue preciso ceder, porque se me atacó con tal vehemencia, que no sabía ya que resolución tomar, pues si no hubiera amado mi vocación más que mi existencia, habría preferido abandonarla antes de resolverme a ejecutar lo exigido.

»Pero era en vano resistirme, pues mi Soberano quería este sacrificio del cual dependían otros muchos. Tres días estuve combatiendo con tanta violencia, que excitaba la compasión, principalmente de mi maestra, delante de la cual reconocía la obligación de hacer lo que me pedía, y después me faltaba el valor. Me moría de pena de no poder vencer mi natural repugnancia, y le decía: “¡Miserable de mí, que no me quitarais la vida antes de permitirme faltar a la obediencia!”. Al oírlo me rechazó: “Id, me dijo, no sois digna de practicarla y ahora os prohíbo hacer lo que os mandaba”. Esto me bastó. Me fui ante el Santísimo Sacramento, mi ordinario refugio, donde permanecí tres o cuatro horas llorando y gimiendo para obtener la fuerza de vencerme: “¡Ay de mí!, ¿me habéis abandonado, Dios mío? Y bien, ¿ha de haber aún reserva en mi sacrificio y no ha de ser todo consumado en perfecto holocausto?”.

»Mas mi Señor, queriendo llevar hasta el extremo la fidelidad de amor hacia Él, como después me lo ha manifestado, se complacía en ver combatir en su indigna esclava el amor divino contra las repugnancias naturales.(...)

»Después de este sacrificio fue cuando se duplicaron todas las gracias y favores de mi Soberano, que me obligaba con frecuencia a decir: “Suspended, Dios mío, este torrente que me anega, o dilatad mi corazón para recibirlo”» (santa Margarita: *Autobiografía*).

Esta lección del Sagrado Corazón la aprendió también santa Teresita y en los *Novissima verba*, explica a su novicia preferida que el juego que más le gusta al Niño Jesús es el trompo, es decir, que le dejemos jugar con nosotros *a lo que él quiera*.

¡Dejemos disfrutar al Niño Jesús y que juegue con nosotros!



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Continúa la persecución religiosa en China

SEGÚN informaba la agencia Zenit, el obispo Yao Liang (82 años), el padre Li Huisheng (33 años) y noventa fieles de la diócesis de Xiwanzi se han sumado a los católicos que sufren detenciones y agresiones por parte de las autoridades de un país que sólo permite la práctica religiosa con personal reconocido y en lugares registrados ante la Oficina de Asuntos Religiosos y bajo el control de la «Asociación Patriótica» (AP), cuyo estatuto recoge la creación de una Iglesia nacional desgajada de la Santa Sede.

El pasado 30 de julio el obispo Yao Liang –auxiliar de Xiwanzi– fue invitado por la Oficina de Asuntos Religiosos de Hebei para «tratar con él sobre la restitución de algunas propiedades de la Iglesia» en la ciudad de Zhangjiakou. De esta manera fue engañado y secuestrado y hasta la fecha no ha regresado a su diócesis. Dos días más tarde, el padre Li Huisheng fue detenido y torturado por la policía. Esa misma noche, tras ser liberado, los fieles que le encontraron le vieron tambaleándose, en medio de una crisis de vómitos y con fuertes dolores de cabeza.

En protesta por las detenciones y reclamando la inmediata puesta en libertad del prelado, más de noventa fieles de la iglesia de Shangyi –diócesis de Xiwanzi– se manifestaron ante la sede de la policía pero ésta cargó contra ellos y les golpeó, para después dispersarlos. Por la noche, de madrugada, medio millar de policías hicieron una redada y detuvieron de nuevo al padre Li Huisheng, que había regresado a la iglesia, y a noventa personas más. La causa de toda esta operación policial es una peregrinación al monte Muozhi, en Mongolia interior. Desde hace más de un siglo la diócesis organiza tal peregrinación, pero este año la Oficina de Asuntos Religiosos y la policía la habían prohibido.

La detención de monseñor Yao Liang alarga la lista de prelados de la provincia actualmente en la cárcel, según enumera la agencia del PIME: el obispo de la diócesis de Baoding, monseñor Giacomo Su Zhimin (72 años) fue detenido en 1997 y desde entonces está desaparecido; su auxiliar, monseñor Francesco An Shuxin (de 54 años), pasó por lo mismo un año antes y tras una década de confinamiento fue puesto en libertad el pasado 27 de agosto; monseñor Han Dingxian, obispo de Yongnian, está desaparecido desde finales de 2005, y monseñor

Giulio Jia Zhiguo, obispo de Zhengding, es secuestrado continuamente por agentes de la seguridad pública. Los sacerdotes en prisión son 23.

Apenas quince días antes, más de mil fieles se reunieron en una vigilia de oración para despedir de monseñor Agostino Zheng Shouduo, primer obispo de la prefectura apostólica de Kiangchow (en la provincia china de Shanxi), fallecido a los 89 años tras una larga enfermedad. Condenado en 1964 como «contrarrevolucionario», el entonces sacerdote pasó quince años en trabajos forzados siendo admirada por todos su fortaleza de ánimo, honestidad y humildad.

Pescadores mexicanos sobreviven nueve meses a la deriva leyendo la Biblia

RELATABAN este verano todos los periódicos del mundo la increíble hazaña protagonizada por tres pescadores mexicanos que salieron el pasado 28 de octubre de 2005 a la captura del tiburón en las costas de Nayarit (oeste del país) y fueron encontrados el 14 de agosto a ocho mil kilómetros de distancia de su punto de partida, en las inmediaciones de las islas Marshall, en el extremo austral del océano Pacífico, por un barco pesquero de atún de bandera taiwanesa cuando todo México y en especial los familiares les daban por muertos.

Lo que ya no han recogido los diferentes rotativos son las declaraciones de los pescadores que atribuyen este «milagro» de supervivencia a la ayuda de Dios Todopoderoso, quien les dio fuerzas para no perder esperanza, esperanza avivada por la lectura «en todo momento de la travesía» de una Biblia que llevaban en la pequeña embarcación. «Lo primero que haré al llegar a México –dijo uno de los pescadores– es visitar el templo de mi pueblo (Las Arenitas, en el estado de Sinaloa) para agradecerle a Dios el haberme devuelto la vida, porque volví a nacer».

La Conferencia Episcopal Española emite dos nuevas notas en defensa de la vida humana

LA Conferencia Episcopal Española ha hecho públicas dos nuevas notas en defensa de la vida humana: una sobre la última resolución del Parlamento Europeo en relación con la investigación con células embrionarias; y otra sobre el

«diagnóstico genético preimplantacional» realizado recientemente en Sevilla, que la CEE considera una práctica eugenésica.

Con la nota titulada «La eugenesia no es curación. A propósito de supuestos avances de la sanidad», la CEE recuerda en qué consiste el citado «diagnóstico genético preimplantacional»: «en examinar los embriones fecundados in vitro para comprobar si todos son portadores del factor genético que puede dar lugar al desarrollo de la enfermedad heredada o si hay alguno sano. Si todos están enfermos, todos son destruidos o congelados. Si hay alguno sano, ése o esos son transferidos al útero materno para su gestación».

Por otra parte, y respecto a la aprobación el pasado lunes 24 de julio, por parte del Consejo de Ministros de la Unión Europea, de «un programa de investigación que prevé la financiación de proyectos que comportan la destrucción de vidas humanas en su fase embrionaria», la CEE se une a la denuncia hecha ya por monseñor Eli Sgreccia, presidente de la Academia Pontificia para la Vida y a las notas emitidas por la Comisión de Episcopados de la Comunidad Europea (COMECE), así como las de las conferencias episcopales de Alemania e Italia. La CEE encuentra una contradicción, aparte de «un compromiso éticamente inaceptable», en la resolución de la Unión Europea, pues si bien se dice que «no se financiará la destrucción de embriones», sí se acepta «la investigación con células madre embrionarias, cuya obtención exige la destrucción de embriones».

Conclusiones del Congreso Teológico-Pastoral sobre la familia

EL cardenal Alfonso López Trujillo, presidente del Pontificio Consejo para la Familia, clausuró el V Encuentro mundial de las Familias con la lectura de un documento de ocho páginas de conclusiones del Congreso Teológico-Pastoral sobre la transmisión de la fe en la familia celebrado en Valencia.

«El Congreso ha puesto de manifiesto la existencia en la cultura contemporánea de una situación paradójica respecto a la familia. Se advierte su importancia pero los grandes cambios sociales, los avances tecnológicos, los movimientos migratorios y los profundos cambios culturales llevan a un cambio de civilización, lo que requiere hombres formados para afrontar los cambios». Sin embargo, «se observa a la vez que la familia está sometida a una crisis sin precedentes en la historia. Las razones se encuentran sobre todo en los factores culturales e ideológicos. La mentalidad corriente tiende a eliminar los valores. La acción persistente de un laicismo de raíz nihilista y

relativista lleva a un modo de vivir individualista». El Congreso ha denunciado con fuerza «esa presión ideológica invitando a tomar conciencia de la importancia de la familia y contribuir a su desarrollo».

Una comunidad franciscana vivirá en el monte Nebo (Jordania)

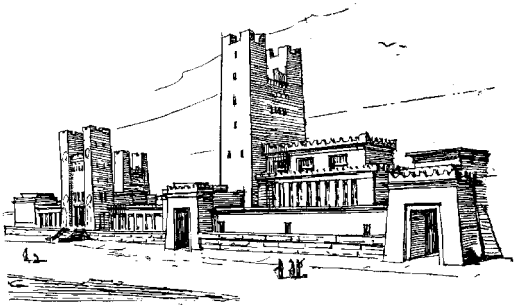
EN el monte Nebo (Jordania), desde cuya cima Moisés vio la Tierra Prometida sin poder pisarla, se erigirá una comunidad franciscana. Así lo confirma el Custodio de Tierra Santa, el padre Pierbattista Pizzaballa, OFM, en una carta dirigida a todos los religiosos de la Custodia.

«Desde hace mucho tiempo en la Custodia existía el deseo de hacer algo en aquel centro tan bello, además de importante y extremadamente significativo» —escribe el franciscano— y «la llegada de nuevos misioneros a Tierra Santa nos ha permitido reforzar nuestra presencia en Jordania, en nuestro único santuario ligado a un recuerdo del Antiguo Testamento y que ya se ha convertido en meta continua de peregrinación».

Agredidas en la India cuatro misioneras de la Madre Teresa

ACUSÁNDOLAS de «proselitismo», una multitud de hindúes fanatizados han agredido en un hospital del estado indio de Andra Pradesh a cuatro misioneras de la Caridad e hicieron que la policía local las detuviera. El ataque contra las cuatro religiosas se produjo durante su visita semanal a un hospital de la ciudad-santuario hindú de Tirupati donde llevan visitando a los enfermos terminales de sida durante los últimos veinte años.

Un grupo de cerca de medio centenar de fanáticos del Hindu Dharma Parirakshana Samithi (grupo para la defensa de la religión hindú) entró a la fuerza en el centro sanitario y bloqueó a las misioneras acusándolas de encontrarse allí para convertir a los moribundos. Rápidamente aumentó la multitud hasta trescientas personas. Ello obligó a las religiosas a permanecer encerradas en el hospital hasta las 20.30 horas, momento en que llegaron los agentes de la seguridad pública, quienes las llevaron a la comisaría local. El arzobispo metropolitano de Hyderabad, monseñor Marampudi Joji, en cuanto tuvo conocimiento del suceso sufrido por las misioneras de la Caridad, llamó inmediatamente al ministro en jefe —Y.S. Rajasekhara Reddy— y al director general de la policía —S. Sen—, ambos cristianos. «Se apresuraron hacia la prisión, de donde logramos excarcelarlas a las 22.30 horas».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT
y SANTIAGO ALSINA

La irreprimible filia islamista de la izquierda española

LA inoportuna foto del jefe del gobierno español luciendo *kefia* palestina al cuello en pleno desarrollo de la segunda guerra del Líbano ha dejado atónitos a muchos en España e incluso a más fuera de ella. ¿Cómo es posible una torpeza así en quien se supone encarna un cargo institucional en un tema tan complicado y espinoso? ¿Cómo se puede tirar por la borda nuestra posición mediadora (recordemos la Conferencia de Madrid de 1991) de un plumazo y con sonrisita traviesa incluida?

Las explicaciones son múltiples y no se excluyen entre ellas, sino que van completando un panorama del socialismo español que, por cierto, no llama al optimismo. La primera, obvia, es la incompetencia de José Luis Rodríguez Zapatero en materia de política exterior. El recurso a la sonrisa perpetua y a la palabrería hueca ha funcionado aceptablemente bien entre nuestros compatriotas, pero cuando uno cruza la frontera cae en el ridículo. Si la economía se aprendía en dos tardes, parece que la diplomacia se le ha atragantado al alumno-presidente del gobierno. A los habituales «amigos» del gobierno, Castro, Chávez y Morales, habrá que añadir ahora al jeque Nasrallah, el líder de Hizbollah. Como el lector habrá podido adivinar, con estos amigos somos la envidia del resto de países europeos.

Tampoco ha ayudado el endiosamiento de quien se cree, por encima de los vulgares compromisos de la *realpolitik*, llamado a hacer historia. Rodríguez Zapatero, progenitor de la Alianza de Civilizaciones y autoproclamado pacificador de España, no soporta que la realidad contradiga sus veleidades. Cuando ésta se empeña en no seguir sus dictados, sencillamente la ignora; sus amigos de los medios ya se encargan de maquillarla debidamente para evitarle disgustos. Pero nuevamente esta estrategia resulta fallida cuando adquiere una dimensión internacional: ni los políticos ni la prensa del resto del mundo está por la labor de reírle las gracias a nuestro jefe de gobierno.

La concepción partidista del Estado no es ajena a la metedura de pata. Si hasta ahora creíamos que el hecho de representar al Estado implicaba, especial-

mente en materia internacional, la asunción de una postura consensuada que variaba sólo ligeramente con el color del partido en el poder, para el nuevo socialismo de Rodríguez Zapatero esta noción está trasnochada. Para nuestros dirigentes socialistas el acceso al gobierno y al aparato del Estado no es más que la continuación de la política de oposición por otros medios. No se comportan, pues, como actores responsables ante todos los españoles, también ante aquellos que no les han votado, sino como una facción que accede a un importante presupuesto y que no varía un ápice su estrategia de agitación que le ha llevado al poder. El sentido de Estado ha desaparecido del vocabulario socialista. Las manifestaciones convocadas contra la acción «desproporcionada» israelí lo confirman. Las opiniones personales filopalestinas del ministro Moratinos han intensificado esta tendencia.

Pero no todo se explica por el modo de hacer política de Rodríguez Zapatero y del actual partido socialista. Hay algo más profundo y enraizado en la izquierda española que la aboca irremisiblemente en los brazos del islamismo. Me limitaré a señalar dos motivos que me parecen suficientemente explicativos de esta querencia. En primer lugar, no muy alejado en el tiempo, hemos de recordar el mito de la lucha anticolonialista a la que la izquierda occidental se apuntó con entusiasmo en las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado. Fracasado el marxismo en Occidente con una clase oprimida cada vez más satisfecha con su utilitario y su apartamento en la playa, la izquierda marxista encontró en la lucha de los movimientos anticolonialistas contra las metrópolis europeas la nueva oposición en la que basar su mística. Cerrando los ojos a las múltiples contradicciones en las que incurría, la izquierda asumió como propias además de la efigie del Che, el pañuelo palestino, símbolo de la lucha contra el opresor israelí (que además era blanco y militarista). El socialismo sentimental de Rodríguez Zapatero no puede renunciar a los símbolos de los que se ha nutrido, y la *kefia* palestina, por muy desafortunado que sea, es uno de ellos.

En segundo lugar, y esta vez sí que debemos remontarnos a los orígenes del islam, porque la doctrina de Mahoma es, al igual que el marxismo, un

mesianismo secular e intrahistórico. Mahoma, muy influenciado por las sectas judeocristianas aún pujantes en su época, asume el mensaje de un reino de Dios aquí y ahora e instaurado por la fuerza militar. Será un reino de liberación en la que los pobres (de ahí el nombre de ebionitas) ya no serán humillados, en el que, como ya apreciara Toynbee, los pueblos orientales serán liberados del yugo occidental y helenista. Mahoma asume este discurso y, con un genio militar y político fuera de lo común, decide llevarlo a la práctica con gran éxito. Este lenguaje liberacionista, especialmente intenso en el islam chiita, pervive hasta hoy porque es una de las ideas fuerzas más nucleares del islam. Un ejemplo nos ayudará a comprender este fenómeno:

«Debéis aseguraros que aquellos elegidos como presidente del Estado islámico o como diputados del parlamento, sean individuos que hayan sentido y experimentado la situación de los desposeídos y oprimidos, y estén preocupados por el bienestar de los pobres, y no que representen al grupo de los capitalistas, terratenientes y aristócratas que están sumergidos en los placeres sensuales y que no pueden por lo tanto sentir la amargura, el hambre y el dolor de los desposeídos y descalzos».

Este discurso del ayatollah Jomeini rezuma dialéctica de clases y, de no ser por su alusión al «estado islámico», cuadraría a la perfección en boca de cualquier líder comunista. Desde esta perspectiva entendemos, pues, la íntima afinidad entre el islam y otros intentos de establecer mesianismos seculares, desde el marxismo hasta la teología de la liberación. Por eso no nos extraña que muchos militantes socialistas panarabistas de los años setenta se hayan pasado al islamismo radical, ni que el terrorista comunista Carlos haya encontrado en el islam su refugio intelectual y vital. Por eso tampoco nos extrañan las simpatías de nuestros dirigentes socialistas: la afinidad entre la izquierda y el islam es, desde esta perspectiva, estructural y constituyente.

La eurocámara persigue a los países que no reconocen las uniones homosexuales

LA Comisión y el Parlamento europeos pretenden convertir en un delito de «homofobia» cualquier negativa a reconocer a las parejas homosexuales los mismos derechos que a un matrimonio. Los líderes de las principales formaciones políticas han preparado resoluciones de condena contra Polonia, Letonia, Lituania y Estonia. Ha molestado especialmente que Letonia haya introducido una enmienda en su Constitución para «restringir» el matrimonio a la unión entre un hombre y una mujer, así como un proyecto de ley que se debate en Estonia

de contenido similar. Además, Lituania y Polonia han prohibido la celebración de marchas con motivo del día del orgullo gay.

En Letonia el proyecto de ley contra la discriminación fue presentado en marzo del 2004. Diversos miembros del partido del gobierno han cancelado la cláusula impuesta por el Parlamento europeo en referencia a la discriminación por la orientación sexual, definiendo la homosexualidad como pecaminosa y desordenada.

Letonia es el único país de la UE en que la normativa contra la discriminación en el trabajo no hace referencia a la orientación sexual. En diciembre del 2005, el Parlamento letón aprobó con una mayoría aplastante la definición tradicional de matrimonio y su Código civil señala explícitamente que el matrimonio sólo puede existir entre un hombre y una mujer.

La guerra vuelve al Líbano

UNA vez más la tensión se ha desbordado en Oriente Medio y la provocación por parte de la milicia chiita libanesa de Hizbollah, secuestrando a dos militares israelíes y asesinando a ocho, ha dado lugar a una guerra en toda regla en el sur del Líbano, el territorio del que se había retirado el ejército israelí en 2000 en un gesto que pretendía ser de buena voluntad pero que los islamistas interpretaron como de debilidad, y donde la milicia chiita ha creado un Estado independiente de facto dentro del Líbano.

Sorprende en el desarrollo de la guerra la falta de proporción entre la acción islamista y la tremenda respuesta militar israelí... sólo si únicamente nos guiamos por la prensa europea. Si, por el contrario, atendemos a la prensa israelí, descubriremos que Hizbollah, armada con más de catorce mil misiles por Irán y Siria, lleva meses hostigando a Israel: los lanzamientos de misiles sobre núcleos urbanos del norte de Israel es un hecho repetitivo desde hace meses con el que malvivían la población y el gobierno israelí. Por otra parte, en una región donde las reglas del juego distan de responder a las leyes de Ginebra, de matriz occidental, cualquier cesión o respuesta tibia sólo hace que provocar una nueva agresión, como precisamente la actitud de Hizbollah a lo largo de la última década confirma.

Por otro lado es legítimo preguntarse por qué Hizbollah ha provocado el desencadenamiento de la guerra en este preciso momento. Varios factores confluían. En primer lugar, la popularidad del ataque a Israel entre la población árabe en un momento en que el gobierno israelí estaba ejerciendo una fuerte presión sobre el gobierno palestino de Hamas.

Hizbollah ha podido presentarse así como el romántico y desinteresado defensor de sus «hermanos palestinos». Pero no hay que perder de vista que Hizbollah es una creación del régimen iraní y que es este país quien arma y financia la milicia chiita. En otras palabras, Hizbollah no da un paso sin la aprobación o la orden de Irán y, en menor medida, de Siria. La situación de Irán es, en la actualidad, delicada por las presiones, principalmente norteamericanas, para que detenga su programa nuclear (que en última instancia está enfocado a conseguir la bomba atómica que pueda realizar el sueño no oculto de tantos islamistas: borrar a Israel del mapa), pero por otro lado su liderazgo regional no hace más que reafirmarse. La expulsión de los talibán del poder en Afganistán eliminó a uno de sus principales rivales, la guerra de Iraq destruyó al otro gran rival regional y además dejó gran parte del país en manos de los chiitas, mayoritarios en términos de población en Iraq, adiestrados y financiados por Irán y que no sólo controlan sus territorios tradicionales sino que se han infiltrado con éxito en las nuevas fuerzas policiales iraquíes. En este contexto, y ante las crecientes presiones norteamericanas, a Irán le convenía realizar un gesto que distrajese la atención de su programa nuclear y al mismo tiempo enviase el mensaje de que sus tentáculos eran poderosos y capaces de crear

un escenario de conflicto generalizado en Oriente Medio en caso de ser atacado. Así pues, dio la orden y Hizbollah se puso en marcha, provocando una guerra que de paso, y unida a la inestabilidad iraquí, ha hecho subir aún más el precio del petróleo, alza de la que se beneficia directamente Irán y que compensa la creciente financiación de Hizbollah.

La conclusión de la guerra con el despliegue de fuerzas militares internacionales que aseguren la separación entre contendientes tiene todo el aspecto de un cierre en falso. Israel ha golpeado con fuerza a Hizbollah y su infraestructura, pero no ha acabado con ella y ésta se puede presentar una vez más como la única fuerza que ha podido plantarle cara a Israel. Irán, por su parte, sale indemne del conflicto, lo mismo que Siria. Líbano, que después de quince años de ocupación siria parecía salir del túnel en que ha vivido, ha vuelto a ser sometido a un castigo tremendo, una vez más, sólo por el hecho de estar donde está, lo que convierte al país de los cedros en campo de batalla de intereses extranjeros. Y como siempre, quienes sufrirán más en el convulso futuro libanés serán los cristianos maronitas, los únicos que no cuentan con la protección de ninguna potencia extranjera desde que los países europeos decidimos que lo que les ocurra a los cristianos en el mundo ya no nos incumbe.

Más actualidad política

Es cierto que el hombre medieval era más tosco y menos eficaz en muchos sentidos, pero su concepción de la vida era mucho más amplia y más humana.

En los países constitucionales modernos no hay prácticamente ninguna institución política surgida del pueblo; todas son otorgadas al pueblo.

La paradoja de las Cruzadas radica en que, aunque los sarracenos eran superficialmente más civilizados que los cristianos, estos tuvieron la intuición de percatarse de que en el fondo eran unos destructores.

El sistema de partidos no consiste, como creen algunos, en que haya dos partidos, sino uno solo. Si hubiera dos partidos reales, el sistema no funcionaría.

Ninguna sociedad puede sobrevivir a la falacia socialista de que hay un número absolutamente ilimitado de funcionarios inteligentes y dinero también ilimitado para pagarles.

Cuando la gente habla de las Cruzadas como si no fueran más que una expedición agresiva contra el islam parecen olvidar curiosamente que el propio islam no fue más que una expedición agresiva contra la vieja y ordenada civilización existente en esa zona.

Hay dos tipos de pacificadores en el mundo moderno y ambos son, aunque de distinto modo, un engorro. El primer pacificador es el que va por ahí diciendo que está de acuerdo con todo el mundo y confunde a todo el mundo. El segundo pacificador es aquel que va por ahí diciendo que todo el mundo está de acuerdo con él y hace enfadar a todo el mundo. Entre ambos provocan cien veces más disputas de las que nosotros, pobres gentes belicosas, podemos concebir en nuestras vidas.

A cada época la salva un pequeño puñado de hombres que tienen el coraje de ser inactuales.

G. K. CHESTERTON

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

RAMÓN GELPÍ

Vida de Jesús. Evangelios concordados
Gerona, Edicions PalVerd, 2006

Nuestro colaborador Ramón Gelpí acaba de editar la obra *Vida de Jesús. Evangelios concordados*, de la que son parcialmente extractados los artículos que viene publicando en esta revista sobre diversos aspectos de la vida pública de Jesús y el misterio de la Encarnación.

El misterio de la Encarnación es inseparable de la profesión de la fe cristiana. Si alguno dijera que Jesús no es verdadero Dios, y hombre al mismo tiempo, negaría el misterio fundamental de la fe. Las consecuencias de ese misterio son múltiples y, entre otras, permiten al creyente recurrir a los datos de la arqueología, la historia o la filología para conocer mejor a aquel que, siendo Dios, vivió como hombre entre los hombres.

En los primeros tiempos de la Iglesia se combatieron diversas herejías. Algunas eran de corte cristológico y negaban, o bien la verdadera humanidad de Jesús, o bien su divinidad. Para ello, recurrían a diversas estrategias que se reducían a un factor común: ponderar la grandeza de Cristo (qué bien saben halagar los herejes los oídos de las audiencias incautas), pero negándole, al mismo tiempo, que tuviera en plenitud alguna de las dos naturalezas: la divina y la humana. Siglos después se suscitó una nueva crisis en nombre del purismo teológico. Fue el momento de la iconoclastia. Según esta tendencia no era correcto representar imágenes de la divinidad y adorarlas. De hecho, como respondieron los autores católicos, nunca se adora a la imagen sino lo que representa y, por otra parte, negar la representación supone, al final, negar la realidad. El mismo hecho de que Dios se hubiera encarnado y que, en palabras del apóstol san Juan, hubiera sido oído, visto y tocado, justificaba la posibilidad de representarlo, aun cuando no se conservara imagen de su rostro. Como indica el Catecismo el rostro de Jesucristo se nos muestra sobre todo en su fisonomía espiritual, reconocible principalmente en las Bienaventuranzas. Pero si Jesús se dejó ver y oír y tocar, es decir, si quiso que a través de su humanidad, se pudiera acceder a su divinidad, aunque fuera a través del salto nunca temerario de la fe, significaba también que las generaciones posteriores a la re-

surrección y ascensión a los cielos, podían (y casi diríamos debían) imaginarlo de alguna manera para hacerse una idea más acabada de su persona y no reducirlo a algo abstracto.

Desde posiciones, que siempre se ocultan en el parapeto del supuesto rigor y cientificismo, se atacó finalmente la historicidad de los evangelios. Dicho en lenguaje sencillo, se trataría de que Jesús existió, pero que no nos es dado conocer las características precisas de su ministerio. Sus mismas palabras y gestos habrían sido transformados por las comunidades cristianas. En un exceso último, se llegó a afirmar que Jesús predicó el Reino y surgió la Iglesia. Dicha posición, con distintos matices, vino a ser sostenida desde el denominado modernismo, de clara influencia racionalista.

Lo cierto es que, de una u otra forma, esas posiciones se han ido filtrando entre los católicos aunque, gracias a Dios, muchas veces no superan el carácter de una leve contaminación. La tendencia a la pedantería y al eruditismo de salón potencia posturas, en las que el verdadero estudio y contemplación de la Palabra de Dios es suplida por afirmaciones temerarias que no tienen más atractivo que la novedad sin fundamento. Algún día habrá que analizar con cuidado el daño que se ha hecho en los últimos siglos, a tantas generaciones de católicos, al someter la predicación del Evangelio a criterios que san Pablo denominaría de vana ciencia, que sólo hincha, pero para nada edifica.

El libro que presentamos se sitúa en un orden totalmente distinto. No es obra ni de un teólogo ni de un exegeta. Nace de la pluma, la inquietud y la fe de un peregrino a Tierra Santa. La visita a los santos lugares, aquellos que recorrió y en donde se sucedieron los episodios de la vida de Jesucristo, le ha movido a emprender una tarea que, primordialmente, podemos calificar como apostólica. Ese es su cometido y también el sentido de esta recomendación. Para un acercamiento científico y autorizado habríamos de dar cuenta de otra bibliografía que no sería fácil desclasificar, entre tanta publicación de carácter teológico, y en la que no falta mucha paja, y aun errores no siempre bien intencionados.

Ramón Gelpí ha escrito un libro que, en primer lugar, es una concordancia de los Evangelios. ¿Qué sentido tiene? Uno muy sencillo, que es mostrar que la vida de Jesús es, en alguna medida,

reconstruible. Negar esto vendría a significar, si se sacaran todas las conclusiones, que el Evangelio no es más que un conjunto de sentencias y hechos acaecidos en un pasado remoto no identificable, y que tienen como figura última un personaje del que apenas podemos saber algo. La concordancia ayuda a seguir los pasos del Señor por la tierra para poder comprender mejor y sentir su presencia hoy entre nosotros. Benedicto XVI, hablando a los jóvenes en Colonia, señaló que Jesús, en la Eucaristía, seguía siendo contemporáneo nuestro. Esa afirmación sería metafórica si antes Jesús no hubiera sido contemporáneo en la carne con otros hombres, los que le escucharon en Palestina y entre los que se encontraban sus Apóstoles, sobre los que fundó su Iglesia.

Una concordancia no es una vida de Jesucristo. De éstas las hay excelentes, desde el *Diatessaron* de Taciano, que parece la más antigua, hasta algunas modernas de gran valor como las escritas por el padre Lagrange o por Fillion. Lo que permite es tener una visión completa del Evangelio, porque se han ordenado los distintos testimonios inspirados en una unidad que tiene sentido. Este es el servicio que presta este libro, tan necesario para los jóvenes de nuestro tiempo, y educativo para personas de todas las edades. Ayuda a situarse mejor cerca de aquel que se hizo hombre para que nosotros pudiéramos llegar a ser hijos de Dios.

El autor, a su vez, nos aporta numerosas notas explicativas y material gráfico que ayudan a situarse en el tiempo de Jesús. San Ignacio, que peregrinó a Tierra Santa, aconsejaba en la oración imaginar las escenas del Evangelio como si nos encontráramos allí presentes. La concepción de este libro puede resultar de inestimable ayuda para la oración. No sólo porque evoca, con material de primera mano y gráficos muy ilustrativos, los lugares que conoció Jesús, sino también porque está escrito con la unión de quienes buscan conocer mejor al Señor para poder amarlo más.

El conocimiento de Jesús se autentifica en la fidelidad a la Iglesia, verdadero Cuerpo suyo. La Sagrada Escritura ha sido entregada a la Iglesia, que la custodia, la proclama y la explica. De la unión cordial con la Iglesia, que no es un sentimiento, sino una adhesión firme, nace una contemplación más adecuada del Evangelio. Lo mismo puede decirse de quien se acerca al Evangelio a través de María, en cuyo corazón se conservaban y meditaban las acciones y palabras de su Hijo. Al final de lo que se trata es de conocer al Hijo, y este libro ayuda a ello. Rompiendo prejuicios y prevenciones un peregrino a Tierra Santa, conmovido por haberse acercado a los mismos lugares que conoció el Señor hace dos mil años, ha emprendido la tarea de contribuir a un mejor conocimiento de Cristo. Este libro, amigo lector, da buena cuenta de ello.

Crear en Dios

El siglo XVII fue un siglo de sectas, es decir, de manías.

En cuanto Dios es abolido, el gobierno se convierte en Dios.

Si no hubiera Dios, no habría ateos.

Existen aquellos que odian la Cristiandad y llaman a su odio un amor global por todas las religiones.

Se ha dicho a menudo, con mucha verdad, que la religión es lo que hace que el hombre ordinario se sienta extraordinario; es igualmente cierto que la religión es lo que hace que el hombre extraordinario se sienta ordinario.

Lo cierto es, por supuesto, que la brevedad de los Diez Mandamientos es una evidencia, no de la estrechez y tristeza de la religión, sino, al contrario, de su liberalidad y humanidad. Es más corto listar las cosas prohibidas que las cosas permitidas: precisamente porque la mayoría de

las cosas están permitidas y sólo unas pocas están prohibidas.

En nuestros días se espera que un cristiano crea en cualquier religión excepto en la suya.

Se suponía que la libertad religiosa significaba que cada uno era libre de discutir de religión. En la práctica significa que a casi nadie se le permite mencionarla.

No hay nadie tan fanático como un ateo.

El progreso es la providencia sin Dios. Esto es, es la teoría de que todo ha ido perpetuamente bien por casualidad. Es una especie de ateísmo optimista, basado en una eterna coincidencia mucho más milagrosa que cualquier milagro.

Sólo hay dos tipos de personas: aquellas que aceptan los dogmas y lo saben y aquellas que los aceptan y no lo saben.

G. K. CHESTERTON



emos leído

ALDOBRANDO VALS

¿De dónde viene los progresistas españoles?

Así titulaba José María Marco un interesante artículo publicado en Libertaddigital.com que llevaba como subtítulo el sugerente «Un vistazo a su árbol genealógico». Y es que Marco es uno de los grandes estudiosos de Giner de los Ríos y por lo tanto sabe bien de dónde procede la ideología que anima y sostiene las nefastas iniciativas zapateriles. Reproducimos a continuación el citado artículo:

Detrás de la política seguida por el gobierno de Zapatero en estos dos años hay varias cosas. Una, la personalidad del protagonista, que por ahora parece un misterio y dentro de algunos años causará asombro, como lo causa la de otros caudillos de un pasado no muy lejano. La otra, la que nos interesa hoy, es la actitud y la mentalidad que sostienen esa acción política, la de los progresistas.

En primer lugar, y dado que el partido del caudillo no ha cambiado de nombre, está el socialismo. El socialismo de Zapatero tiene poco que ver con el imaginado por los fundadores en el siglo XIX español, y tampoco con lo que siguió luego. Nunca hubo gran dosis de utopía en aquellos socialistas, más sindicalistas que otra cosa. Eso sí, en lo que no creyeron nunca fue en la democracia.

Al principio desconfiaban de ella. Luego la concibieron como un instrumento al servicio de los intereses que decían representar. La democracia y el parlamentarismo nunca fueron para ellos valores absolutos, como no lo es la li-

bertad que permiten. Eso es lo que el socialismo español de hoy conserva de sus antecesores.

Con el tiempo perdió cualquier radicalismo y cualquier referencia al marxismo, siempre muy imprecisa. Conserva la idea de que las instituciones democráticas valen si sirven para la buena causa. La suya.

Una segunda característica de la mentalidad de quienes ocupan el Gobierno hoy en España es el «progresismo», en el sentido histórico del término; una desviación específica del liberalismo decimonónico hacia una forma de radicalismo ocurrida en torno a los años de transición revolucionaria entre la muerte de Fernando VII y la subida al trono de su hija, Isabel II.

Aquellos progresistas fracasaron en su intento de establecer un régimen propio, y a partir de ahí se atascan en una compulsión de repetición del pasado que deben reactualizar una y otra vez para hacer, por fin, la revolución que, según ellos, no les dejaron hacer.

Aquí encontramos el origen de otros dos componentes del socialismo actual: negar cualquier interés a todo lo que el progresismo considera de derechas, condenado como absolutamente reaccionario y deleznable; y, sobre eso, un elemento alucinatorio que niega el tiempo transcurrido y la realidad que ha ido surgiendo con él.

En el siglo XIX tenían que volver a hacer la revolución liberal, que estaba hecha, aunque no como ellos hubieran querido. Ahora tienen que ganar la guerra que perdieron y restaurar la República, en cuyo desastroso transcurso y final, ni que decir tiene, no tuvieron nunca la menor responsabilidad. El

progresismo español es el adanismo perpetuo.

La tercera característica es la crítica radical contra España. Los progresistas, problematizan la idea de España, a la que identifican con uno de los llamados «obstáculos tradicionales» que les impiden llegar al poder y hacer de una vez «su» revolución. Así que empezarán a explorar el terreno del republicanismo (que aquí quiere decir, sobre todo, antiespañolismo) y el federalismo.

Identificarán la idea de España con un proyecto retrógrado, oscurantista, y acabarán pactando con los nacionalistas. Éstos los traicionan siempre, aunque no por eso los progresistas dejen de considerarlos sus aliados. La misma pulsión antiespañola, la misma vivencia antinatural y acomplejada de su propia nacionalidad tienen hoy los socialistas españoles encabezados por Rodríguez Zapatero.

Queda una última veta. Al principio fue una corriente muy minoritaria del progresismo primero. Derivó en una secta que incorporó elementos a medias místicos, a medias panteístas (es decir, que diluyen a Dios en la totalidad del mundo) procedentes de una oscura rama del idealismo alemán. Se llamó krausismo, por el nombre del personaje, bastante delirante, que lo inspiró, y combina elementos sumamente originales. Muchos de sus adeptos habían sido sacerdotes, y de hecho querían fundar una Iglesia nacional española. Pretendían hacer aquí la reforma que no se hizo... ¡en el siglo XVI!

Los principios, en cambio, eran nuevos. Era una espiritualidad transida de laicismo militante. No sólo no reconocían valor a la autoridad de la Iglesia católica. Tam-

poco aceptan el valor normativo de la moral cristiana y borran la diferencia entre el Bien y el Mal. Sustituyeron la moral y la ética por una estética ascética, al mismo tiempo moderna, en su tiempo, y postmoderna, en lo que tiene de completo relativismo. Por eso ha triunfado ahora, ya derrotado el ideario socialista.

Esta aspiración de armonía universal que quiso representar el krausismo permite entender muchas cosas: la amoralidad —es decir, la corrupción— en la gestión de la Institución Libre de Enseñanza, que fue la puesta en práctica de la escuela en la segunda mitad del siglo XIX, y ahora la exaltación de la palabra «paz», la clave de la política de Rodríguez Zapatero, desde la deserción en Iraq hasta la rendición y el desmantelamiento de España en el altar del terrorismo nacionalista.

¡Ah, la paz, la armonía de los mundos, el diálogo de civilizaciones! Pero no hay que tomárselo a broma, ni desviar la mirada. Es un paso más en una demolición sistemática, dispuesta a llegar hasta el final.

El encuentro de Valencia visto desde Francia

A veces es conveniente contemplar nuestro entorno más inmediato a través de los ojos de alguien alejado del mismo; si quien habla es persona de buen juicio puede ayudarnos a ir a lo esencial. A continuación encontrará el lector algunos fragmentos extraídos de dos editoriales firmados por el filósofo y director de France Catholique Gérard Leclerc para el semanario que dirige:

Otros países han precedido al gobierno Zapatero en esta transgresión y una formidable campaña mediática y cultural se ha des-

atado, a través de todo nuestro continente, para propagar el «matrimonio homosexual» en los países que aún sostienen las normas de nuestra civilización y de nuestra tradición cristianas.

En este clima en el que toda voz contraria queda descalificada y deslegitimada, a menudo es difícil defender y promover lo que llaman los valores tradicionales. Habría, por otra parte, que aclarar un poco esta expresión que no significa un culto al pasado en cuanto tal. La alianza entre hombre y mujer sobre la base de una reciprocidad, en igual dignidad, no tiene nada de arcaico. Es, al contrario, el principio que ha transformado la estructura de las viejas sociedades. En cierto modo, lo que se nos ofrece hoy en día como una novedad no constituye más que un retorno a los arcaísmos y a los fantasmas del matriarcado y del patriarcado, con la perspectiva de una instrumentalización de los niños cuyos derechos elementales son anulados en provecho del derecho exclusivo de los adultos a gozar de su prole.

El encuentro de Valencia será la ocasión para el Papa de recordar los principios de una estructura familiar abierta al don magnífico de la vida. El testimonio de parejas unidas en el amor mutuo y el servicio a los hijos servirá de poderoso ejemplo a favor de la renovación del matrimonio en Europa y en el mundo. No, nuestro continente no está condenado a un invierno demográfico que hará desaparecer su juventud. Existe aún fe, esperanza y amor en cada una de nuestras patrias para demostrar que el retorno al arcaísmo no es fatal y que la creatividad y la renovación están del lado de la promesa sacramental.

Y ya pasado el Encuentro Mundial de la Familias, Leclerc escribía:

El mensaje de Benedicto XVI en Valencia ha sido particularmente claro y justamente saludado por su carácter positivo. El amor es más fuerte que todo y hay en el matrimonio cristiano una fuerza siempre renovada que da alegría, equilibrio y que permite a las sociedades escapar a su declive.

¿Ha habido un distanciamiento, como algunos afirman, entre ese optimismo (fundado en la gracia) y las inquietudes expresadas especialmente por el episcopado español sobre las derivas morales de una sociedad que acelera las leyes transgresoras y las medidas que buscan la des cristianización?

Ciertamente, siempre existe el peligro de dejarse invadir por la desesperanza y la cólera, olvidando que la evangelización debe siempre retomarse con más fuerza en las etapas históricas problemáticas y que lo importante es, antes que nada, construir y reconstruir según la inspiración de aquel que renueva sin cesar todas las cosas. Pero, por otra parte, sería presuntuoso subestimar las dificultades de un episcopado y de un laicado que se enfrentan a una ofensiva política. Ésta busca erradicar toda la tradición cristiana de un país y pretende hacer prevalecer una ideología que se dice progresista pero que oculta a duras penas su verdadero nihilismo.

Una solución «a la francesa» que privilegia la laicidad del Estado y deja a la Iglesia como «autónoma» no es evidente. La laicidad, cuando es la máscara de una ideología, traiciona la neutralidad que pretende poner en práctica. Cuando la desconfesionalización de la enseñanza lleva, como en nuestro caso [*en Francia*], a la amnesia cultural y espiritual, no podemos sacar pecho ni dar lecciones a quienes no quieren abdicar en este terreno.

Tel-Aviv, Flor de Primavera

Hace sesenta años Cristiandad se ocupaba de modo monográfico de Tierra Santa, en aquella época llamada frecuentemente Palestina. Aquel admirable estudio cobra hoy plena actualidad.

Siempre conviene recordar la historia de la formación de este estado y para ello ofrecemos a nuestros lectores uno de los artículos de aquel número monográfico. Nuestro querido redactor Luis Creus

Vidal narra de modo concreto la formación del «hogar nacional judío», desde 1897 y de modo más inminente después de la primera guerra mundial.

La lucha entre los herederos de Isaac y los de Ismael constituye, como dice el articulista, «uno de los mayores arcanos que guarda la esfinge de la historia», continuada y humanamente irresoluble.

Desde los días de Sabbatai Zevi...

DESDE los días de Sabbatai Zevi, ningún ídolo había conmovido tanto las masas judías esparcidas por el mundo, como logró hacerlo Teodoro Herzl, hacia 1900.

Hacia tres siglos, en efecto, que aquellas masas no hablan vibrado tanto. Es cierto que, merced a la influencia, a los hilos subterráneos manejados por los astutos hijos de Israel, dueños del oro, de la finanza, destacados en las esferas de la ciencia y del arte, la situación del pueblo errante había venido mejorando. Es más: autor auténtico, merced a la gran conspiración que desde siglos venía dirigiendo, de la descristianización del mundo y de la decadencia de Occidente, aquel pueblo podía, con triste orgullo, atribuirse un papel tan importante, como fatal, en los destinos de la historia. Pero aun y consagradas al supremo designio de su venganza sobre cuanto llevaba el signo de cristiano, aquellas masas no hablan vibrado, desde la época de Sabbatai Zevi, como cuando lo hicieron al conjuro de Teodoro Herzl, hace cincuenta años.

Y esta vez, ciertamente, con mayor fundamento.

¡Sabbatai Zevi! Corría el siglo XVII, cuando surgió este hombre extraño, en Esmirna. Llamábase a sí mismo, el «Siervo de Dios», el esperado. Sus discípulos, en la Escuela Cabalística, veneraban su austeridad, sus mortificaciones. Un extraño poder de atracción irradiaba de su persona. En su eterna embriaguez, la generación sucesora de aquella, que ante el Pretorio reclamó sobre ella —como sobre todas las otras— la sangre divina creyó llegada la plenitud de los tiempos... Y siguió a su mesías. Jerusalén pareció recibirle en apoteosis. Todas las sinagogas le proclamaban «Nuestro Señor, Rey, Maestro, el santo y justo Sabbatai Zevi, Siervo del Dios de Israel». Las madres le presentaban sus hijos, los enfermos se preci-

pitaban a su paso... Y las comunidades de todo el mundo, a su conjuro, se preparaban para restaurar el Reino de Israel. Las potentadas sinagogas de Amsterdam y de Hamburgo, exultantes, le enviaron sus galeras llenas de riquezas. En Londres se esperaba verle pronto reconocido, por el propio Gran Señor, como Rey del universo...

Mas el Gran Señor estaba un tanto lejos de esta disposición.

Su Gran Vizir, cansado ya de tolerar una agitación que mantenían todas las comunidades de Asia Menor, y de observar aquellos conatos de restauración del viejo Trono de David, lo arrestó un día en Andrinópolis, y lo condujo, nada menos, que a Constantinopla, ante la presencia de aquél, precisamente en el cénit de su poderío, cuando sus musulmicas huestes remontaban nuevamente los valles danubianos para asestar —así lo creían— golpe definitivo a la Cristiandad amenazando Viena...

El Gran Turco se hallaba aquel día de extraño humor. ¿Se trataba, en efecto, de un nuevo mesías? ¿A qué seguir perplejos? La comprobación era, por lo demás, sencilla. Se probaría de ver si se dejaba crucificar. Y, con lógica aplastante, y decisión bien cerrada, así lo expresó el de la Puerta Sublime a su prisionero.

Pronto Sabbatai se convenció de que no podía salir del dilema en que lo encerraba el Sultán. Caso bien típico, además, de la mentalidad turca. Y, como ya era de esperar, se refugió en la fácil solución que han hallado y hallarán siempre los falsos mesías, incluso los «de mayor entidad»: la apostasía. Y el abandono de los suyos.

Solamente ha habido un Mesías que, en la hora del peligro, haya sabido decir: «Ahora bien, si me buscáis a mí, dejad ir a éstos» (Jn 18,8).

Israel no había hallado tampoco esta vez a su esperado. Los virreyes que generosamente había ya

nombrado el falso restaurador del esplendor salomónico, hubieron de dar a la fuga, abandonando las nuevas provincias del solar judío a la reacción turca que no se hizo esperar, y que, holgado es decir, actuó también típicamente.

Teodoro Herzl

MAS he aquí que, tres siglos después, hacía 1896, aprovechando la posición conquistada, desde las sombras de la conjura hasta las de la finanza, por sus astutos hijos uno de ellos venía a orientar y unificar todas estas influencias hacia el mismo ideal: el restablecimiento del Solar de Israel en la misma vieja Tierra Prometida. Se trataba de un escritor, vecindado en Viena, Teodoro Herzl de nombre. Corresponsal en París de la «Neue Freie Presse», asistió a todas las vicisitudes del Affaire Dreyfus, tan trascendental, y se aprovechó de la sacudida que en el mundo judío promovió la condena de su compatriota. Y levantó la bandera de la restauración nacional. A tal fin, escribió y divulgó su famoso «Judenstaat», verdadero inicio del movimiento sionista, contemporáneo del primer conato material del mismo: el establecimiento, con carácter sistemático, y bajo los auspicios del poderoso barón de Rothschild, de las primeras colonias en Jaffa.

Y así Herzl se constituyó en ídolo de las masas judías, nuevo Sabbatai Zevi. Tres siglos habían pasado desde el último intento, de éste, de constitución de un Hogar judío. El escritor de Viena había de encargarse, con más trascendencia y talento, de reemprenderlo de nuevo.

No halló, sin embargo, ni aun entre su propio pueblo, momentáneamente, todo el apoyo que era de esperar. Siempre los judíos de mayor posición e influencia han estado divididos profundamente en sectas: algunas de ellas, ultraortodoxas, temían que «la restauración del Trono de David pareciese querer forzar la mano del Todopoderoso antes de la llegada de los tiempos», mientras que otras, más burguesas y positivistas, recelaban que la creación de un Estado judío débil pudiese crear dificultades a la influencia judía mundial tan poderosa gracias a la enorme influencia de sus hijos destacados, distribuidos en los puntos y capitales más interesantes del orbe. La adhesión, sin embargo, de Max Nordau, de Israel Zangwill y de otras figuras permitió a Herzl cobrar renovado empuje.

Y así consiguió, ya en 1897, organizar los Congresos Sionistas en Basilea. Y su voz llegó al Zar, al Sultán... bien que momentáneamente sin resultado. El Imperio británico llegó a ofrecer, a lo sumo, a los hijos de la Diáspora, un «sucedáneo» de patria en Uganda. El caudillo judío lo rehusó, debiendo contentarse con dejar, a su muerte, dos entidades financieras (el Jewish National Fund y el Jewish Colonial Trust) encargadas de la penetración «pacífica» en Pa-

lestina, mediante la compra de tierras y fomento de colonizaciones. Pero la semilla estaba echada.

Tel-Aviv, Flor de Primavera

DATA de entonces la creación, sobre las dunas que avecina Jaffa, de una nueva ciudad: Tel-Aviv, cuyo nombre entraña reminiscencias bíblicas. Un maestro, con extraña constancia, Eliezer ben Jehudah, había conseguido que sus colonos hablaran —algunos hubieron incluso de aprenderlo— aquella lengua hebrea ya olvidada, a la que algunos poetas procuraban en aquellos años dar actualidad renovada, sobre todo en Rusia. Con todo, la nueva ciudad languidecía. Aquella «flor de primavera» amanecía mustia. Profundo símbolo de su íntima realidad; amargo símbolo del esfuerzo estéril del que fue pueblo escogido cuando quiere reflorar, otra vez, lejos de su Dios, rechazando, impenitente, la realeza de su Hijo, que es propiamente Rey de los Judíos.

1914-1918

LA primera Gran Guerra halló divididos los componentes de la organización sionista en dos campos. Es sabido, sin embargo, que la evolución de la misma ofreció a las sectas del mundo la oportunidad, única, de derribar el viejo trono de los zares, la potencia reaccionaria más considerable del orbe. Y con ello Israel se agrupó a uno de los lados de la barricada.

Es entonces cuando aparece una figura que es hoy de la más alta actualidad: Chaim Weizmann.

Judío ruso, doctor de mérito, sus descubrimientos en química orgánica —renglón de la acetona— y, más probablemente, los extensos hilos subterráneos que manejaba cerca de las grandes empresas industriales, prestaron al campo aliado servicios inapreciables. En octubre de 1917 se derribaba, para siempre, el trono de Pedro el Grande, y el judío no debía temer, ya en lo sucesivo, como antaño, el látigo cosaco. En 2 de noviembre del mismo año —contados días más tarde— Arturo James Balfour, secretario británico del «Foreign» prometía a la raza proscrita el hogar nacional que conquistaran, hace milenios los guerreros de Josué y Gedeón.

Con rapidez eléctrica surgieron entonces legiones de voluntarios judíos. No era extraño: el momento era fácil. El colapso de los Centrales era ya visible, y para derrotar a los fugitivos turcos no hacía falta el heroísmo de las huestes de aquellos ínclitos Jueces del Pueblo de Dios. Los británicos ocupaban ya Gaza y solamente seis semanas fueron necesarias para que en Jerusalén la bandera de la Media Luna fuese arriada, por primera vez, desde los tiempos de las Cruzadas. Mas los nuevos Godofredos, esta vez no se preocuparon grandemente de usar corona de espinas, ni

de subir de rodillas las calles que fueron escenario de la Redención. Centro eterno del mundo, Palestina es centro donde convergen todos los grandes caminos, entre ellos el de la India, el mayor centro de almas espirituales, pero también de riquezas materiales del universo, y, por tanto, tronco y corona del inmenso Imperio británico. Palestina es el control de Suez... y su resultado fue la declaración de «Mandato» dada en la conferencia de San Remo. En el reloj de la historia sonaba para la vieja Tierra Prometida, una nueva situación política. Y esta vez extraordinariamente compleja.

El Mandato

COMPLACIENDO un tanto las presiones judías, este Mandato establecido en la conferencia de abril de 1920, preveía una administración de acuerdo con los términos de la declaración de Balfour. Ello fue formalmente confirmado por la Sociedad de Naciones tres años después, permitiéndose la organización de la «Agencia Judía» en 1929, verdadera expresión de autonomía de los judíos cerca del Gobierno del Mandato, germen, en definitiva, de un posible futuro Estado israelita. Chaim Weizmann, antes citado, fue el primer jefe de la «Agencia».

Así pues, por primera vez desde el año 135, en que Julio Severo aplastó la última explosión de la nación judía en los días trágicos de Bar Kocheba, coronando definitivamente la destrucción anterior de Tito en el 70, quedaba reconocida alguna forma de conexión política entre el pueblo judío y la tierra de sus padres. El primer Comisario en Palestina lo fue, incluso, un judío, Herbert Samuel: un hijo de Israel se hallaba en el Pretorio, cónsul de otro Imperio, si no tan universal en significado, más aun, por lo menos, en extensión. Y así, los quince millones de judíos de la Diáspora, creyeron, quizá, que una nueva aurora se levantaba para ellos.

Pero esta aurora era falsa, y ni siquiera preludio de aquella que señala el Profeta cuando prorrumpe: «Y a tu luz caminarán las gentes, y los reyes al resplandor de tu nacimiento» (Is 60,3). Aurora de blasfemia, no podía sino ser anuncio de tinieblas aún más cerradas y más oscuras.

Porque Israel iba a encontrar un obstáculo casi inesperado. Dueño, por su laboriosa astucia, de los resortes de un mundo que fue cristiano, iba a encontrar una barrera en los propios parientes de su raza, de la que nunca fue cristiana.

Ismael, el hijo de la esclava, iba a vengarse, milenios después, del hijo de la libre. Los hijos de la sirvienta, sirvientes de la más negra degeneración de la historia —el mahometismo— iban a cerrar el paso a los hijos auténticos del Patriarca, hijos auténticos, pero apóstatas de su vocación y de su Dios.

El mundo musulmán iba a oponer la inercia, el peso enorme de su masa, a las reivindicaciones israelitas.

La reacción del islam y la nueva gran guerra

Los «effendis» proclamaron la guerra santa, y el desierto entero, que ya había agitado Lawrence, se conmovió. Hubo ya de ponerse a contribución, desde el primer momento, toda la prudencia de los judíos y la de su comisario Herbert Samuel. Solamente así se logró mantener, bajo la égida del Imperio, una suerte de «statu quo» político hasta estallar la nueva gran conflagración de 1939, bien que a menudo turbado por toda clase de incidentes que perduran en la memoria de todos.

Porque el musulmán, y de un modo especial el árabe, considera a Jerusalén —El-Quds-Esh-Sherif— la ciudad santa, polo también, a su manera, de su pueblo y de su fanatismo religioso. Por ello hemos dicho antes que la situación política en Palestina, convertida en un modo de hogar judío, devenía una cuestión extraordinariamente compleja, sostenible solamente, bajo la autoridad superior del Mandato, única fuerza que puede imponer la coexistencia de los judíos y de sus nuevos hermanos inmigrantes con los árabes, hartos más numerosos que aquéllos.

Y estalló la nueva y terrible guerra mundial segunda, que todos hemos vivido, desde 1939 a 1945, y, rica como ha sido en paradojas, lo ha sido en Palestina más que en ninguna parte.

De un lado, el mundo árabe ha demostrado, una vez más, su profundo abatimiento y degeneración espiritual. Sus príncipes, sus jefes, enfeudados al Imperio británico, no han sabido siquiera aprovechar una ocasión única para adquirir su independencia cuando el citado Imperio se hallaba en el supremo aprieto. El episodio del Irak, abandonado por sus hermanos de raza y de creencias, en 1942, es hartos significativo. Tan sólo últimamente, el incidente del gran Mufti, refugiado en Egipto, ha mostrado rescoldo de gallardía.

De otro lado, Israel ha estado claramente, en esta segunda guerra mundial, también esta vez —y al revés de la anterior, desde el primer momento— a uno de los lados de la barricada. Todo su poderío financiero, todos sus resortes ocultos, han funcionado al servicio del Imperio británico. Y éste se halla, finalizada la contienda, ante la presentación de lo que —perdónenos el lector— en términos vulgares llamamos «dos facturas». Tremendas ambas. Por lo incompatibles. Israel e Ismael exigen el premio a sus servicios. Y lo trágico es que el premio de uno es castigo para el otro.

La tragedia renovada

Otra vez, ante el Pretorio, ocupado esta vez por un cónsul rubio, igualmente desdeñoso — porque, hijo del Norte protestante, hace muchos siglos que sus padres desconocieron la Verdad, acude el pueblo de Jerusalén.

Viene desde Tel-Aviv, Flor de Primavera, ciudad sita en el viejo territorio de la tribu de Dan, que ya

acompañó, después de Salomón, a Efraim en su cima. Y que no se halla lejos de las colinas donde, «lugares altos», se irritaba al Señor, negándole la adoración en el legítimo Templo donde misericordiosa, descendía su gloria.

Viene de Tel-Aviv. La nueva generación judía establecida en la Tierra de los padres, subleva al árabe, no sólo por cuestión de raza y de religión, mas también por sus costumbres. Tel-Aviv, Flor de Primavera, es archivo de todo cuanto ha empleado el judío corruptor para corromper al mundo cristiano, y para corromperse a sí mismo. El genio israelita aprovecha los kilovatios del Jordán sagrado; ayuda a los técnicos británicos a establecer las «pipe lines» que, por notable permisión de la Providencia, vienen a complicar, con su codiciado líquido negro, la ya extraordinaria complejidad del problema, atrayendo al puerto de Jaffa los grandes mastodontes del mar que se llaman «Vanguard», «Nelson» o «Queen Elizabeth». La cultura israelita ha creado universidades, artes, letras, un verdadero mundo intelectual. Mas al propio tiempo, ha exaltado, otra vez, en el viejo solar prometido, la perversión de las costumbres en que prevaricaron sus antepasados.

Todo esto lleva consigo el judío, cuando viene desde Tel-Aviv y se presenta ante el Pretorio. Y también trae bombas y terrorismo y medios de destrucción. Y —lo que más pesa— sabe bien que cerca de los gobiernos más poderosos, grandes y universales del Globo, sus hermanos de raza presionan incansablemente, y usan la enorme influencia que les presta su innegable categoría para apoyarle. Todo esto sabe. Y no lo ignora el procónsul, rubio, desdeñoso en la apariencia, pero preocupado, que sabe bien lo que aquel pueblo pide, y que también sabe que no le es dado, así como así, echarle el azote de sus legiones motorizadas.

El procónsul moderno se asoma al Pretorio. Representa a un Imperio que, establecido en el lejano Támesis, es aún el más extenso del mundo. Y, en alguna forma, representa también a otro, surgido de un Nuevo Mundo que el procónsul antiguo no podía siquiera sospechar, y que ha superado en poder a todo cuanto en la historia, hasta la fecha, se había podido imaginar. Y en las mismas cabezas de ambos imperios, judíos ilustres por su poder, influyen.

Pero este mismo procónsul representante de aquéllos, sabe bien lo que, aun hoy, es este triste mundo musulmán. Sabe bien que el árabe, que lo polariza, también acude ante su Tribunal, y que tiene a su disposición la enorme masa que, todavía, se extiende desde el Atlas hasta los confines de la Insulindia. El mundo de Mahoma pesa. El pálido jinete que en el libro del Apocalipsis parece representar al triste falso Profeta, no en vano ha sido, entre todos, el que mayor podredumbre de muerte ha esparcido. Porque éste ha hecho más que matar: ha creado el mundo y la civilización de la muerte, que perdura desde hace mil cuatrocientos años, ya que su misma condición de muerte le hace inmortal.

Israel e Ismael

ESTAMOS viviendo, por tanto, el momento álgido episódico de la lucha del hijo de la esclava contra el de la libre. Los descendientes de Agar se vengan de los de Sara, a quienes justamente ha abandonado su Dios.

¡Espectáculo admirable! De una parte, Israel. Es el peso de estas cosas tan grandes, que hoy denominamos finanza, industria, banca... Los hijos de Israel, conspicuos, son los grandes ingenieros, los activos hombres de negocios. Se llaman, o se han llamado, los Rathenau, los Rotschild, los Rosenwald, los Wertheims, los Caen, tantos otros... Henri Ford, en su libro, los clasifica: son los mayores y más grandes nombres de América y ellos controlan, con su inteligencia, el moderno mundo del automóvil, del petróleo, del acero, de la electricidad, de todo lo que es vida económica y producción. ¿Qué no han de poder estos hombres?

De otra parte, es el islam. Es el viejo y caduco islam. Son estos príncipes del Oriente Medio y del África, buenos para cuentos de las mil y una noches, absorbidos por los vicios y por la degeneración que aún les permite la esclavitud y abyección de millones de súbditos. Son estos príncipes de opereta. Pero de una opereta que cuenta con más de cien millones de infelices comparsas y en esto radica su fuerza bruta.

Israel e Ismael luchan. Desde su enorme factoría de automóviles, o de nitratos sintéticos, el judío, el gran industrial, pesa cerca de los gobiernos de Washington o de Londres, influye incansablemente en pro de sus hermanos del lejano y aún pobre Tel-Aviv. Mas, de otro lado, los jinetes del desierto, nómadas fanáticos, montan la guardia, al conjuro de los príncipes y de los rajás, que no cuentan con la técnica ni con la economía, ni, en definitiva, con tanto oro, mas sí con más hombres.

* * *

Es una lucha extraña, paradójicamente, porque los campos son heterogéneos. Mas, sin duda ninguna, en ella se cifra uno de los mayores arcanos que, celosa, guarda la esfinge de la historia.

CRISTIANDAD

Tarifas actuales de suscripción

Ordinaria	33 €
Extranjero	55 €
Colaboradores	60 €
Número suelto	4 €



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

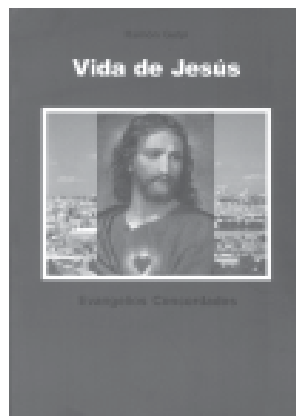
Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



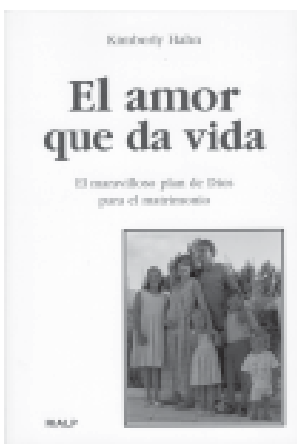
El verdadero discípulo
Autor: Antonio Chevrier
Editorial: Monte Carmelo
554 páginas
Precio: 30,00 €
La fuerza de una vocación y la riqueza de la experiencia espiritual de un sacerdote que vivió su apostolado compartiendo la vida de los desheredados y de los más pobres de su tiempo. El padre Chevrier vivió inmerso en un mundo difícil, en el corazón de un barrio sumido en la miseria que se alejaba

de la Iglesia y de Dios.



Vida de Jesús
Autor: Ramón Gelpí
Editorial: Palahí
409 páginas
Precio: 19,00 €
Este libro facilita la lectura contemplativa de los Evangelios. Se ha elaborado subrayando su concordancia, añadiendo comentarios e imágenes sobre las circunstancias de lugar y tiempo. También se ilustra con detalles propios de las visitas a Tierra Santa, así como con

algunos de los conocimientos proporcionados por la arqueología (más de doscientas imágenes).



El amor que da vida
Autor: Kimberly Hahn
Editorial: Rialp
416 páginas
Precio: 16,00 €
Un camino de amor que ayuda a crear familias unidas y felices: el maravilloso plan de Dios para el matrimonio, revelado en la Sagrada Escritura y desarrollado en el magisterio de la Iglesia católica. Una descripción del verdadero significado del amor conyugal, y aborda también cuestiones

como planificación familiar natural, infertilidad, aborto, anticoncepción o esterilización.



La elección de Dios. Benedicto XVI y el futuro de la Iglesia

Autor: George Weigel
Editorial: Critería
304 páginas
Precio: 14,00 €

George Weigel, autor de la que probablemente sea la mejor biografía sobre Juan Pablo II, nos acerca otra vez a la deslumbrante personalidad de Benedicto XVI, así como a las claves actuales del compromiso de la Iglesia católica con el mundo. Una obra funda-

mental para comprender tanto el legado de Juan Pablo II como el actual pontificado de Benedicto XVI.

CONTRAPORTADA

Conservar y vivir la memoria de nuestros mártires en la persecución religiosa de 1936

Hoy, nosotros, «damos gracias porque la sangre de los gloriosos mártires» de todos los tiempos, singularmente de los mártires toledanos de los que hoy hacemos memoria agradecida, «derramada, como la de Cristo, para confesar» el nombre de Dios, «manifiesta las maravillas de su poder divino; pues en su martirio, el Señor, ha sacado fuerza de lo débil, haciendo de la fragilidad su propio testimonio» (Prefacio de Mártires). Por eso nosotros, la Iglesia, la diócesis de Toledo, queremos conservar y vivir la memoria de nuestros mártires de la persecución religiosa del 36.

Ellos han sido los frutos o los retoños más insignes de la madre Iglesia en el siglo xx, sus hijos más ilustres, las cimas más altas de humanidad en nuestras tierras en muchos años, lo mejor de nuestros pueblos. Cuando estamos próximos a estas beatificaciones de 51 de nuestros mártires –se añaden a otros más de 400 mártires del 36 y a varios miles de la misma persecución religiosa– «el corazón se ensancha, y dice uno, pensando en los mártires que puedan darse en Asia, en África, en América, en Europa, en la Edad Apostólica, en la Edad Media, en la Edad Moderna, en la Contemporánea... ¡Qué Iglesia es ésta! ¡Qué Madre tan fecunda, que, en cualquier momento de la historia engendra estos hijos! ¡Qué fuerza lleva dentro de sí la Iglesia del Señor para ser tan perfectamente capaz de realizar esto: el que tantos hijos suyos amen al Señor y al depósito de la fe que la Iglesia custodia, hasta derramar su sangre!» (Cardenal Marcelo González).

Hay un aspecto inolvidable en los mártires, en nuestros mártires, bienaventurados porque trabajaron por la paz. Nuestros mártires, en efecto, «son insignes colaboradores de la paz. Porque, en todo momento, ellos han servido, antes con su apostolado, y después con esa generosidad con que se entregaron a la grandeza de la convivencia humana: porque murieron perdonando, no odiando» (Cardenal Marcelo González), sin que hubiese un solo caso de apostasía de su fe en Dios que es Amor, y de Jesucristo, Rey y Señor de todo y de todos. Ellos han sido y son para todos ejemplos innegables y conmovedores de personas con entrañas de amor y de misericordia, capaces de perdonar y morir perdonando, como su único Señor. Ellos son hoy y lo serán siempre memoria viva, llamada y signo, garantía de una honda y verdadera reconciliación, que nos marca definitivamente el futuro: un futuro de paz, de solidaridad, de amor y de unidad inquebrantable entre todos los españoles.

Homilía Cardenal Cañizares, arzobispo de Toledo y primado de España en la Misa de acción de gracias por la próxima beatificación de 51 mártires de la archidiócesis de Toledo